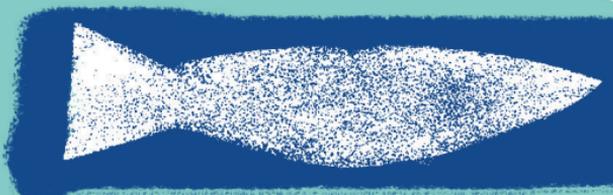
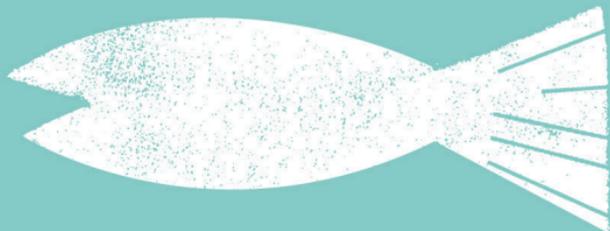


PONIENTE
DE SIRENAS

Flavio Herrera



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



PONIENTE DE SIRENAS

NOVELA DE AMORES Y DE MAR

FLAVIO HERRERA

Gabriel M. Enríquez Hernández
Presentación

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Flavio Herrera, *Poniente de sirenas. Novela de amores y de mar*
Primera edición digital: 26 de agosto de 2020
D.R. © 2020 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n. entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Una ninfa y un centauro en <i>Poniente de sirenas</i> <i>Gabriel M. Enríquez Hernández</i>	5
<i>Poniente de sirenas</i>	
I. El puerto	23
II. La gaviota	29
III. La borrasca	31
IV. Genoveva	41
V. Las páginas	45
VI. Primeros éxtasis	71
VII. El delirio sagrado	77
VIII. Los otros	83
IX. La gloria	95
X. Loa de su amor y su belleza	99
XI. Nublazón	103
XII. En el estero	111
XIII. Ante el mar	119
XIV. Mar total	125
XV. Baja mar	133
XVI. La transfiguración	147
XVII. La tormenta	155
Noticia del texto	181
Flavio Herrera. Trazo biográfico	183

PRESENTACIÓN

Una ninfa y un centauro en *Poniente de sirenas*
Gabriel Manuel Enríquez Hernández

Coloquémonos en la situación de un poeta y narrador guatemalteco que se plantea la tarea de escribir su cuarta novela antes de cumplir 42 años. No tiene conocimiento de que, a estas alturas, ha rebasado la mitad del camino de su vida, por partida doble. Morirá semanas antes de cumplir 73 y, para el año en que se publica la novela proyectada, 1937, ha completado más de la mitad de su obra narrativa: con tres años de diferencia han salido de prensas *El tigre* y *La tempestad* (1932 y 1935, respectivamente), binomio que se mantiene a la espera de la aparición de *Caos*, que saldrá hasta 1949, para conformar lo que se conoce como la Trilogía del trópico, de lectura obligatoria en los colegios de su país. Las dos primeras mantienen la etiqueta que la crítica destinó para ellas, novelas de naturaleza criolla, rural, aunque escritas desde la perspectiva del terrateniente de ideas liberales que Flavio

Herrera Hernández fue. En ellas se pueden encontrar rastros de la dicotomía que atraviesa la historia de América y que *Doña Bárbara* convirtió en arquetipo en la segunda década del siglo xx: civilización y barbarie. La distancia con la que fue trazada la tercera, *Caos*, le permitió al autor ahondar en los conflictos interiores del personaje principal, ensayados previamente en *El tigre*.

El escritor centauro que en Flavio Herrera existió, le permitió crear, además de narrativa —cuento y novela—, obra poética. Mucho antes de que *Poniente de sirenas* iniciara siquiera su proceso de escritura, el guatemalteco tenía en circulación cinco libros de poesía, tres de ellos conformados prácticamente solo por haikús, como este: “El sapo. En su oboe minúsculo / rebalsa haciendo gárgaras / el chorro del crepúsculo”.¹

Si agregamos dos novelas, tres libros de cuentos y uno de ensayo, no faltaremos a la verosimilitud al afirmar que, hacia 1936, Flavio Herrera Hernández se ha convertido en un autor con un ritmo de escritura cons-

tante, pues justo en este año publica otra novela más, *Siete pájaros del iris*.

Es difícil determinar si Herrera tenía noticia de que, en aquellos años, Miguel Ángel Asturias buscaba impresor para el manuscrito de la novela que le había salido a pedazos en los cafés de París —como nos ha contado Arturo Uslar Pietri—, *El señor Presidente*. Más complicado aún es que Herrera estuviera enterado de que, prácticamente al mismo tiempo, María Luisa Bombal, a la par que contenía los coqueteos de Pablo Neruda, realizaba la escritura de *La amortajada* en el departamento del poeta, en Buenos Aires.

Herrera, como tantos otros coterráneos suyos de la llamada Generación de 1920, había realizado un periodo de estudio durante la década de los años veinte en Europa, como también lo hicieron Asturias y Bombal (esta última desde niña); pero, a diferencia de ellos, que establecieron su residencia en París (y de que asistieron a la Universidad de La Sorbona), Herrera se ubicó en Berlín y Madrid. Este dato, que en principio puede resultar banal, tiene su interés porque muy posiblemente a él se deba que tanto Asturias como Bombal manifestaran en su obra aspectos narrativos vinculados al surrealismo (se cuenta incluso que Asturias trató de cerca a André Breton), mientras que Herrera lo hizo con algunos aspectos de la novela lírica.

¹ Ángel Acosta Blanco, “Los haikais como género microtextual moderno en la lírica del guatemalteco Flavio Herrera” (en conmemoración de los cien años del haikú en español), en *Letralia, tierra de letras*, <<https://letralia.com/sala-de-ensayo/2019/04/29/haikais-flavio-herrera/>>.

En términos generales, meramente ilustrativos, ambas formas de narrar comparten la idea de trasladar la focalización narrativa del objeto al sujeto, es decir, cambian el relato de un mundo exterior por uno hacia el interior, complejo, del protagonista. El origen de este giro se remonta al romanticismo alemán e inglés: onírico, libertario, en el caso del surrealismo; poético, metafórico, en el caso de la novela lírica. Los novelistas hispanoamericanos de fines del siglo XIX y de principios del XX emplearon este recurso, entre otros, con el objetivo de renovar los mecanismos estilísticos y temáticos de la novela realista decimonónica, considerados desgastados. Virginia Woolf sintetizó muy bien este desplazamiento formalizado por la narrativa lírica: “La conexión en la novela no es de acontecimientos, sino de emociones”.²

Ricardo Gullón estableció que la novela lírica demanda un sujeto hiperestésico capaz de transformar una percepción ordinaria, trivial, en una experiencia exaltada, artística e intensa.³ El modelo que primero encarnó al prototipo de agente perceptivo fue el poeta forjado en la tradición romántico-simbolista-modernista, me-

lancólico y contemplativo, atento a los ecos lejanos y a las secretas correspondencias llevadas a cabo entre el mundo espiritual y natural, entre los sentidos y el espíritu (en absoluta concordancia con este perfil, Delfino Valdelomar, personaje principal de *Poniente de sirenas*, afirma: “Mis nervios y mi espíritu tienen millones de raicillas invisibles, sutilísimas, que se alargan en el ambiente captando efluvios magnánimos o aciagos”). Darío Villanueva, por otra parte, observó que, al sustituir la línea argumental por la articulación del texto en unidades mínimas, concebida la obra como aquella “suma de momentos felices, de ‘epifanías’ en cuya óptima plasmación la intensidad estilística es fundamental”, se aniquilaba la trama. Villanueva asentaba, además, que el carácter de una trama que no progresa, de manera conjunta con la intensidad estilística, provocaba una sensación idéntica a la experimentada ante la lectura de un poema. El lenguaje, consecuentemente, pasaba de ser un medio para convertirse en un fin. De esta manera, resultaba lógico que los textos demandaran capítulos muy breves.⁴ De aquí que la novela lírica tuviera una conexión natural con la novela corta, pues brevedad e intensidad eran características asignadas por Vedda a ésta: si

² Ricardo Gullón, *La novela lírica*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1984, p. 28.

³ Ricardo Gullón, ed. cit., p. 18.

⁴ Darío Villanueva [ed.], *La novela lírica*, 2 vols., Madrid, Taurus, 1983, p. 18.

la novela fundamentaba su fluir narrativo en una visión extensa, evolutiva y abarcadora del mundo objetivo, la novela corta lo hacía en favor de un segmento vital del personaje que se destacaba por su particular intensidad o por su estado crítico. Intensidad y crisis, según Vedda, logran que buena parte de la vida extensa contada en la novela resultara superflua.⁵

Jaime Torres Bodet fue uno de los escritores de la revista *Contemporáneos*, que, hacia 1925, participó del proyecto colectivo de escribir novelas cortas y líricas, a semejanza de la colección española Nova Novarum. Torres Bodet, al igual que sus compañeros, era partidario de la narrativa que emanaba de la poesía. En 1927, publicó *Margarita de niebla*, novela en la que ejerció la transformación de un momento cotidiano en uno intenso, poético, revelatorio. Torres Bodet no tardó en advertir el problema que enfrentaba todo escritor, al pretender imponerle ese “sello extraño” que él identificaba como un abuso “hasta la delicia de la imagen poética”. En un ensayo de 1928, “Reflexiones de la novela”,⁶ ya se que-

⁵ Miguel Vedda, “Elementos formales de la novela corta”, *Antología de la novela corta alemana. De Goethe a Kafka*, Buenos Aires, Colihue, 2001, pp. 5-24.

⁶ Jaime Torres Bodet, *Contemporáneos. Notas de crítica*, México, Herrero, 1928.

jaba de lo que consideraba una excesiva presencia de la poesía, del teatro, de la pintura, e incluso del pensamiento, en la novela. Sentenciaba en aquel trabajo que “El refinamiento del estilo adelgaza el perfil de los caracteres y los viste apenas con ese lúcido encaje con que la espuma del mar cubre, sin borrarlo, el nombre que escribimos con el dedo en la arena de la orilla”⁷. En esas mismas reflexiones, Torres Bodet planteaba la necesidad de estructurar de otra manera la novela lírica para dar cabida a la exploración e introspección de un personaje que no se diluyera como la espuma. La idea era conocer a profundidad el personaje, los distintos niveles en que existimos simultáneamente, a través de sus monólogos. En *Proserpina rescatada*, publicada en 1931, se puede apreciar el empleo de estos conceptos.

Estoy convencido de que, por la forma en que Flavio Herrera realizó la arquitectura de *Poniente de sirenas*, como veremos en las líneas siguientes, el escritor guatemalteco conocía muy bien las exigencias estructurales de una novela lírica.

Veamos una de las primeras disposiciones que debió tomar Flavio Herrera, el tema. El subtítulo de la novela nos facilita conocerla: *Novela de amores y de*

⁷ Jaime Torres Bodet, *Contemporáneos. Notas de crítica*, ed. cit., p. 17.

mar. Décadas atrás, en 1895, los directores del periódico bimestral neoyorkino *El Latino Americano*, solicitaron una novela por entregas a Adelaida Baralt, pero, por razones desconocidas, ella transfirió el encargo a José Martí, quien lo aceptó. Se tituló *Amistad funesta*, aunque el cubano la había nombrado *Lucía Jerez*.⁸ Lo que me interesa destacar son los requerimientos con los que debería contar: mucho amor, alguna muerte, algunas muchachas, ninguna pasión pecaminosa y nada que ofendiera a padres de familia ni a sacerdotes. Herrera, al menos en primera instancia, por decisión propia, con salvedad de la pasión pecaminosa, no estuvo muy distante de las exigencias impuestas a Martí. Construyó un triángulo amoroso, más sugerido que con hechos, entre Genoveva (la Gubia), Helen J. Vane (Eucaris) y Delfino Valdelomar. Lo que pretendía Herrera era crear una relación amorosa entre Eucaris y Delfino; más exactamente, profundizar en el periodo de crisis por el que atraviesa Valdelomar, para mayores señas escritor, o quien se encuentre detrás de la máscara del personaje, pues, la narración en primera persona refiere “cierta dosis de intimidad que bien po-

⁸ El episodio completo se puede leer en Ricardo Gullón, *La novela lírica*, ed. cit., p. 47 y ss.

dría sugerir cierta expresión autobiográfica”.⁹ De aquí que sea Delfino a quien mejor llegamos a conocer a través de los extensos monólogos interiores en que se convierten los papeles encontrados en la habitación del hotel donde se alojaba antes de su desaparición.

Quizá la segunda toma de decisión fue establecer el escenario en el que se llevarían a cabo las acciones. El hecho de que en esta ocasión haya abandonado los territorios de las fincas cafetaleras —que bien conocía Herrera, como la relación entre ciudad y provincia, tan en boga en la literatura de aquella época—, para ubicarlas en un puerto y playas cercanas, se explica porque la historia así lo demanda, también por partida doble: por un lado, al retomar la mitología de las sirenas, tanto como los elementos de su construcción literaria, se torna muy difícil ubicarla en otra locación; por la otra, porque el personaje central, Delfino, está construido a partir de la imagen del poeta romántico —imagen que persiste en los poetas modernistas e incluso en los de la vanguardia—, específicamente aquel que gusta de contemplar el mar, fuente de lo sublime,

⁹ Merlin H. Foster, “Las novelas de Jaime Torres Bodet”, <<https://cdigital.uv.mx/bitstream/handle/123456789/2762/196534P207.pdf?sequence=1&isAllowed=y>: 1o de noviembre de 2020>.

estéticamente hablando, pues dicha contemplación producía, en palabras de Edmund Burke, la emoción más fuerte que la mente es capaz de sentir. Gracias a este impacto, el alma podía elevarse sobre la naturaleza para poder contemplar, una vieja idea platónica, la verdad, la bondad y la belleza. En consecuencia, el mar era un modelo de inspiración, como la montaña, gracias a la capacidad de ambos de proyectar una idea de lo infinito. Caspar David Friedrich en “El caminante sobre el mar de nubes” popularizó la idea de lo sublime asociada a la montaña. Vicente Huidobro le dedicó estas líneas, que bien pudo firmar el imaginario Delfino Valdelomar, tras largas horas de contemplación, al otro agente de la sublimidad, el mar:

Pero yo te amo porque veo tu frente en los astros y tu raíz en los abismos.

Yo te amo porque te duermes tranquila, guardando ciencia y tesoros, arte y leyenda, en tus entrañas.

Yo te amo porque solo tú tienes rumor de eternidad, porque sólo tú eres en la naturaleza la estatua maravillosa del Silencio.

Todo resuena en ti y todos los rumores de la tierra van a dormirse dulcemente en tus pliegues.

La enorme soberbia de los rugidos del mar al llegar a besar tus pies [son] como el lamido de un perro humilde.

El rumor de los ríos solemnes se recuesta en tus faldas, como aletargado, y los sollozos de la tarde te besan blandamente.

¡Oh montaña, acaso tú no prestas oído sino a los designios de Dios!

Y he aquí que por eso tú pareces el canto de un profeta.¹⁰

Esta inspiración a partir de lo sublime como impulso creativo, vinculada con el mar, se encuentra en las siguientes palabras de Delfino: “Otros buscan, para soñar, la soledad del campo, entre un decoro de frondo y agua dulce. Yo las buscaba en el mar”. Basado en esta idea, Flavio Herrera inserta en la novela un poema lírico dedicado al mar que, antes de ser un intento de experimentar con géneros —y en el que, por cierto, se encuentran ecos de un poema de Rubén Darío, “Marina”, publicado en su libro *Cantos de vida y esperanza*—, resulta un autoimpulso ejecutado por Delfino para tomar una decisión en torno al conflicto que se le ha planteado: elegir entre Eucaris y Luisa. Herrera correlaciona, como manda la tradición, el poema “Mar total”, con el proceso creativo. Así, el mar es “Arpa del mundo./La-

¹⁰ Vicente Huidobro, *Obra poética*, edición crítica, Cedomil Goic (coord.), *et al.*, México, Conaculta/Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 242.

boratorio del misterio.”, “Timbal de la locura”, “Sinfonía del alba genesiaca”, “Eco del *pathos* existencial. / *Logos* de amor”, “poeta absoluto”, etcétera. Además, Herrera no desaprovecha la oportunidad de guiñarle el ojo a su lector asiduo al colocar una impronta personal, un haikú, en los versos del poema: [Mar] Titán niño de hastíos virginales / atado por gaviotas / a los litorales.

Ahora bien, una vez establecido el puerto como punto de partida, es necesario dotarlo de actividad. Herrera sorprende nuestra mirada rutinaria con imágenes breves, muy próximas al haikú que ha trabajado en sus libros de poesía, capaces de transformar un instante ordinario en uno intenso, revelador de otra realidad. Gracias a éstas, de pronto, el puerto se puebla de cocoteros que sueñan con ser mástiles, barcos remolcadores que anhelan viajes a ultramar, lagartos que aspiran a convertirse en esmeraldas, tenderos chinos que esperan hasta altas horas de la noche que un náufrago se aparezca para cambiarles una joya a cambio de unos tragos de alcohol y lucecitas que expresan su temor ante el oleaje del mar nocturno que presagia tormenta.

A pesar de lo efectivo de las imágenes, Herrera no se regodea con ellas. Tiene muy claro, como Torres Bodet, que las situaciones de la realidad narrativa deben coexistir o imponerse al instante de la aguda percepción poética para conservar la narratividad o las expec-

tativas de lectura que ésta ocasiona. Y por ello implanta un asunto misterioso, sin resolver: un hombre guapo y bizarro, conocido en el puerto, ha desaparecido en medio de la tormenta, mientras se bañaba con una bellísima y desconocida mujer. El cuerpo del hombre ha sido encontrado, pero el de la mujer, no. Genoveva, una joven porteña, se dedica a curar al hombre inconsciente.

Aparecen en el texto reminiscencias de un coro colectivo griego, marcado como una especie de diálogo teatral. Un MUCHAS VOCES pregunta con morbosidad: “—¿Qué más, diga, qué más halló en el buque?”. Pero no hay respuestas. Herrera recurre entonces, como sabemos, a un artificio literario similar al de *El Quijote*: la historia de lo acontecido se encuentra en los papeles que escribió Delfino, hallados en el hotel donde se hospedaba. Lo que allí leemos es el fluir de las emociones del protagonista, las enormes contradicciones de su pensamiento. Delfino en un instante culpa a la esposa, Luisa, del desgaste de la relación, particularmente del aspecto sexual que ha llegado incluso a repudiar. Y al siguiente se avergüenza de su acto. Anota que hace más de dos años que no escribe nada y que al diablo la literatura y, no obstante, registra la historia de su enamoramiento con Eucaris. Es víctima de los celos posesivos de una, y victimario de celos injustificados con la otra.

Al regresar la narración a la tercera persona, porque los papeles terminan en el momento en que debe tomar la resolución, la disposición de las acciones se precipita hacia el clímax, momento en que los hechos cobran sentido, por partida doble, una narrativa y otra simbólica.

Juan, amigo de Delfino, en el papel de los navegantes de Odiseo que le cubren los oídos de cera para no escuchar el canto de las sirenas, apela al honor para que éste regrese con Luisa. Al no obtener resultado, juega su última carta; Juan le comunica que Luisa está embarazada. ¿Regresará Delfino con ella? ¿Elegirá a la bella ninfa?

Como parte de su respuesta, Delfino se mete a nadar con Eucaris en un mar enfurecido por la tormenta. Ésta, como se recordará, se anunciaba al inicio de la novela con el temor de las lucecillas del puerto, nos entrega las últimas escenas con Delfino sonámbulo, herido, alejado de este mundo, parado en el mirador del hospital donde se restablecía bajo los cuidados de la Gubia, contemplando el mar, minutos antes de ser devorado por éste. La novela, temporalmente, cierra muy pocas horas después de que dio inicio. Y nos entrega la sensación de no saber si todo lo sucedido a Delfino fue realidad o sueño.

Latiendo detrás de esta historia, muy posiblemente, en clave autobiográfica, se encuentra otra. Eucaris,

quedó asentado en la novela, simbólicamente representa la poesía —o Elena, ideal de belleza que la literatura propagó, en particular la poesía modernista. Es la Venus de Rubén Darío—: “Ella era el eje y razón del mundo. Era la poesía”. El enamoramiento que con ella vivió el melancólico escritor, Delfino Valdelomar, bien pudiera representar la decisión de abandonar una labor que a Flavio Herrera no le interesó ejecutar: mandar con “actitudes severas y gestos de dureza” a los peones de su hacienda. Este acto le provocaba hastío, como Luisa. Herrera decidió que la poesía era el eje y razón de su mundo. Esta es la razón por la que aparecen en *Poniente de sirenas* quejas contra la sociedad que no comprende el trabajo de un escritor, pues lo tilda de bohemio; quizá por ello en aquel muelle de *Poniente de sirenas*, los cocoteros, los barcos de remolque y los lagartos quieren ser otra cosa. Herrera estaba convencido de que, al escribir unos instantes de belleza, así fuera fugaz, estos se podrían hilvanar para tejer otra idea, otra sensación, contrapuesta a las “ordalías de la vida”, a la “absurda sordidez de la continuidad real”, tal como expresara en la novela Delfino Valdelomar, su *alter ego*. Por otra parte, colocar una sirena en el trópico, de la manera poética en que lo hace, constituye su apuesta por sincronizar las manecillas del reloj de la literatura guatemalteca con las del resto del mundo.

Centauro por naturaleza, Flavio Herrera supo acompañar el ritmo del tropel con el que transita por las playas en que habita la belleza con una mirada vinculada a lo inesperado. La tensión entre novela y poesía pocas veces dio resultados tan rotundos.

PONIENTE DE SIRENAS

La mujer es distancia...

Flavio Herrera

I EL PUERTO

Sinfonía dinámica del puerto, puerto de gracia rústica en su atuendo bizarro. Un puerto en mangas de camisa; camisa con la pechera limpia y engomada y las sucias faldas de fuera; esa pechera de casas de concreto y *bungalows* de la playa, frente al mar. Esas faldas de sórdidas casucas y roídos ranchones de bogas y de pescadores. Puerto sin tradición y sin literatura; sin un rincón castizo para los ocios marineros; puerto sin esos lobos de mar que les dan meollo de poesía a los puertos del mundo con su grave cabeceo de barcos al andar; con su dialecto tajante como quilla; con sus leyendas maceradas en vino o aguardiente y oreadas por la humazón de sus pipas, esas pipas-chimeneas de barcos a la deriva para siempre. Puerto sin tráfago de armadores; sin estruendoso vértigo de astilleros y sin matrícula de barcos. Puerto sólo posada de barcos forasteros porque la patria no cuenta ni uno solo, aunque suspire con el corazón abierto a dos océanos...

A lo largo del día, esa frescura angélica de las auroras con un mar niño de cándido, un niño que amaman-

tan cielos lactescentes. Cada aurora es el alba genésica; luego, el mar se pone rubio y el júbilo de la brisa lo cunde de rebabas como cincelándolo en oro; luego, ya por filo del meridiano regido aquí en los trópicos por un Dios implacable y cruel, todo está ardiendo, derriéndose, evaporándose. El mar consuela la inanidad de la tierra con lengüetazos de brisa. La reverberación solar funde diamantes en el agua. En las olas hay una licuefacción de joyerías ilusorias. La bruma acerca los horizontes. El puerto, entre regüeldos con tufo de algas, fucos y pescados, duerme la siesta sobre la hamaca de los tumbos. Arriba, lacios vuelos de alcatraces enseñan geometría en la pizarra del cielo. Agoreros y románticos vuelos de gaviotas intuyen la presencia o el adiós de los barcos. En torno, rígidos cocoteros sueñan con ser mástiles. Remolcadores, cabeceando, sueñan con viajes a ultramar. Iguanas y lagartos, en trance de hipnotismo, sueñan con hacerse esmeraldas. Las grúas hacen gimnasia y, en alarde eficaz, les colman o aligeran el vientre a las barcazas. En los sillares del muelle cardúmenes de peces abren o aprietan regueros de plata hirviente y, de cuando en vez, tizna los éxtasis del agua el dedo de hollín de un tiburón.

Hacia la tierra, panoramas de mangle y cocoteros con sueño mientras el alma de los trópicos sube mística y acendrada en los volcanes. Estampas con la cromática

y cálida gracia de los afiches de turismo. Sobre el fondo azul, en intención geométrica, una extensa fila de edificios fronteros. En medio, la estación de la ferrocarril, sólida, blanca, enana —ave marina con el buche en tierra—. A los lados, capitanía, aduana, agencias marítimas, oficinas, jaulas burocráticas sobre pilotes de alquitrán. Casas estandarizadas. Casas de dos pisos con las entrañas de madera roídas de carcoma y el zinc de los techos carcomidos por los salitrosos besos del mar. Frente, y al pie de la fila de edificios, la pasarela de tablones: mundo espinazo con una costilla apuntada a cada puerta y arrimada, por el medio, a dos pontones: brazos que convergen al muelle, y el muelle, tronco de esa gran Y yacente cuyos brazos canalizan el ansia humana para desembocarla como un río sucio en el mar.

Agencias, oficinas con el decoro sumario y desabrido de las oficinas de todo el mundo. Anaqueles. Archivos. En los muros, almanaques con el exfoliador bajo la stampa de un paquebote de los Lloyds remotos. Pizarras de itinerarios. Zumban ventiladores. Crepitan máquinas de escribir. Hombres morenos y rubios en mangas de camisa —esa camisa siempre abierta por el cuello— se inclinan consternados sobre los libros y expedientes, mientras el sudor les pega el trapo a la piel revelando la anatomía de los músculos y la frente se les

constela de gotitas que resbalan manchando el panel húmedo siempre con el aliento del mar.

Hacia el pueblo, el hotel churrigueresco y silente entre cicales que mecen una siesta frutal y, pueblo adentro, hileras de casucas magras y canijas, con las entrañas escuetas enseñando las vigas como pelados tendones; mostrando el sórdido camastro de la nupcia proletaria y la siesta palúdica; mostrando las tablas llenas de ranuras para las chinches y los clavos para colgar los pingos de la muda y los aperos de pescar. Casucas y barracas en equilibrio difícil sobre el pantano, la miseria y el miasma... Y, todo el puerto clavado sobre pilotes. Es un puerto que vive en zancos, siempre en atalaya y puesto en guardia contra la intempestiva cólera del mar.

De noche, la tierra mima la veleidad del océano con lengüetazos de brisa. Devuelve la diurna caricia mientras el puerto, con sueño prematuro y santiguándose, se hunde en la noche como en una emboscada del destino. Ciérranse temprano los comercios, excepto los de los chinos. En cada tienda hay un chino que cose a máquina velando como en espera de algún náufrago que le traiga alguna joya o una moneda a cambio de unos sorbos de alcohol o de una manta para el frío de la eternidad...

Sobre los rieles o a las puertas de las casas, portefríos acuclillados y cándidos sortean instantes de frescu-

ra con eventos de malaria... En el estero, cacofonía de los sapos meciendo sueños de garzas que albean como pañuelos secándose al sereno.

En la taberna, el contrapunto de la farra. El tedio evaporándose en zumos de caña con gritos estentóreos o granándose con ingenua poesía en el bordón de una guitarra o en el asma candonga de un acordeón. A veces, retazos de silencio pautados, en el billar, por el chasquido seco de las carambolas, mientras, como en un rito, en mangas de camisa los jugadores se inclinan goteando el paño de sudor como rocío en el verde prado de las mesas.

El muelle... De noche el muelle es rúa abigarrada y democrática, estuario de fatigas y zafio mentidero. El dril almidonado del funcionario, del mercachifle y el turista alterna con el mugroso harapo del faquín y el pescador. Parejas, grupos de temporadistas discurren tropezando con un hierro o una astilla del pavimento, sorteando medrosos las fallas de los tablones o el contacto de las cosas que manchan de aceite o alquitrán y, atribulados de calor, resoplan secándose con el pañuelo la frente y el pescuezo. La plebe, hacia la noche, redime su miseria en un bostezo de holganza. Obreros, bogas y pescadores se tumban en las plataformas de cara a las estrellas, derrengados, con el trapo sucio y roto por la lingada y la carne rota de fatiga. A veces un corro alegre

hace el comento del barco que pasa o se espaventa por los azares de la pesca.

Las lucecitas del puerto tienen una palpitación atónita y medrosa por la amenaza del tumbo en la impunidad de las tinieblas.

El mar perifonea su insomnio hacia los astros. A menudo, delirante, se insubordina y se arranca de su almáciga una estrella o una voz anónima llora alguna cuita recóndita o el viento trae —dádiva de radio— una hilacha de músicas remotas y, entonces, hay un momento en que todo el ámbito se sume en un sosiego místico; un místico sosiego en que todos en carne y alma, la carne obrera y la carne ociosa, el alma azul y el alma miserable, comulgan en un deseo de purificación ya traspasados de misterios por la cósmica poesía del mar.

Puerto del gringo dinámico y tragón, del chino famélico y del criollo laxo, roñoso y fatalista; puerto, ¡oh, mi puerto cimarrón y descalzo! Puerto con el alma azul de belleza, con el corazón ancho y caliente y con la boca llena de sal.

II LA GAVIOTA

El hombre estaba en el arranque del muelle. Era el orto del sol, y los barcos, a contraluz, eran gotas de tinta china sobre las dos valvas de una áurea concha —el crepúsculo—. Una valva: el cielo, y la otra valva: el mar.

Y, del mar, el hombre vio acercarse por el cielo una flecha, negra, vaga y leve primero y luego, neta y gris: una gaviota.

La flecha pasó rozando los galpones del muelle; se enredó en los cables de acero de una grúa. Parecía un pez aéreo cogido en una red de alquitrán. Luego, la flecha, encandilada, topeteó con algún otro obstáculo; volinó planeando como sin control; después hizo una barrena y, al fin, cayó palpitando a los pies del hombre. Éste se inclinó a recogerla. Tras la caricia del albo plumón sintió, tibia y leve, la carnazón del pecho y el buido hueso de la quilla. El pájaro clavó en el hombre las dos gotitas de ámbar de sus ojos y, al instante, el hombre tuvo el presentimiento de un maleficio e iba a dejar el pájaro en el suelo cuando un granujilla, que pasaba entre un grupo de pescadores, se acercó diciéndole:

—Una paloma de mar. Señor, no la deje allí que traen buen agüero...

De pronto el hombre no comprendió las palabras del chico, pero su alma, proclive al misterio, columbró en ellas un sentido de augurio y se acunó al pájaro en el pecho, alisándole el plumaje con intención de caricia y buscándole, con los suyos, las gotitas de ámbar de los ojos donde el destino acaso le anticipaba un rumbo de quimera.

III LA BORRASCA

La gente del puerto asegura que, el día del accidente, promediando la tarde, el buen tiempo cambió súbitamente. Vino del mar un viento rampante y preñado de ominosos augurios. Las olas, poco antes calmas y lisas, comenzaron a rizarse y el mar, hinchando los pulmones, se puso a gruñir con amagos de tos. El sol escondió la cara tras una abullonada y plomiza confabulación de nubes y, a lo largo del día, el estruendo del tumbo era cada vez más recio y agresivo.

La playa, consternada, se encogía bajo la cabalgata de las olas acorazadas de plomo, que se arrancaban las crines entre los sillares del muelle y los pilotes sostenes de las casas fronteras. De pronto un como alón de noche amortajaba el puerto. Cayeron las primeras gotas, gruesas, duras como piedras y, en minutos, estalló el temporal borrando los ruidos de los hombres. En los galpones del muelle aullaron sirenas de vapor y medrosas campanas.

Se suspendió el trabajo a bogas, mecánicos y changadores y un paquebote surto, el Neptuno, fue arran-

cado por un colmillazo de tormenta y arrastrado mar adentro...

Diluviaba y entre el fragor de la lluvia se pautaba el cañoneo del mar. Mugía el huracán restregándose el buche contra la tierra, destechando casas, tronchando palmeras. Cerráronse talleres, comercios y oficinas y la vida en el puerto se apabulló bajo el ramalazo de las furias elementales.

Así, aunque el drama haya sido visto por alguno, la noticia no cundió sino hasta la mañana siguiente en que el hombre, de fijo arrojado por el tumbo, fue recogido de la playa, en estado lastimoso y delirante, por un puño de pescadores.

Pero, la misma noche, con tiempo de galerna, se supo la desgracia en misteriosa reserva. Parece que el capitán del puerto recibió la noticia de manera anónima. Aquel hombre guapo y bizarro, ya conocido en el puerto y que, pocos días antes llegara de nuevo, había desaparecido, mientras se bañaba con una bellísima mujer que viajaba a bordo de un barco surto, el Neptuno.

Ella había desembarcado en compañía del hombre cuando éste fuera a bordo, después de algunos días de vida exaltada y excéntrica, días de locos transportes en que trascendía la aventura amorosa con escándalo en los cotarros del puerto.

El capitán informó la noticia a las autoridades civiles y, con un piquete de soldados y pescadores, recorrieron la playa desde la orilla del agua hasta los rincones del manglar, por todas las furnias, caletas y sinuosidades de la playa en una búsqueda inútil.

Cabía una duda: ¿habíanse ahogado o estaban a bordo? El último supuesto era casi inadmisibles por el estado del mar a la hora del drama. Luego, el Neptuno había desaparecido y de pronto era imposible toda comunicación porque la tempestad había inutilizado los aparatos de radio. Sin embargo, la remotísima posibilidad de que se hubieran refugiado a bordo o que de allí les hubiesen echado algún bote a guisa de socorro, sofocó la actividad de la pesquisa en las primeras horas; pero como Genoveva, la Gubia, admitía que se ahogaron porque los vio bañándose en la boca misma de la tormenta, se intentó lanzar botes de salvamento. La furia del mar los estrelló en los sillares del muelle. Embarcaciones más potentes, lanchones y remolcadores, fueron arrastrados mar adentro o se habían hundido.

De modo que, en aquellos momentos, era temerario un nuevo intento de pesquisa y de socorro...

La noche era un cuadro de apocalipsis. Las olas montaban sobre el muelle e inundaban el puerto. La iglesuca del pueblo estaba repleta de una muchedum-

bre loca de espanto que apagaba sus gritos en el ululato del huracán.

Hacia la madrugada amainó el temporal y fue cuando los pescadores hallaron al hombre lejos de la orilla del agua. Por iniciativa del capitán del puerto fue conducido no al hotel, sino a una torrecilla contigua al edificio de la capitanía, frente a frente con el mar.

En el sitio, corros de gente, autoridades, soldados y vecinos comentaban el suceso. En todas las almas había una sádica ansiedad de saber el destino de la dama desaparecida. Por fin, alguna audaz preguntó en el grupo principal:

—Pero ella, ella, ¿dónde está? ¿O... se ahogaron ambos?...

EL CAPITÁN. —Lo ignoramos hasta ahora. El temporal arrastró el barco quién sabe a dónde, desde anoche no estaba a la vista, y no podemos comunicarlos, porque la radio no funciona. Todo está roto: bobinas, transformadores, todo...

UN VIAJANTE DE COMERCIO. —Yo opino que ella está a bordo...

UN CHEQUE DE LA ADUANA. —Fui el último que navegó, cuando volvía del barco ya con mal tiempo. Por poco me traga la turbonada. Ella no estaba allá entonces...

UN VIAJANTE DE COMERCIO. —Y, ¿no pudo llegar a nado?...

UN VIEJO MARINO. —¿Con este mar? Difícil...

EL CAPITÁN DEL PUERTO. —Era nieta de marino. Nadaba más que nosotros. ¿Se acuerdan anteayer cuando, con el peligro de los tiburones, pasó la reventazón y salió a la punta del muelle?

EL MARINO. —Cierto. Luego, si pudo nadar un trecho y la vieron a bordo, no hay duda que le echaron algún bote y la salvaron...

EL JUEZ DE PAZ (*incorporándose al grupo con mueca aspaventada*). —No hay que darle más vueltas al asunto. Se ahogaron. Del casco del buque encallado salieron a bañarse. Ya recogí sus ropas respectivas. Son piezas de convicción.

MUCHAS VOCES (*con malsana curiosidad*). —¿Qué más, diga, qué más halló en el buque?

EL JUEZ DE PAZ. —Como que allí pensaban pernoctar porque había unas esteras, cojines, botellas de champán, una cubeta con hielo, pasteles, sándwiches, frutas, bueno, y no digo más porque el sumario es secreto.

A excepción del capitán, el mundillo del puerto tenía un concepto bizarro, hasta piadoso del supuesto ahogado, y la misma noche de la desgracia, lo más conspicuo de este mundillo, apretado de miedo en la terraza de la estación de la ferrovía, dijo su responso a los desaparecidos:

UN INGENIERO. —Era un extravagante. Desde el día en que vino, por la tarde, mientras se descargaba aquel barco petrolero, ofreció pagar el tiempo de los bogas si se suspendía el trabajo. Todo, porque el derrame de los tubos conductores manchaba de esencia la resaca y así no podía bañarse su..., la señora.

UN BURGUÉS ABARROTERO. —Era un condenado comunista. Un izquierdista. Da lo mismo. Concitaba a los obreros al desorden. De allí la pretensión de los bogas a ganar triple cuando hay barco y trabajan de noche. Despilfarraba entre los pescadores dándoles un dólar por una pita con un anzuelo en la punta. En las tiendas de chinos, cuando iba de juerga, emborrachaba a la plebe y les compraba ropas y bagatelas para sus críos...

EL HOTELERO. —Convengo en que era un chiflado, pero espléndido. La vez pasada que vino, agotó el saldo de champán que me había quedado de Semana Santa. Hace tres días vistió su cuarto de flores cuando ella fue... a..., al hotel. En sus temporadas, a menudo amanecía su cama intacta. Había dormido en el casco de ese buque encallado. Se llevaba allá un catre de campaña, una botella de whisky y un sifón. Ahora pedía ostras a todo trance. ¡Las que pasé para conseguirlas!... Por poco se ahoga un pescador que fue a buscarlas con este mar del Diablo.

EL MÉDICO. —Era un enfermo. No entiendo mucho de enfermedades mentales, pero deduzco padecía una de

esas psicosis... Bueno, que era un ciclotímico. Aquellos sus abatimientos; luego, sus arrebatos..., verdaderos accesos maniacos... Por algunas frases que le atrapé, creo en un suicidio. En estos tiempos, un hombre normal no haría el ridículo inmolándose así al amor. ¡Puro romanticismo trasnochado! Ese hombre era un cliente de manicomio..., un bello caso de investigación psiquiátrica...

EL BURGUÉS ABARROTERO. —Bien; pero... ¿y ella, entonces...? El misterio es ella... ¿Dónde está ella si fue un suicidio?...

EL HOTELERO. —Parece que ambos estaban locos de amor...

EL BURGUÉS ABARROTERO. —Él era loco ya de antes y ella... debe haber sido algo por el estilo. Esas mujeres así...

EL CAPITÁN. —Bella y gran señora, amigo mío, y a bordo, muy acatada...

EL BURGUÉS ABARROTERO. —Eso no dice nada en su favor, si no, ¿cómo es posible que una mujer honesta, irreprochable como parecía..., como asegura usted, capitán, en dos..., en tres días apenas se haya alucinado..., se haya dejado seducir como una mujer de la calle?... Salvo que, de antes, ya se conocieran. Usted, capitán, que los trató, debe saberlo...

EL CAPITÁN (*romántico como un cadete*). —Señor Pérez García. Fui su amigo y luego... Tenga usted en

cuenta que, tratándose de una dama, la discreción..., la hidalguía...

EL BURGUÉS ABARROTERO. —Perdone, capitán; pero tenga usted también en cuenta que el caso es un atentado a las buenas costumbres y que nuestras mujeres con ese ejemplo...

EL CAPITÁN. —Basta, señores. Era un amigo y ahora, sin duda, un difunto. ¡Callémonos!

La pesquisa planteaba un enigma y una sospecha: el hallazgo del naufrago no fue fortuito ni su salvamento tampoco lo parecía.

¿Cómo era posible que, sin una intervención salvadora, el hombre no pereciera ahogado en el vórtice de la resaca, con la magnitud del chubasco? Luego, el hallazgo fue en un sitio poco más adentro de la zona invadida por la marejada, cuyo límite de alcance quedó impreso en la playa con relieves de arena y despojos que escupió el buche del monstruo. Fragmentos de madera, desechos de barcos, conchas de moluscos y peces muertos... Luego, el detalle culminante. La postura del naufrago no era la del abandono que supone el relajo de las funciones vitales, sino que revelaba cierta compostura, cierto arreglo deliberado en la posición del cuerpo, y hubo quien reparara en una huella que nacía a corta distancia del sitio del hallazgo y dejó un sinuoso y vago surco en la arena, como si lo hubieran arrastrado

hasta un posible refugio, tras un montículo de rocas que ofrecía más defensa que la chatura de la playa a la invasión de las olas y, en fin, un jirón de misterios en el accidente: un pescador declaró que, por filo del alba, cuando ya iba encogiéndose el mar e intentara dormir un rato, en su letargo, creyó percibir el tumulto de una voz pidiendo auxilio e indicando un rumbo hacia la izquierda del muelle, junto al barco varado.

Confirmando la sospecha de un salvamento intencional, tras un reconocimiento del enfermo, el médico aseguró que algún incidente casual o una intervención extraña había arrancado a la víctima del agua a los pocos momentos de la inmersión, ya que, de otro modo, el mar sólo habría arrojado un cadáver. El pescador avisado corrió a los ranchos vecinos donde también se oyera el clamor de socorro. Salieron dos o tres hombres hacia el sitio aludido y ellos dieron con el naufrago.

IV GENOVEVA

Tenía una belleza bruna y huraña. Dos gotas de océano, suaves de lontananza, en las almendras de los ojos. Magra esbeltez de pájaro marino. Y el alma, como marea al plenilunio. Moraba en una de las casuchas del interior, bajo un abanico de palmeras, junto a la tira de azogue del estero; cosiendo ropa de obreros vilmente remunerada por los chinos y algotros mercachifles del puerto, y mecía el ingenuo romance de su adolescencia hostigando los ocios del domingo con un desvencijado fonógrafo cuya aguja con asma, raspando una costra añeja, repetía la cuita dulzarrona y romántica de *schottisch*, *polkas* y valeses de otro tiempo. La muchacha asistía a su padre, un viejo valetudinario, antaño marino y pescador que ahora templaba su curtida pelleja a los resoles marineros. El viejo le había embrujado la imaginación a la muchacha con aventuras y leyendas impregnadas del misterio del mar.

El instinto poético de alguno halló semejanza a la muchacha con un pececito bello y delicado al que la gente de mar nombra “gubia” y le endilgó de remoquete

Gubia a la muchacha. El remoquete cundió con instantánea simpatía en el puerto, sin saberse la paternidad de la ocurrencia. Genoveva —era su nombre— se pasaba las horas en la playa, mirando fijamente a lo largo de los horizontes, quieta, muda, triste, como un pájaro que, con el alón inútil, viviera fraguando vuelos a lontananzas imposibles. Su único novio fuera un muchacho pescador a quien un día, en una laguneta entre el manglar, un cocodrilo atrapó por una pierna arrancándole la pantorrilla de una dentellada. El novio pereció de la dentellada y, desde entonces, la muchacha era esquiva a todo requiebro de amor y se enconchaba en un mutismo absorto y desdeñoso, casi hostil, con la muralla de los pescadores. Quedó como fascinada desde que se topó con Delfino la primera vez en el muelle.

Su carita socarrada de sol y su pollera alegre la ungían de cierta gracia gitana. Pasó junto a Delfino casi rozándolo, envolviéndolo en un ojeo furtivo, pero lleno de dulce asombro..., de ingenua malicia y se alejó lenta, volviéndolo a ver ya fijamente en un como reto voluptuoso mientras iba cantando con voz de pájaro en abril:

Si la mar fuera de tinta
y las playas de papel
y los pejes escribanos,

escribieran a dos manos
el amor de una mujer...

Delfino bromeaba siempre con ella y a menudo la obsequiaba con un cigarrillo emboquillado o lisonjeaba su belleza con palabras que dejaban confusa y feliz a la muchacha. Cuando los pescadores le hacían chungas con “el señor”, ella reía gozosa contestando:

—Me iría con él a servirlo para siempre. Me encanta su modo y las cosas tan lindas que me dice. Se queda horas enteras mirando el mar como en espera de algo, como yo...

Ella vio la escena de la gaviota en el muelle y se la llevó a Delfino al hotel procurándole pesca menuda para alimentarla. Misteriosamente apareció en el instante del salvamento. Ante el juez declaró algo incoherente y sospechoso:

—Yo lo vi un ratito antes que se ahogara. Se estaban bañando y tuve ganas de meterme al agua para cuidarlo. Nado mejor que muchos; pero estaba con esa gringa hechiza...

Ahora había quedado a la cabecera del naufrago, cuidándolo. Una tosca llama de amor y sacrificio ardía en el alma de esta venus salvaje que se pasaba las horas inclinada sobre el enfermo en una vigilante y medrosa avidez, mientras que el hombre, inmóvil, los ojos cerra-

dos al ambiente, los abría hacia un caos de consciencia decapitada por guillotina de olvido con filos de locura...

El juez de paz era bachiller y, de agravante, tenía indigesto el magín con las sandeces que propaga esa epidemia de la literatura truculenta. Folletines, noveluchas de crímenes y polizontes, de enigmas y detectives; de modo que embarulló la pesquisa sospechando de todo el puerto y queriendo detener a muchos, hasta que el capitán viose obligado a cortar por lo sano previniéndole discreción y prudencia, mientras surgía algún detalle revelador... Pero, en su oficiosidad, el juez revolvió el cuarto del enfermo en el hotel, escarbó maletas, violó intimidades...

En una mesuca con pretensiones de escritorio se hallaron unas cuartillas que hubieran hecho las delicias de un grafólogo y que han servido para esta historia. Hay páginas serenas, luminosas, impregnadas de una gloria vital como esas mareas en las zonas de calma de los trópicos; las hay confusas, crispadas y escabrosas como esos instantes ya por filo de los chubascos; y las hay, en fin, lívidas y amargas como el aletazo mismo de las tormentas. Dicen:

V LAS PÁGINAS

Por qué escribo estas páginas? ¿Para qué vierto al papel todas las vicisitudes de mi espíritu en estos últimos tiempos? ¿Para qué dejar testimonio escrito de mis sufrimientos e inquietudes, de mis ansias, de mis torturas y hasta de ciertas ruindades inconfesables? ¿Manía profesional? ¡Qué va!... ¡Al Diablo con la literatura!

En dos años no he escrito una sola línea. ¡La inanidad de ser un escritor honesto en estos climas estultos, cerriles, farisaicos, donde cualquier pelafustán intonso, hasta cretino, es genio; y cualquier tartufo, benemérito; cualquier sacristán, apóstol; y cualquier Shylock, filántropo; y todos: el pelafustán, el tartufo, el Shylock y el sacristán, o sea el genio, el apóstol, el filántropo y el benemérito, todos con alma de horteras, tienen para el artista una mueca despectiva y todos, con baba piadosa, le escupen el manido motejo de “bohemio” como befa que traduce vida irregular, hasta licenciada, conducta bizarra y, sobre todo, inepticia para hacer dineros y medrar en los cabildeos de la política! Sin embargo, siento

un ansia irrefrenable de hablar, una abyecta e inopinada flaqueza que me empuja a las confidencias.

¡Si tuviera a mi lado a uno de esos camaradas de la infancia que, a lo largo de nuestra vida, han seguido su íntimo cauce y en cuya fiel adhesión alcanzan nuestras cuitas un eco solidario!; mas, siento que, escribiendo, me alivio. Mi vida en estos días es un nubarrón preñado de tormenta que necesita estallar o neutralizarse. Los católicos tienen, para alivio, la confesión, y yo, con una ruin y absurda voluptuosidad de exhibir mi propia llaga, mis lacerias íntimas, acaso para que un imbécil cualquiera las comente con ironía o con escarnio, me confieso en estas páginas en que un lapso de mi vida deja al pasar una ominosa emoción de crepúsculo estremecido por ráfagas de fiebre, relámpagos de belleza y torbellinos de gloria.

No voy a contar este lapso, el más duro de mi vida, con la lógica con que los novelistas hilvanan un argumento y, precisamente, como no suceden las cosas en la vida. Yo no puedo ordenar cronológicamente mis pensamientos y recuerdos. Hay cosas que recuerdo de modo tan desvaído como esos paisajes que se va tragando la bruma y reconstruimos mentalmente sólo por algunos detalles salientes; hay, en cambio, episodios que evoco tan netos y precisos como el filo de un rayo en las tinieblas. Escribo según mi mente recuerda. Con

lagunas, incoherencias... Salvando espacios y abismos por un hilo frágil acaso no vivido, sino ideado. ¿No es lo mismo? No podría decir el orden en que sucedieron las cosas. ¡Hilachas de recuerdo cosidas con hilos de fantasía! Pero ¿no tenemos esa personalidad superior que rige la vida del ensueño y que edifica esta vida con saltos, curvas y sesgos sobre esa otra actividad inferior, aunque práctica e imprescindible ya que ordena las vulgares funciones de la vida; esos cotidianos menesteres que no quisiéramos sufrir ni recordar? Sobre esas cosas crudas, insidiosas y hasta repugnantes, nuestra vida superior zigzaguea como los ríos y vuela como la flecha edificando otro mundo sobre la realidad externa; sin contar con que esta realidad externa es captada arbitrariamente y todo imaginativo vive mitigándola, como protegido por una coraza de fantasía. Luego, el menos imaginativo de los hombres *vive en plena ilusión* y yo agregó que, en mi caso, las horas de esta última aventura las he vivido delirante, en un como delirio sagrado. ¿Es la divina turbación que me produce la presencia del mar? Yo tengo la obsesión del mar. Fui concebido en el mar. Con mórbida fruición mi madre me contaba que su luna de miel transcurrió en una serie de travesías marítimas. Se prolongaron tanto que, de fijo, yo habría nacido en el mar, en un barco y no en un puerto, como fue, si una amenaza de tormenta no obliga a los

pasajeros a quedarse en tierra. Iba diciendo...; bueno, mi obsesión del mar. A veces esta obsesión es tan aguda que, de súbito, abandono mis quehaceres y me planto en un puerto sólo para verlo. ¡Oh, tiempos de soltero en que sólo alistaba la maleta y adiós!...

Ahora, iban meses de no ver el mar y mi estado de ánimo, mi escrúpulo obsesivo, se agravó con una de esas distimias que tan a menudo me acometen. Ese mi furor... hasta el odio, por los seres queridos. Esta vez el odio era hacia Luisa. En estos días odio su ternura, sus cuidados, su belleza y, ¡oh, abyecta confesión! Mi repugnancia genital por ella. En los ratos de ardor, ¡salir tras mujerzuelas de la calle antes que poseerla! La tibieza de las viejas coyundas anticipándose, agravándose en la nuestra. Apenas tres años de casado y, la mía, ya dije, no es tibieza, sino hastío de su carne, repulsión fisiológica... Pero, para justificarme, he de hablar antes del fracaso de mi vida con ella:

No he sido nunca un cartujo ni un hipócrita; tampoco un libertino. He usado siempre de mi independencia mesuradamente. He sido siempre el dueño de mi tiempo con un precoz sentimiento... No: con un diáfano sentido de la libertad; acudí a todas las solicitudes de la vida sin abdicar un ápice de mi albedrío. Ni aun las horas de placer me encadenaron mucho tiempo y, así, la despótica vigilancia de Luisa era para mí veja-

toria. A medida que nuestra coyunda se hacía añeja, la tiranía de Luisa rebasaba filtrándose en todos los actos de mi vida hasta pretender anularla. Luego, el descuido de su cultura. Fuera del aspecto social en que tiene mi mujer un discreto dominio, tacto y soltura mundanos, fuera de esto, dije, es extraña a las sutilezas intelectuales, a esos refinamientos y delicadezas de la vida espiritual. Esto, naturalmente, comenzó a distanciarnos desde los primeros días de matrimonio, cuando, tras de los regodeos de la carne, sentimos que la asociación vital de dos seres desajusta en ciertas coyunturas y, en el suelo que hemos supuesto firme, el filo del análisis va dando con fallas y grietas insospechadas, viveros de futuras miserias conyugales que nos anticipan el amargo regusto de ilusiones fallidas y nos auguran el próximo fracaso. Pero, de todo, lo que me exasperaba eran los celos de Luisa, unos celos estúpidos, absurdos, celos de todo y de todos; de las cosas y de las gentes; unos celos perennes, indefectibles, como consustanciados con cada fibra y cada momento de su ser. Unos celos que, sin raíz en la vida, vivía forjándolos en su imaginación. Al principio, estas diferencias, esas oposiciones hasta la hostilidad, se sofocaban en la ternura nupcial. Después, la educación iba frenando esas alternativas de brusquedades y sumisiones, de suavidades y asperezas. De repente estallaba en ella algo selvático, primitivo, feroz.

Recuerdo un día en que le vi transfigurado el rostro y mantuvo una mueca de gorgona muchos días, porque... le contara mi encuentro inopinado con una vieja amiga de la infancia. Después, a lo largo de los días, con la mutua confianza, se relajan pudores y recatos y llega el día en que se revelan las almas en toda su grosera fealdad, en su áspera naturaleza, en su cruda e insospechada desnudez. Ella apelaba a un eximente omnímodo: el amor. Su inteligencia rudimentaria no concibe ese mutuo respeto, no admite esa consciencia de cierta zona de autonomía de cada uno en el hogar, autonomía con que no se viola ningún deber moral. Ella no comprende el valor de esa recíproca confianza que aleja del hogar tantas miserias, que sella instantes de suprema felicidad y que, al fin, ennoblece las almas y fortalece el amor. Si mis quehaceres requerían un viaje, para Luisa este viaje era una cita concertada con alguna amante. Si estaba malhumorado, era por el fracaso de una aventura con alguna mujerzuela. Si amanecía fatigado, era porque la noche anterior yo me había escapado de casa para ir a correr una juerga con mujeres de la calle; y, así, llegó para mí la tortura de la alcoba única, tortura impuesta por mi mujer. Sin consultarme previamente, un día al volver de mi trabajo hallé mi dormitorio revuelto y, en el cuarto de Luisa, vi instalada mi cama junto a la suya. Yo siempre tuve una sensibilidad enfermiza por

esos detalles íntimos de la vida orgánica, esas cosas inevitables, pero siempre innobles y tan decisivas para un temperamento delicado. Aún más: siempre tuve asco por las pláticas obscenas, por los chistes procaces y, si esta coprolalia se traduce en hechos, mis ascos llegan al horror. Hay esa actitud tan íntima y tan digna en que, para ejecutar ciertos actos, hasta las bestias se esconden. No sé quién dice que sólo el hombre y los animales domésticos han perdido esta dignidad. Y, la vida en intimidad, con su cruda desnudez, nos traiciona a menudo y, entonces, ante la revelación de alguno de estos actos, baja el clima en que se caldean muchas delicadezas espirituales. Siempre se han extrañado mis amigos de la morbidez de mi temperamento y mi repulsión por estas cosas, objetándome que las crudezas fisiológicas son la vida misma y hay que tomarla tal cual es, pero nada se opone a velar estas crudezas. Soportarlas sin alarde, tolerarlas sin ostentarlas. Suavizar con discreta reserva estas crudezas es un imperativo de buen gusto y de cultura. La vida en común traiciona siempre y malogra muchas cristalizaciones del espíritu. Dos esposos en la misma cama son los obreros de su mutuo desencanto y, al final, de su mutuo desprecio; y así fue como Luisa engendró, con su presencia indefectible, con su implacable asiduidad, mi desapego sexual, primero, después, mi hostigamiento. Ya saturado de sus humores y ahíto

de su carne, mi anafrodisia se tornó en hostilidad y, al fin, en hastío hasta la repulsión...

Dije que ella alegaba un eximente omnímodo: su amor y, así, se creía autorizada a fiscalizar mi tiempo, mis días, mis horas, mis instantes. Me vigilaba en el hogar y me hacía vigilar fuera. Vivía indagando, inquirendo, coligiendo, trenzando menudas contingencias con hilos de absurdo para deducir a cada instante una acusación en contra mía. Un acto, el más inocente, un detalle, el más trivial de mi vida cotidiana, servíale de apoyo a una sospecha. Un deseo mío, el más pueril, envolvía una añagaza para ella. Una reserva, la más legítima de mis actividades artísticas, encarnaba una infidelidad de mi parte, y, así, nuestra vida fue cada día torciendo la recta limpieza de su cauce en tortuoso arrastre que agitaba un limo abyecto de reticencias y sospechas, un arrastre lleno de ominosos sesgos y recodos hostiles por sembrados de menudas miserias y falacias. Por fin el camino se hizo atajo, luego precipicio y llegaron días más abyectos en que las horas de intimidad eran fatalmente precedidas de algún altercado. Días en que yo salía furtivo, evitándola para no malograr la calma y lucidez que requerían mis quehaceres. Días más áridos que el desierto, y más lóbregos y largos que la muerte. Ella, a menudo, se encastillaba en una aviesa reserva, o bien, alteraba el quieto ritmo

de su vida emperejilándose con pretexto de un té donde fulanita o de algún *bridge* donde zutanita. Procuraba salir de manera ostensible; pero, a poco, volvía objetando el olvido de algún detalle de su *toilette* o algún encargo a la servidumbre, cualquier cosa... Sus ojos entonces figaban todos los rincones; luego, se me encaramaba con mueca de cómica seriedad, regañándose:

—Creíste que me iba, ¿verdad? Qué feliz de quedarte solo..., librate de mí siquiera un rato; ¡pero no! Aquí estoy. Tu castigo, ¿verdad? Tú lo escogiste, pues aguanta... Tengo que cuidarte. No permito que nadie te me robe...

Estas frases u otras semejantes que al principio me hacían alguna gracia, y a menudo sellaban la reconciliación en una crisis de besos y caricias, después me hirieron el alma con un timbre tan fatídico que me provocaban impulsos casi homicidas; pero ¿a qué seguir detallando estas miserias íntimas, a qué historiar cosas de tan amarga sordidez? ¿Esto es el amor? Para algunos seres, quizá; pero un amor así tiene todas las infamias de la vida sin una sola de sus glorias.

¿Desde cuándo ya no amaba a Luisa? Rara vez se sabe en dónde ha comenzado la pendiente, el punto en que se inició el descenso. Un día cualquiera basta un gesto, un detalle vulgar en apariencia, pero decisivo en los designios al alma, para matarnos el sentimiento.

¡Ese don del amor que llega sin saberlo y, así se va!... Ese día, nada ha cambiado. Todo ha cambiado. Ya somos otros. Y, hubo para mí ese día en que llegué a odiar en Luisa hasta sus virtudes. Aquella anafrodisia sólo con ella. Una frigidez de semanas, de meses. Como un valetudinario en plena juventud... Y el espanto de cuando se enlazan los cuerpos mientras las almas andan perdidas. En cambio, con otras, cualesquiera, maritorres quizá sórdidas, el deseo hasta el orgasmo, la erección de todo el ser, y una de esas amargas ironías de la vida: desde entonces Luisa exagerando sus atenciones conmigo, castigándome con su bondad. Naturalmente, aparte de sus celos eternos y siempre vigilantes. Desde entonces se hizo para mí más suave, más discreta, más solícita, más fina. Sentía en todo su presencia invisible, hasta en esas nimiedades de la vida hogareña que atendía con sutileza, con exquisitez y, esto, en vez de castigar mi desvío, lo alentaba. Fomentaba mi agresividad con ella. Dije que llegué a odiar hasta sus virtudes. Fui tan abyecto que, en los transportes íntimos, la deseaba... menos burguesa..., con cierta dosis de sal y pimienta..., con una pizca de picardía. ¡Oh, abyección!, y todo me hostigaba en mi jaula dorada; pero una cárcel, aunque de oro, es una cárcel y, en cuanto a la abnegación de Luisa, hay holocaustos que ofenden; hay sacrificios que humillan; hay dádivas que irritan y, luego, son tan esté-

riles que sofocan la pureza de la intención, la rectitud de su entrega por su inanidad ante alguna prevención nuestra. Sentimos la oblación vacía, hasta odiosa por el esfuerzo de agradecer, y, por una fatalidad de malentendidos, llegamos a ser tan arbitrarios a veces que, ya en una equívoca actitud mental, damos al gesto más noble una interpretación oblicua y aberrante, hasta vil, cuando la vileza está en nosotros.

Soy injusto con Luisa, soy mezquino con ella hablando con rencor y acritud de sus defectos, recriminándola por sus celos, aunque los siento legítimos. Absurdos, pero legítimos. Jamás los vi más feroces, más atávicos; pero, en las grandes crisis, cuando Luisa se me encaraba, sus ojos ardían como dos ascuas de odio en que fermentaba una tempestad de amor.

Sí, hay que confesarlo: amor, amor animal, amor sin dengues ni artificios; amor sin reservas y sin tácticas; amor desnudo, salvaje, cruel; pero, yo con ella, ¿cruel?... Nunca. A pesar de mis arrebatos, con ella fui siempre tolerante, ¡indulgente hasta la blandura! Claro que a veces la ira... El más sereno y manso a veces se enajena. Un demonio se mete en la sangre y hay momentos en que cualquiera llegaría hasta el crimen, y yo, tras de mis mayores arrebatos, resentía siempre una gran contricción.

Soy un sentimental que vivo escamoteando mi naturaleza con una máscara mal avenida y extraña. A

mí, con un gesto, con una mirada, me desarman. Una palabra dulce y olvido; una ternura y perdono. Me falta esa fibra de aspereza que requiere el combate de la vida. Muchos triunfan sólo por eso... Yo no puedo. De joven mi padre me puso a administrar una plantación donde tenía que mandar a mucha gente en que abundaban hombres groseros, feroces, hasta criminales. Yo me ponía a ensayar actitudes severas y gestos de dureza. Alguna vez, con razón, cometí alguna crueldad sólo por ensayo... Al punto sentía una turbación, una piedad infinita. Muchos días después seguía sintiendo culpable y contrito por algún acto de justicia que fuera provechoso a la disciplina; sin embargo, mi ternura enfermiza vivía alentándome una flaqueza complaciente que lo perdonaba todo y... a menudo lo estropeaba todo.

Esto, lejos de toda cursilería romántica; aunque admito un romanticismo sano, vital que, en uno de sus aspectos, se traduce en bondad, en amor a los pequeños, a los débiles y a los oprimidos; creo en un romanticismo inmarcesible que es bondad, nobleza, entusiasmo, altura moral; sólo que, hoy, es un pecado ser bueno y es cobardía confesarlo. En este siglo xx, cínico y abyecto, el hombre tiene una nueva concupiscencia: no basta ser malo y brutal, sino que también hay que parecerlo.

Yo me consuelo pensando en que, a lo largo del tiempo, iba domando con Luisa mis durezas. A los primeros arrebatos de coraje sucedió una resignación crepuscular. Fui comprendiendo que estábamos en planos distintos. Ella, con su vetusta y ciega creencia de que el matrimonio es siempre absorción tiránica, fusión absoluta de ambos, sin que tenga derecho cada uno a seguir su propio instinto y guardar un campo de libertad al margen del rigorismo de las costumbres y convenciones sociales; yo, sintiendo siempre que hay una zona espiritual que no debe entrar en el circuito, que no debe embargarse totalmente el campo de la naturaleza. Esa zona es indefinible en ciertos casos; sin embargo, la sentimos vulnerada a la menor intrusión. Es un algo que ha de quedar fuera del radio de contacto de ambos y que, ante una amenaza a su integridad, se revela en la misma sustancia. Es una zona de virginidad cuya defensa se impone por delicadeza misma; pero ¡qué pocos comprenden esto!...

Luisa, en momentos en que intuía lo que digo, me afirmaba:

—Tè celo por amor y no por mezquindad; por amor que, sin embargo, es grande en sus pequeñeces. Soy tirana y egoísta por puro instinto; pero, si dudo, es que sé valorarte; si evito, es porque temo...

...Yo, entonces, no comprendía y aunque ahora comienzo a comprender porque... amo, siento que

persiste en mí una sórdida reacción contra Luisa y aquí mismo en estas páginas miserables siento la ruina y absurda voluptuosidad, repito, de seguir acusándola como responsable de todas mis desgracias y torturas íntimas...

Empecé a columbrar un remedio: mi evasión, aunque no fuera definitiva. Liberarme por tiempos y de un modo discreto en que, salvando apariencias sociales, yo pudiera dar a mi vida una pausa para respirar. Crearme una sede tranquila en alguna parte; siquiera por horas para alternar mi cautiverio con lapsos de vida, de paz. Momentos siquiera de redentora soledad. Mi aplanamiento espiritual iba influyendo en mi salud. Me sentía laxo, envejecido. Un día me vi al espejo con horror. Envejecía por momentos. Perdí mi antiguo optimismo, el más bello legado de mi juventud; perdí aquel moceril denuedo que guardara hasta los umbrales de la madurez como mi más prócer galardón, hasta mi virilidad se resentía en un renunciamiento precoz. Era una misoginia enraizada en miedos no sólo reales, sino absurdos. Miedo a provocar escándalos con mi mujer; miedos pueriles que me hacían degustar de antemano, imaginariamente, en otras mujeres, las mismas torpezas y aberraciones de la mía... En las encrucijadas de la vida siempre nos sale al paso la aventura tentándo-

nos en el chispazo de unos ojos, en el amapol de una boca que, antes de besarla, ya nos lubrica e inflama los viveros del sexo. Cuántos lances frustrados, cuántos minutos de miel y olvido malogrados con el presentimiento de que, tras un efímero deliquio, estaban las fauces del desencanto, el bostezo del hastío y la misma reacción dolorosa de la ilusión en derrota, así como en mis transportes con Luisa.

Por Luisa me fui haciendo huraño, casi salvaje. No visitábamos a nadie. Nadie nos visitaba. Ella quería estar siempre a solas conmigo. Su fiera vigilancia imponía hasta mis relaciones bursátiles: tal negocio no se haría porque mi cliente tenía una linda mujer y el muy sinvergüenza se proponía, de fijo, explotar esta circunstancia y cotizar, en el asunto, la belleza de su esposa. Cuando algún regocijo familiar imponía la presencia de los íntimos, fuera del grupo familiar, no pisaban nuestros umbrales más de dos o tres cacatúas con faldas que llevaban a mi casa un mar de ponzoña acopiada en los corrillos de sociedad. Luego, en nuestras reuniones, sólo hombres...

—Aquí —decía Luisa— no debe haber más faldas que las mías.

Ella seleccionaba mis relaciones clasificándolas con su criterio arbitrario. Tuve amistades que hube de

terminar intempestivamente por ella y por ella iniciar amistad con entes odiosos. Por el capricho de Luisa tuve que renunciar a posiciones ventajosas temiendo alguna indiscreción de mi mujer que pudiera enturbiar el ambiente con riesgo de dañar mi prestigio. Fueron tres años de luchas sordas, subrepticias... Escaramuzas sofocadas en largos silencios o combates abiertos que terminaban en forzadas reconciliaciones en que siempre abdicaba yo de algo en holocausto de mi paz. Esos tristes pactos sellados sin alma, con una alegría abyecta y forzada, sólo para obtener alguna tregua fértil en promesas. Locos momentos sembrados de buenos propósitos que abortaban a la mañana siguiente en un silencio hostil de Luisa o en alguna su frase hipócrita o en una alusión aleve y maligna...

A veces me atrevía a reprochar a Luisa su obcecación y su tiranía, su egoísmo, invocándole su responsabilidad de entorpecer mi vida, de estropear mi destino encadenando mis actividades, de las que dependía nuestro bienestar económico y, por ende, el cumplimiento de mis obligaciones domésticas. Todo en vano.

Era sorda y ciega. Y, ¿no teníamos administradores? ¿A qué trabajar yo entonces? ¿A qué buscar sin objeto nuevas preocupaciones?

Ella exigía una dedicación exclusiva, un culto absoluto. Ella quería polarizar mi vida en sus caprichos. Ser

el árbitro de mi destino. Sus celos, tras de súbitas intermitencias, de pronto estallaban rabiosos, irrefrenables si yo insinuaba la idea de asistir solo a una ceremonia social a donde algún deber de urbanidad obligaba mi presencia. Era pecado dilapidar mis horas domésticas en asistir a cualquier acto de cultura. Yo cedía siempre para evitar escenas conyugales, conflictos degradantes en los que, cada vez, se me rompía alguna cosa del alma...

No sé de fijo cuándo comenzó para mí nueva tortura, la más cruel y humillante: la duda. Un complejo de asociaciones y sentimientos huidizos. Repentinidades absurdas con amargas penumbras en que pasaba el oblicuo fantasma de la sospecha, larvas de percepciones, de representaciones que, por su vaguedad, no daban cuerpo para abordarlas. Mi angustia me planteaba esta duda: los celos de Luisa, ¿eran del amor o de la vanidad? ¿Eran celos del corazón o del cerebro? ¿Quién no sabe que hay mujeres que celan al marido detestándolo, incluso engañándolo y le hacen escenas de furia o de llanto, le arman un escándalo con pasos de melodrama porque alguna amante les desnivela el presupuesto conyugal o las humilla una derrota ante sus amigas o rivales? “¡Oh, el amor propio!”, dicen, sintiéndose escarnecidas, atacadas en su posición legítima, en su ambiente social en

que todo está sancionado por la estupidez de las costumbres.

A veces Luisa, tras una escena de celos, ponía un exquisito primor en su *toilette*, esmerando detalles que ponderaban su belleza y hasta ponía en sus frases no sé qué intención equívoca que, sin dar un cabo de sospecha que pudiera concretarse en motivo de acusación contra su vida irreprochable, sí me dejaban en el alma una espina de desazón, una avidez de angustia, una semilla de alarma y pensaba entonces en la posibilidad de que sus ridículos celos fueran sólo una máscara, una estrategia para desviar mi atención, aprovechando mis errores de enfoque para su impunidad. ¿Era imposible que me engañara?... “Nadie nunca está seguro con ellas”... Palabras de aquel gran viejo mundano que una noche en el mar del norte, entonces sembrado de minas, me hizo olvidar la vecindad de la muerte con la más bella historia de amor que oí en la vida. ¿Era imposible que Luisa me engañara? —decía—. ¿Y esas bribonas que se la pasan escamoteando la virtud tras una careta de pacata austeridad? Luego, en Luisa, aquel su temperamento tan inflamable y rencoroso. Sus rabias, sus celos, ¿no podían ser un estímulo entonces para una infidelidad suya? Esos relojeros del alma, esos psicólogos que analizan el espíritu como si fuera una máquina, un artificio mecánico en que pueden irse desmontan-

do ruedecillas, ejes y resortes. ¿Quién sabrá nunca el verdadero estímulo de un acto? Menos... ¿Y cuando se penetra en esos limbos de la anormalidad, en esas zonas fronterizas que pueblan el anecdotario de la histeria y que hacen inagotables las posibilidades? ¿Y las que engañan por despecho y en un raptó de ira van con el primero que topan en la calle? Yo mismo en mi vida... Aquel caso una noche en una ciudad europea cuando de una *limousine* como una joya bajó una mujer imperial y me arrastró hacia un lindo camarín, en que mi olfato adivinó el nido de su aventura por un algo que trascendía a clandestino, mientras que, la mujer, entre mis brazos, se deshacía en sollozos y mascaba un nombre, un nombre extraño, con tal ira, con tal odio en el acento y en la mueca que me sonó mucho tiempo en el alma después de mi fuga. Que vengan los psicólogos con embustes. Hay esa falsa literatura amorosa en que se escarba el alma con bisturí de pseudociencia petulante. La vida es otra cosa. ¿Qué son en amor los hechos y las palabras?, y, en cambio, cualquier acto negativo..., un silencio, por caso..., es un misterio más hondo que la eternidad...

Hubo tiempo en que busqué el alivio en la bebida. No sólo el alivio, sino una solución a mi vida ya encenagada por la duda.

Me emborrachaba por semanas, por meses... Eran largos periodos en que los días desfilaban en una procesión de manchas crudas y opacas cortadas por relámpagos de consciencia, pero tan débiles como esos boqueos de los candiles sin aceite.

Entonces culminaban la solicitud y los cuidados de Luisa. Ni un reproche, ni un gesto de impaciencia siquiera. Por el contrario, una discreta tolerancia que, en vez de calmarme, me irritaba más. Salía de esas crisis asqueado de mi abyección, despreciándome yo mismo, sintiéndome resbalar por un despeñadero irremediable en cuyo fondo columbraban las dos únicas soluciones: manicomio o suicidio, porque a los estragos de la bebida seguían esas crisis del ánimo y de los nervios; porque el alma se nos desgarraba fibra a fibra en una inútil, vaga y tardía contricción y el espanto con su repertorio macabro dramatiza los insomnios sembrándolos de pesadillas de cuyo terror tan sólo saben los bebedores...

Imaginando mi vida futura se me apretaba el alma en un nudo de presentidas angustias y zozobras. Pensaba: si ahora Luisa es así, ¿cómo irá a ser en la menopausia? ¿Qué haré yo con esta mujer en el climaterio? Perspectiva larga, atroz y más negra que la muerte. ¿El suicidio?... Me repugnaba salir de la vida por una puer-

ta falsa, por un pasillo clandestino... Además, tengo la responsabilidad de otros seres indefensos, aún ineptos para la lucha y a los que estoy obligado por vínculos morales... ¿Huir? ¿A dónde sin una fortuna sólida que me permitiese alejarme de la administración de mis parvos intereses? Gozo de una medianía económica salvada a fuerza de tino y dedicación..., y esta evidencia colmaba mi abatimiento... De aquí datan mis primeras sospechas en cuanto a... Cuando las primeras sombras... Comencé por la manía de analizar mi estado, de conversar con médicos acerca de temas en que, a pesar mío, revelaba indicios que me acusaban, alusiones mal encubiertas que hacíanme sonrojar ante alguna pregunta que yo imaginaba capciosa creyéndome descubierto... Comencé a hojear libros de psiquiatría que, claro, sin la preparación necesaria, no entendía y, en cambio, me dejaban en un estado de duda y aplañamiento fatales. Zumbaba a mi oído un repique de nombres y palabras técnicas, psicosis, neurosis..., paranoia..., fobias..., obsesiones... Danzaba en mi mente cada palabra corporizada en figuraciones arbitrarias, en formas grotescas y fatídicas. Todo el repertorio de la teratología. Sujetos deshumanizados por monstruosidades psíquicas, poblando lívidos recintos de máscaras crispadas en todos los estrabismos de la locura, muecas desorbitadas en una furia demoniaca.

Mis días se iban hundiendo en una penumbra invernal. Sentía mi vida rodando hacia una perspectiva mate y lívida, como de nieve sucia; luego yo mismo me sentía como algo inerte en la desolación de este limbo ilímite, algo inerte como esos palos que calcina el rayo y se quedan en pie, pero pudriéndose, sin una hoja, sin una yema, sin un nido, en un paisaje desolado, apuntando inútilmente hacia un sitio del espacio donde no hay más que el vacío y, más allá, el milagro de los astros, pero inaccesible...

Cuando más temí fue en esos días de calma sembrados de bellos propósitos hacia Luisa, iniciándome en un orgullo franciscano que me abonaba caudales de comprensión y tolerancia para su despotismo y sus excesos, pero, de súbito, una alusión perversa, hasta una reticencia, algún gesto intempestivo, algo que otra vez me habría parecido banal, sin doble intención, ahora me inflamaba como un polvorín en el alma y una rabia insospechada, irrefrenable estallaba en frases alteradas, injurias y hasta amagos de violencia contenidos sólo en las fronteras de la propia estimación o en la evidencia de su inanidad para evitar esas catástrofes. Después, resentía en el alma el estrago que dejan los desastres geológicos, la desolación que sigue a los terremotos y la obnubilación mental de que padecen algunos intoxicados. Esas catástrofes del espíritu cuando la solución

se columbra en el revólver o en una borrachera que aplaste la vida con el martillazo de la apoplejía. Esas horas en que todas las derrotas son fáciles, y la misma energía vital que antes saltara por encima de increíbles obstáculos, ahora cede ante la más angosta grieta de la senda y la marcha se detiene por sólo el granito de polvo que se nos coló entre la bota mordiéndonos la planta para evitarle el paso decisivo. La mente flota en las turbias aguas de la duda... Hay un limbo de velados contornos, un limbo difuso entre la niebla de todas las sospechas y todas las flaquezas. Aquí o allá ábrese por instantes un boquete de luz y nos descubre algún trecho de claro paisaje..., alguna orilla firme en la consciencia; pero de pronto algo irrumpe como un fatídico impulso..., una corriente subrepticia que nos arranca de allí para otra orilla vaga..., oscura..., tremenda..., lóbrega..., infinita... Peor que la misma muerte... ¡No quiero mentarla!...

Un día amanecí alimentando inesperadamente un sentimiento de rebelión, un impulso de libertad, vago y subterráneo, pero cada vez más firme...

Tres años de vida abyecta, de miserias conyugales, me habían preparado el ánimo para cualquier desenlace violento.

Presentía el estrago de algo tremendo que no acertaba a definir entonces y que ahora comprendo, pero

que en esos días ya me alentaba allá en los viveros subconscientes. Se acumulan gestos, detalles, rencores y se alimenta un fatal sentimiento como se alimenta una planta, se le riega, se le abona, se le vela con la fruición de cada día de espera hasta que grane el fruto. Aquí, en el trópico, a los que viven en contacto con la naturaleza, se les desarrolla el instinto meteorológico de los pájaros. Son hiperósmicos que huelen los chubascos, las tempestades, muchas horas antes, incluso en un tiempo espléndido, y ya no les sorprende cuando, a lo largo de las horas, en el topacio del cielo apunta un grumo de tinta —semilla de tormenta— y el grumo se hincha, se abullona y al fin se traga el cielo, mientras nos penetra la tensión eléctrica de la atmósfera poniéndonos hormigas en los nervios y una confusa obsesión, una vaga angustia de espera hasta que cae la primera gota, parpadea el primer relámpago, tabletea rodando el primer trueno y, anhelantes, febriles, hasta dichosos, nos hundimos en el chaparrón que nos descarga y alivia. La tempestad que, si mata, redime, y si no mata, también redime, aunque aniquila... Así llega hoy la mía, y ahora y en la hora de mi borrasca siento que todo en mi vida ha sido fraguado, preparado para esta hora suprema, para esta culminación ignota, fatal y grandiosa...

Hace pocos días yo tenía ya el alma encinta de esta tempestad. Estalló por cualquier cosa, un estímulo

pueril. Luisa ensayó alguna caricia y sentí tal repulsión en las entrañas, tal rebelión de mi sensibilidad que la repudí con gesto brutal y una frase vil...

Vi tal asombro, tal espanto en su gesto que al punto sentime humillado y arrepentido y... hui como recurso; pero momentáneamente también se operaba una inversión de mis sentimientos. Pronto estuve tranquilo, luego radiante...; se acercaba el milagro... Y aquí comienza para mí lo maravilloso...

VI PRIMEROS ÉXTASIS

Súbito, me sentí metido en un vagón con rumbo hacia aquí, hacia el mar... Ya de lejos sentí la emoción oceánica. Vi palmeras curvarse por la cintura hacia el mar. Sentí sal, yodo, brea y gloria en el aire. Oí mentalmente el prosódico fragor del tumbo. Los follajes los vi más húmedos y azules..., como licuándose y evaporándose en el éter. Luego, la fiebre de arribar. Saltar del tren, ya de noche, y esperar el día para volar a la playa a beberme por los ojos y los poros el mar.

Amanecí radiante, pero inquieto, intuyendo por qué. Una dulce zozobra me sacó de la cama con la ignota premura de la vida cuando va a consumarse un destino. A medio vestir, fisgué por la ventana el horizonte marino... ¿Por qué y por qué hacia levante?... Porque en ese rumbo vendría un barco que yo había soñado toda la noche. Salté a la playa. ¡Oh, mi éxtasis azul! Confabulación de todos los azules. Azul. Azul. Azul. Azul el ámbito. Azul mi vida. Azul meridional. Como si todo este ámbito estuviera contenido en un topacio, un inmenso topacio puro y vivo, vivo..., ¡vivo!...

En esto, lo de la gaviota. Yo estaba en el muelle con el alma y las fibras borrachas de espacio, de júbilo vital. Como esos pájaros que han roto el cautiverio y, en esto, una gaviota cayó palpitante a mis pies. ¿Qué trascendencia simbólica podía tener en mi vida aquel detalle? Sentí rozarme el soplo del augurio y un laberinto de asociaciones psíquicas me evocó a las sirenas..., ¿por qué las sirenas?... Pero..., y las sirenas, ¿no son pájaros?... El mito fue mistificado desde la antigüedad por los artistas que, en la ignorancia de la fábula, representan a las sirenas mitad mujeres, mitad peces. Error. Error, si la fábula dice que son aves de linaje marino y ¿por qué no las gaviotas?... Y por un enmadejamiento de imágenes, pensé en el amor. Gaviotas. Sirenas. Amor.

El éxtasis musical de esos instantes me afloró en la memoria un verso augural... “Siento que algo solemne va a llegar a mi vida... ¿Por ventura el amor?”... Hallé un lírico acorde entre el grave compás del alejandrino y el magno ritmo del tumbo. Todo allí estaba ungido de gracia lírica, hasta el pájaro herido que aleteaba a mis pies; pero..., al cogerlo, un flujo cenestésico me impulsó de pronto a soltarlo a tiempo que una repentinidad de oscuras supersticiones me incitaba a retenerlo. Hubo entonces un detalle que decidió, entre mis dos sentimientos antagónicos, el propósito de guardar

la gaviota. Un chico de pescadores que contemplaba la escena me alentó diciéndome con precoz seriedad que no abandonara al animalito. Genoveva, la Gubia, que es llena de gracia oportuna, asomó por allí y me trajo la gaviota al hotel y aquí la tengo a mi lado. Viva, trémula, como una gota de misterio que sella el cabo de algún hilillo de mi destino.

El destino había acordado las cosas de antemano porque, al saltar a los muelles, entre la niebla lila del amanecer, en el horizonte humeaba una rayita negra como una colilla de cigarro que rodara empujada por el viento. Le enfoqué los prismáticos con el alma en los ojos y una premura febril que, ¡ay!, ¡este corazón quería saltármese del pecho! Recordé el estribillo de mi médico: “Cenestesia..., taquicardia emocional... Repórtese usted y tome abasina”...

A medida que se precisaba el armonioso perfil de un paquebote, los minutos resbalaban con fruición expectante; luego, ya no resbalaban, rodaban desenfrenados, asaltándose con la ágil locura de la resaca. Se me iba alterando la noción del tiempo desde que divisé el navío. Sus pitazos, al anclar, me retumbaron en el corazón. Luego, un azacaneo en el muelle. Los bogas preparando botes y lanchones para el trabajo. Vi el bote de la capitanía con el pabellón nacional y al pie del muelle como un pájaro que se desentumiera sobre

el tumbo con un jirón de cielo en el pico. Vi pasar hombres rubios y morenos vestidos de armiño. Empleados de aduana, factores de agencias, un vicecónsul, el médico y, presidiendo el grupo, iba mi amigo el capitán del puerto. ¿Qué vería éste en mis ojos?, que, enfilando hacia mí, mientras balbuceaba un premioso saludo, me arrastró diciéndome:

—Véngase a bordo con nosotros... Un bello barco... No se arrepentirá...

Después, chis-chas de remos. Ronquidos de motor. Nuestro bote enfilando como una flecha hacia el navío, y mi corazón, también como una flecha quizá hacia el blanco de su destino, un destino que estuve a punto de hacer abortar por mi premura al saltar del bote a la escala del barco. Pasto de tiburones sí, al resbalar mi pie de la regala, alguien no me sostiene. Oí encima un ronroneo de alarma. Alcé los ojos y vi un racimo de pasajeros apiñados y fisgándonos desde la borda.

Y, ya sobre cubierta, el aletazo del augurio sacudiendo mi vida. Íbamos hacia el barcón un grupo de oficiales del barco a festejar la bienvenida cuando la visión: fue en un puente. De una cabina de lujo salió uno de esos milagros de la vida en forma de pájaro o de mujer. Visión de un segundo en que el alma, de cuajo, se me subió a los ojos ardiendo. En un puerto de los trópicos, a bordo de un paquebote latino y a la hora

prima dos almas iban a encadenarse y se repetía por la mil millonésima vez el eterno milagro del amor. ¿Por qué la hora prima? No. No era la una del día, sino las ocho de la mañana. En una hora borracha de sol, de gloria y de color; pero, en mi vida, era la hora prima. De entonces comencé a vivir...

Mi ruego casi infantil al capitán del barco:

—Tráigala usted a la mesa. Brindemos por ella...

Mi acento era el de un colegial confesando la primera aventura. Oí el vozarrón tajante como quilla y ronco por la lección del mar:

—¡Ambicioso! Nada quiere. ¡Si es la gala del viaje!...

Y en el *café terrasse*, en una mesa, ¿ella o el sol? Porque a su presencia iluminose todo. Mi vida, el mar, el mundo... Presentaciones. Me temblaba levemente la mano..., no sólo la mano..., la voz..., toda la carne:

—Delfino Valdelomar...

Y antes que ella me hablara, el capitán:

—*Mistress* Helen J. Vane...

Y antes que el capitán terminara, mi pasmo afloró en mis labios un nombre:

—¡Eucaris!

Todos aplaudieron. Muchos sin comprender; pero la efusión hace milagros y la mente más roma intuyó de fijo que Eucaris traduce gracia, gloria. ¿En qué idioma

hablaba ella? Por el pronombre supuse su ascendencia inglesa, aunque ya con los ojos nos habíamos hablado en lengua elemental. No sé en qué jerga poliglota suplí mi deficiencia idiomática para animarla a desembarcar...

—Peligroso —dijo un oficial del barco—, malaria...

Lo fulminé con los ojos, mientras terciaba nuestro médico negando, mintiendo; y yo me afanaba a convencer a Eucaris en un inglés macarrónico, cuando ella, sonriendo con dulce soflama, me dijo:

—Hable español. Lo entiendo. Mi madre era colombiana...

Tenía una pizca de acento. Rodaba breve y dulcemente las erres dándole al castellano una gracia tímida y exótica.

Sentí la gloria de viajero perdido cuando, en la angustia de buscar un rumbo, da de improviso con alguna senda fácil a su meta. Para mí era uno de esos días en que una racha de ventura, buscándonos, sortea mil eventos y, aunque la rehuyamos, nos atrapa...

Pero un barco, aun el más grande, es una jaula, y el más espléndido no es marco digno para una belleza como la de Eucaris que, para mis ansias, pedía el grandioso marco de los elementos. La tierra, el cielo y el mar...

VII EL DELIRIO SAGRADO

Había en nuestras almas no sé qué ingravidez de altura; no sé qué fascinación de bohemia ponderada en el romanticismo de la noche; no sé qué embrujo cuya gracia flotaba en cada uno de nuestros gestos..., en cada una de nuestras palabras con un eco legendario y eterno...

Volvimos a bordo a celebrar la hechura del destino —nuestro encuentro— con una fiesta grandiosa y, mientras, yo tenía el corazón preñado de dulcísima angustia temiendo la posibilidad de un fracaso, y con una nitidez, con una evidencia de que mi vida sin esa mujer era algo baldío, era algo inútil... Un harapo. Mi corazón presentía el prolífico arborescencia del árbol que, en abril, se cuaja de yemas y se dobla a la primera lluvia estallando en un delirio de flores. He de haber tenido algo de frenético, de bizarro, de radiante en la expresión que todos me veían con una jovial curiosidad, con alegre sorpresa que, a ratos, me conturbaba y que regustaba a ratos con no sé qué olímpica osadía, con no sé qué mórbida jactancia...

No sé con qué lengua paradisiaca y delirante le hablé a Eucaris aquella noche mágica, loca, traicionera, encendida. Yo mantenía un rabioso entusiasmo..., una como heroica ebriedad. Tenía dinamitas de ilusión en el alma. Algo supremo que me galvanizaba y se me desparramaba por la piel. Yo irradiaba pasión. El inaudito pulso de mi sangre encendíame el alma en una fiebre divina. Esta alma, esta alma mía que me fuera acumulando por días..., por años, tantas energías dispersas..., tantos impulsos..., tantas fuerzas de pronto no utilizadas, pero latentes, vivas para agolparse y saltar al más mínimo estímulo, cuando todo eso que se ha sedimentado en los laberintos espirituales explota y rueda en avalanchas de pasión y se desgarran en espasmos de locura y de muerte... Yo estaba entonces iluminado, no por el plenilunio, sino por otro plenilunio interior. Lunático y maravilloso. Sentía abrirseme la opacidad de la carne al filo de cien mil diamantes. Fruición delirante de mis átomos en llamas, y el corazón..., el corazón tan estelar como si le hubieran nacido no dos, sino cien alas. El corazón como avisándome que el minuto supremo, el ápice de mi vida, sería el minuto en que hablara a Eucaris dándome en cada palabra íntegramente como el árbol se da en esencia y totalmente en cada yema, en cada fruto. ¡Te amo! La cuita eterna repetida por los siglos de los siglos en trino, rugido, arrullo, querella,

golpe o caricia y aquí y ahora cobrando en mi boca el inédito timbre de una sinfonía inmortal.

Esa noche, conmigo, tenían todas las cosas una ansiosa y suprema expectación, mientras ella no me dijera *sí*. La luna untaba fósforo en el ámbito y tejía redes de oro para pescar a la quimera en las hamacas de las olas. La luna, loca y galante, vino al barco a ponerle una rosa de oro en la punta de un mástil; se pulverizaba en reflectores, proyectores, cabrestantes, grúas y cabrias..., en todos los rincones... En el barco de pronto ardió el milagro de las constelaciones: la noche estaba loca volcando sus joyerías siderales. El mar estaba loco de fosforescencia. Era una eléctrica locura de colores. Dentro del mar, florones, estrellas y cintas rutilantes, llameando rabiosamente. La electricidad de las nubes parpadeaba en los pararrayos y el San Telmo, violeta y mórbido, oscilando como un suspiro de luz en los topes de los mástiles y en los peñoles de las vergas...

La noche filtraba en las almas una etérea dulzura como si la vida estuviera empalmada a la vida de algún trasmundo de quimera. La noche era ubre repleta que, de un solo chorro, había dado el mar... Un mar de carne..., un mar blando..., muelle..., palpitante... Un mar que sentía..., que aferraba al barco entre los muslos y lo mecía con molicie..., con leticia..., en una sensual

y morosa zozobra..., como en la dulce y suprema zozobra del amor...

Y cuando en la boca de Eucaris bebí por fin de un solo sorbo el infinito y en el alma sentí el relampagueo de todos los astros, este... como sideral efluvio me irguió, me esponjó, me abrasó... ¡Todo el dolor de mi vida sufragado en un instante inmortal! Toda mi sed de quimeras, colmada. Toda mi hambre de cielo, satisfecha. Todo el destino, entre la palma de mi mano, y mis ojos abiertos a una verdad celeste, viendo ahora las cosas con la gracia inmutable de la única verdad. El amor: presencia divina. El grito no fue mío, sino del amor cuando pasé arrancando a todos los pasajeros de sus sitios. De la borda..., de los puentes..., hasta de sus cabinas. Cuando pasé destrenzando parejas que bailaban y los arrastré hacia el *café terrasse*. Los corchazos del *champagne*, entonces, pautaron con épico y jubiloso estruendo el centelleo de mi romántica locura. Porque, instantes así, no se viven siempre, sino en esos lapsos de gracia en que la vida se nos alarga como una llama hacia un clima de milagro que nos sume el alma en un pasmo divino.

A bordo amanecemos, y el capitán y algunos oficiales del barco y amigos, entre el pasaje, ya soflamándonos con bromas y roncerías. Sonrisitas de escarnio en que vengaban su derrota los dos o tres Lovelaces de a

bordo. Ella, azorada, se escondió en su cabina y yo, intuyendo su embarazo, la convencí fácilmente de venirnos a tierra. El barco hace una escala de varios días...

Toda la mañana con el alma sumida en un éxtasis divino..., pasmada en un estupor maravilloso. Voy con ella por todos los rincones del puerto meciéndome en el ritmo de dulces pensamientos de amor... ¿Por qué esta medrosa sorpresa, más que sorpresa, pánico, de encontrarla si es mi sueño antiguo? ¿Si desde niño soñaba con ella y la esperaba? Cada minuto de mi vida era referido a su advenimiento. Cada gesto, cada acto mío era una tácita preparación para esta hora madura de su llegada. Cada vez que la vida me zahería, me zarandeaba, me mordía, me golpeaba, me aplastaba, yo me refugiaba en su esperanza. Intuía su presencia. Otros buscan, para soñar, la soledad del campo, entre un decoro de fronda y agua dulce. Yo la buscaba en el mar. Hace tanto que estas playas lisas y redondas, estas mismas playas eran ya el intuido escenario de mi aventura y el ritmo de la resaca era el reloj de mi inquietud y el eco bronco del mar era ese verso perdido en el poema de mi locura insatisfecha...

Anoche, a los 35 años, renací en el mar. Amarga vidilla de antes. ¡Aquel sentirme siempre en una atmósfera extraña, casi hostil, y ver siempre las cosas hun-

didadas en una niebla gris, en una bruma de indiferencia! Días..., meses sin un filo de luz..., sin un eco de emoción..., de simpatía... La vida ahora se me disuelve en un vapor de sueño, pero diáfano. Estoy como entre una crisálida, pero tan limpia que, a su través, el mundo repercute en mí con una gracia musical y tónica. Soy más ágil y efusivo. Todo tiene en mí ahora un eco de liberación. Me he vuelto de espaldas a la sombra como un convaleciente que percibe la dulce euforia de la vida que refluye irguiéndole las fibras. Bebo alegría por los poros. Las cosas me dan inéditos perfiles y, en una nueva percepción, se me enhebran en el arco de un mundo inefable de cuyo sentido yo sólo tengo la clave. De mí parte este arco de eficacia que lo enlaza todo en insospechadas correspondencias y a mí vuelve este arco mismo cerrando su circuito que me abarca de manera que, a mi arbitrio, puedo mover una montaña, arrasar un abismo o descolgar el sol...

Ya empezó a alentar en mí un sentimiento de dominio. Sentí ya el huracanado soplo del instinto insuflando mi ser..., irguiéndome las fibras, caldeándome la sangre..., abrasándome... Ya comencé a sentir por ella el ansia frenética de la posesión...

VIII LOS OTROS

El azorante embarazo de una situación equívoca. A bordo se comentaba ya nuestra aventura y yo sufría pensando en la situación de mi amada ante el capitán del barco y algunos oficiales, sus amigos, y ante el mismo pasaje. Eñíferas relaciones y pueriles amistades que duran lo que un intervalo entre dos escalas, pero que se mantienen en una atenta reserva, en cierta táctica de prevención que rige la tiranía del hábito y un mundillo de escrúpulos e imponen una careta de mundana corrección. ¿Qué pensarían de Eucaris esas cacatúas que iban a bordo ya bordeando una soltería irremediable, acaso consolada eventualmente en algún furtivo desliz? ¿Qué pensarían de ella las veinte cotorritas estucadas que cada mañana en un puente se congregaban a comentar el último chiste de los *dandys* del viaje? ¿Qué pensarían de ella estos *dandys* que la asediaban sin éxito? ¡La ética de a bordo conmovida por un barquinazo de alarma! Una bella pasajera —la más bella— que en un puerto de Dios se topa con un desconocido y, súbito, se arranca la careta y, subvirtiendo

su reserva, encaja la locura a presidir su vida. ¡La hipócrita! Con aquel su correcto desdén que acendrabra sus encantos. Con su prestigio de reina del viaje que vivía engañando el tedio de a bordo en partidas de *poker* o de *bridge*, empalagándose de *cocktails* y divirtiéndose con un mundillo de rastas internacionales, elegantes desocupados, posibles granujas, bribones errantes, mercachifles viajeros y petimetres fatuos y engomados.

Y ahora que íbamos de encanto en encanto, de ascensión en ascensión hacia el vórtice, yo le insinué el gesto de subvertirlo todo para nuestra gloria. Le insinué la idea de no volver a bordo. Ella me vio con incrédula sorpresa, como recobrándose... ¿Es ya el reflujo de esa gloriosa marea de fiebre y de abandono que fundió nuestras almas anoche?

El primero que salta es Juan de Villa. Viejo amigo —de los pocos— de mi hogar y un árbitro manido en mis diferencias con Luisa. Juan es el hombre calmo, ecuánime, encarnación de la prudencia. Fibra de lo que llaman buen sentido y cuya pachorra comenta la burguesa conformidad con la vida. Me dice:

—¿Aventura tenemos? Y hasta la traes a tierra y presumes con ella holgándote como un escolar en vacaciones. A tu edad y creyendo aún en la solemne tontería

del amor y, claro, provocando el escándalo... ¡Qué va a pensar de esto Luisa, si lo sabe!...

Y yo:

—Poco me importan Luisa ni nadie... Pararme en conveniencias, incluso sociales, sería como hacer aterrizajes en la ruta celeste de nuestro amor. Además, ella está contagiada de mi entusiasmo... Es dócil como una cabrita y..., ¿qué quieres? ¿Que le deje el manto entre las manos?...

—Pero, si ni siquiera la conoces bien. ¿Sabes acaso quién es ella? Puede ser una tremenda coqueta..., hasta una mujer galante...

Sentí ganas de abofetearle. Él sintió mi cólera y, contrito, sesgó:

—...O bien, una mujer comprometida... Alguien que la espere en alguna parte... ¿Qué sabes tú?... No hace dos días que la conoces... Nada has indagado acerca de ella..., de su vida... Por dos palabras de ese viejo capitán del buque. Galanterías de protocolo... A lo mejor para él es tan extraña como para ti. Un lindo pájaro que cae en su elegante jaulón en una travesía... ¿De dónde vino?... ¿A dónde va?... Dios sabe. ¿Su porte elegante? ¿Su distinción?... Tú eres mundano y sabes que hay esas flores de climas refinados. Aventureras con prestancia de diosas. Cortesanas con porte de reinas...

Sus palabras me vejaban. Me rasguñaban una faz inédita del alma. Una faz, por virgen, la más sensible. Sentía como si un esmeril me raspara algo puro y brillante haciéndolo opaco, triste, y lo que acendrababa mi dolor era la posibilidad de aquel supuesto, aunque yo, de antemano, en gentil demasía, ya hubiera transigido con tales posibilidades e intentara borrarlas de mi consciencia como niebla sucia de un cielo puro, como se limpia una fruta de su áspera corteza a veces amarga. No soy un redentorista, pero siento la imbecilidad de los celos retrospectivos y, en amor, lo pueril de esos escrúpulos por un pasado que no ha sido nuestro. El alma renace en cada nuevo amor. Los que viven de espaldas a la vida y se la pasan degustando el pasado y sufriendo en el recuerdo o la duda, son unos cretinos. No hay más que el futuro y la esperanza, porque el presente a cada milésimo de segundo se nos está escurriendo por los intersticios de la vida y se nos está volviendo pasado; sin embargo... He vivido días ofuscado en angustiosas alternativas. Tuve ya instantes dulcísimos y amargos. En un mismo lapso psíquico abarcaba la visión mental de una de tantas vampiresas demonizadas por la literatura que medran en los climas cosmopolitas... Uno de esos monstruos que pasan por la vida entre un vértigo de aberraciones y un eco de apoteosis. Una de esas mujeres a quienes presentimos fatales, sin embar-

go, con la unción del fanático ante el ídolo, por ellas abdicamos de todo recato y las reverenciamos a pesar de saberles su equívoca historia. Esta visión alternando o empalmándose con otra: la visión de una diosa con todos los atributos de la cultura y la belleza. Me sentía ir de puntillas por el filo de una cadena de sospechas sobre un abismo en cuyo fondo una máscara fría, maquillada congelábase en una sonrisa profesional, en una mueca perversa, a tiempo que otro rostro florecía en una sonrisa de gracia seráfica, y ambos rostros, por instantes, cobraban un parecido amargo. Se fundían en una identidad de rasgos que eran los mismos de Eucaris... Así, ya en mi límpido cielo asomaban nubecillas de desazón cuando le sorprendiera a mi amada algún detalle frívolo, algún gesto de mundanismo consumado que pudiera sellar un disimulo; cuando sospechara un engaño bajo su mueca sabiamente dominada; ya en la cerrazón de este nublado pasaba una risa de sol cuando la viera, ingenua y pura, llegarme hasta el fondo mismo del alma con una caricia o en un arranque de franca abnegación.

Es *mistress* Helen para el capitán, el vicecónsul y los yancófilos de a bordo; esos mentecatos yancófilos que pululan en estas tierras indias. Elena para los paisanos discretos, y Eucaris para mí; pero ¿quién eres? ¿Un

maniqué de Palace que vive en todo el mundo la feria de las vanidades? ¿Una actriz maravillosa que se improvisa una escena en todas partes? ¿Un pájaro de cien nidos cuyo destino es no calentar ninguno? ¿Una heroína de esas novelas de *boudoir* de la tras guerra? Tu cuerpo magnífico comenta tiranías de *sport* y molicies de vida ultraelegante. Tu prestancia es moderna, pero está patinada de siglos. En tu gesto se hastía un eco inmemorial de señoríos y acaso de realezas. Te vistes en Lelong y Paquin y llevas capas de visón y cebellina, pero en tu línea ríe paganamente la curva eterna de Afrodita. Vienes de todos los Palaces, los Ritz, los Carltons del mundo y de todas las playas rastacueras y, ora con tu candor de colegiala, ora con tu sabia mueca [de] cine, seráfica a veces, a veces equívoca y siempre maravillosa, impones tu cosmopolitismo discreto y elegante al anacronismo de fronteras y costumbres. En tu vida tiene el siglo su símbolo supremo: la inquietud. Andar, andar, andar. Siempre andar. No importa para qué. No importa a dónde. Pasear —como en el verso— sobre lo finito de la tierra el infinito de tus ansias. Tu dinamismo es el del siglo. Tu fiebre es la del siglo. En la complicidad de los *sleeping*, los aviones y los paquebotes, rodando por todo el mundo eres de todo el mundo y de ninguna parte, y acaso tu nombre no debe concretarse en la vulgaridad de un nombre precario y

burgués. Tú debes llamarte *mistress*, *madame* o la señora siglo xx; pero tampoco eres la esposa del siglo xx, sino que su querida.

Pero ¿esta dama tan siglo xx, de apellido exótico y reciente viudez, en plena juventud y esplendor, podía explotar esta misma viudez para tapar insospechadas liviandades con su máscara de austera distinción? Su realeza de porte, su discreta elegancia de maneras, todo hiciera pensar en esas vidas selectas que suman a los prestigios de prosapia una cultura exquisita... ¿Y esa mujer tan suave y distinguida escamoteaba la virtud y emboscaba un alma perversa? ¿Era acaso una cocota de alto mundo que, en *raids* internacionales, pasaba explotando rastas y metecos? Pensé en mi medianía económica, en la decorosa parvedad de mis gastos y, por instantes, me sentí dócil a la cruel insinuación de mi amigo; cobré un poco de su misma hostilidad hacia ella pensando en cancelar de un solo golpe la aventura, sin una palabra, sin un gesto. Tomar el tren furtivamente, escaparme. Volver a Luisa, a mi vidita opaca y estéril, a mi vidita provinciana; al hastío genital con mi mujer; a los días subvividos entre una niebla de ceniza; días tibios, lentos, desvaídos, iguales, mortales... No, no, no. ¡Detenerme en los umbrales de una aventura que era la más bella de mi vida! Una ráfaga heroica y cegues-

cente súbitamente me barría del alma todo escrúpulo. Imbécil si cedía a la intriga del amigo. El escándalo, el oprobio, la infamia, hasta el crimen, pero vivir mi destino con ella, si nuestro encuentro había sido hechura del destino; si ella y yo éramos cada uno mitad de algo sagrado, cuya fusión tenía plenitud de universo, y, entonces, todas las objeciones del amigo se tornaban en contraargumentos para colmar de atributos románticos, para idealizar a la amada, porque en mí ya se operaba esa supercristalización que afinca las grandes pasiones y hace de la mujer querida el eje del mundo, la razón de nuestra vida, el árbitro que fragua nuestro destino.

Y, Eucaris entonces para mí ya no era un maniquí de Palace que iba por el mundo viviendo la feria de las vanidades, sino que una mujer culta, mundana, escéptica, ¡moderna! Una mujer que sabe su derecho a revisar los dogmas sociales y a soslayar los que le place. —Tal como ella se conducía ahora—. Una mujer superada en el amor y, por lo mismo, redimida de ciertos arbitrarios conceptos del honor que tanto embargan a las gentes pequeñas.

Me vivo torturando. Sospecha de una posible traición de Juan de Villa que, en intención salvadora, intente estropear mi aventura disuadiendo a Eucaris. Miedo, más

que miedo, terror de una confabulación de mis amigos en contra mía. Todos, lobos... La dicha ajena siempre irrita y despierta en muchas almas insospechadas vilezas. Acaba de morderme el colmillazo de una duda..., ¡una sospecha tan amarga! Estábamos esta noche en un corredor del hotel. Fui a despachar un telegrama de urgencia y, en mi ansiedad por volver pronto al lado de ella, tomé la vereda que acorta la distancia entre el pueblo y el hotel, asomando por detrás del edificio, por donde no me esperaban ni podían verme. De lejos vi solos a Eucaris y el capitán. Ella gesticulaba vivamente y entonces tuve la idea..., cometí la primera vileza... ¿Qué se dirían..., qué diría ella? Me agazapé, me escamoteé por entre una fila de palmeras y, casi a rastras, llegué hasta el pie del edificio, bajo el ala del corredor en que hablaban. La altura de los pilotes de sostén me defendía de ser visto. El corazón me batía con la fuerza del tumbo y... oí, oí que, ante el silencio del capitán, Eucaris le decía:

—...Tengo miedo... Qué cosa más terrible me sucede... ¿Por qué la vida me reservaba aquí, en este rincón insospechado tal sorpresa?... A este hombre acabo de conocerlo... No sé quién es; aunque usted dice..., sin embargo, ya me domina, me subyuga, casi me posee... Con un gesto rige mis actos. Con una palabra suya vine a tierra... Con una súplica suya... ¿Iré

al abismo? ¿Qué demonio hay en mi ser, que le obedece? ¿Qué ponzoña hay en mi sangre, que mata mis propósitos y agota mi resistencia?... Una, diez y cien veces en este solo día he intentado salvarme. Huirle, abrumada por no sé qué cosa tremenda que presiento y que humilla mi recato de mujer honesta... Sí, me siento azorada, humillada, humillada ante mí misma; azorada ante ustedes, los que me conocen..., otros del pasaje... Sé que antes que haya ocurrido nada, se hicieron ya de mí supuestos indecorosos... Desde a bordo, cuando empezaron con sus bromas... La aviesa sonrisita de esos maniqués que me han venido asediando en el viaje. No sé qué rictus burlón, no sé qué mueca furtiva cuando me saludaron esta mañana, como diciendo: “¡La mosquita muerta!”... Me vine a tierra por..., porque a bordo me siento en una falsa postura, en una tensión embarazosa... Primero quise huir, salvarme y me escondí en el camarote... Fue cuando usted, capitán, con él y con otros de aquí, me buscaban por todo el barco. Los oía pasar y repasar por el pasillo y jugué al escondite largo rato; pero cuando temí que regresaran a tierra sin hallarme, algo ciego como el instinto me impulsó a salir, me arrastró fuera. El corazón se me salía del pecho pensando que se habían ido sin mí..., que ya no lo vería más... Luego, aquí en tierra, comenzó la lucha igual. Yo me decía a cada rato: “Él mismo, ¿qué pensará de mí si

apenas anteayer no lo conocía?”... A todo trance quise volver a bordo. Pedía un bote y ya con la mar tremenda, recuerde... Y, cuando ustedes, en serio o en broma iban a obedecerme o lo fingían, él se me acercó... Sólo unas palabras:

—Si usted vuelve a bordo, es mi muerte. Le juro que...

—Le vi no sé qué cosa suprema en los ojos; le vi no sé qué de infantil, de seráfico en el rostro. Era un niño implorante y yo sentía alzarse en mis entrañas un como efluvio maternal... Todo eso que ha sofocado mi maternidad abortada y entonces... lo besé como madre, como... todo. Era un niño huérfano acogido a mi regazo y ya algo fatal me fundía con él... ¿Qué torbellino nos junta? ¿Qué vértigo nos funde?... Después, todo aquí ha coadyuvado... La lluvia de esta tarde..., el mar tan picado... Yo me hubiera embarcado, pero ustedes, usted también disuadiéndome... Todo y todos conspirando contra mí, ¡ay, capitán! Qué cosa tremenda y fatal, porque esto ya no puedo arrancármelo”...

El corazón me seguía batiendo con más fuerza que el tumbo. Yo estaba cerca e invisible. Temiendo y queriendo revelarme. Temiendo para saber. Queriendo para no oír algo fatal, pero posible y decisivo, contundente como un hachazo que cortara el hilo mágico de mi encanto, y, aunque en el silencio del capitán ahora,

y en los antecedentes de su amistad, yo intuía su complicidad conmigo, no pude dominar la angustia de mi corazón, y no sé si glorioso o infeliz, dando un rodeo de pocos pasos para entrar correctamente por la puerta, corté con mi presencia aquella escena en que quizá se hubiera decidido para mi vida algún sesgo de nueva trayectoria...

IX LA GLORIA

Y ... llegó aquella hora de su rendición maravillosa. Esa hora o esa noche de bodas que la vida depara a cada mujer y que casi ninguna mujer goza con quien le estaba deparado. Hora de un estrechar de lava con nieve; hora de llamas entre lágrimas; hora de dulces tácticas entre súplicas, suspiros y reservas; horas de fáciles escaramuzas, y atribulados armisticios... Todo para dramatizar el ápice de ese supremo instante en que la vida se descoyunta rodando en un torbellino hacia un abismo sin fondo y se licúan los huesos en un espasmo frenético hasta la locura y aún más allá..., hasta donde sólo una fragilísima membrana nos separa de la misma muerte. ¡Carne que ardiste en un frenesí dionisiaco! ¡Fui como un Dios infatigable y potente y fundí mi esencia en aquel vaso de mirra venusta! ¡Fundime en aquel jaspé mórbido, elástico y ardiente por caldeado en las fraguas de la pasión y predestinado para mí!...

He sido un lujurioso. Un gran lujurioso. Los lujuriosos son, más que todo, interiores. Cada roce, cada caricia, cada contacto, son una clave para abrir mundos

de ideas sensibilizadas, sexualizadas... Esta vez no. Todo fue sencillamente..., hasta rudamente... Con la urgencia de dos anhelos que morirían si no se funden en un solo anhelo. Con la magnética instantaneidad de dos fuerzas que van a plasmar un designio; con la feliz y apta premura con que la vida colma el ansia de su eficacia creadora.

¡Aquel despertar mío en un como fluir de oníricos absurdos! Creí que soñaba hasta que algún ruido del ambiente me situó la consciencia en una zona de claridad. Ligaba trozos de recuerdo; seudorreminiscencias que se iban asomando al limbo de mi mente como isletas densas y brillantes, mientras que un ronco y épico fragor pautaba mi vuelta a la lucidez. Colegí que era el mar. Abrí bien los ojos y... Un cuadro de cielo azul..., reminiscencias de cosas náuticas..., la forma de una escotilla..., vi a los lados... ¡Mi recinto era algo fantástico; algo con el color de hierro oxidado! Costras de orín en una superficie rugosa, parda, ocrácea, terrosa... ¡Estaba entre el casco del buque naufrago! A mi lado, entonces sentí el roce de una tibia dulzura. Vi moverse un bultito, un bultito adorable. Tuve miedo. ¿Iba sobre los hitos de una pesadilla? Sentí resbalarme en el alma un terror derretido en gotas heladas. Tuve impulsos de saltar y huir... Huir como sin razón, porque la consciencia un instante se me obnubiló bajo una onda

de confusas percepciones y vagos sentimientos de angustia y de culpa... y, súbito, como un sol que rasga la bruma, vi. Se me encadenaron recuerdos...; reconstruí el pasado próximo..., evoqué todo con heroica y grata lucidez... Sentí miedo y gloria. Debí morir en aquel instante. Divino final... Mas, presto sentí moverse el bultito de al lado... De no sé dónde emergió un brazo de marfil..., luego un alboroto de rizos negros, negríssimos, desanillándose como una madeja de serpientes. Se me iluminó el mundo: su divina carita, sonriéndome azorada... Una mueca adorable y la carita se escondió de nuevo...

Mi gentil desenfado, mi soltura mundana, ¿iban a fracasar ante la escabrosa situación del instante, cuando ella, definitivamente, sacara el rostro a la luz y me viera? En un lapso psíquico abarqué el recuerdo de situaciones análogas en que triunfara mi audacia con alardes de cinismo galante y... ya no hubo tiempo de pensar porque volvió a alborotarse el nido de serpientes; junto a mis ojos se abrieron unos ojos, gotas de misterio y ternura entre marcos de lilas sembradas por las manos jardineras de nuestra señora la voluptuosidad, y una boca trémula, cálida, anhelante, se acercó a la mía en el beso más franco que haya sellado jamás todo embarazo y toda contrición. Todo sucedía sencillamente, con la santa sencillez de las cosas naturales y, cuando nos

levantamos, éramos amantes de toda la vida porque nos conocíamos desde que hubo amor en el mundo, es decir, desde que hay mundo, ya que el mundo brotó por el amor.

En el casco de un barco abandonado trinaba ese día una alondra. Teníamos hambre; mas la hoteleril solicitud nos había provisto de filetes de pavo y de un vino —poesía pura— que era denso y caliente como mi sangre... Y el mundo, si alguna vez fue grato y bello para mí, fue en aquel día que reventó como una rosa de mayo en el erial de mi vida. No había en la tierra más seres que nosotros, porque los demás alentaban con diferente compás... Un barco anclado esperando a Eucaris, era un sueño; un mundillo aspaventado por el escándalo, también era un sueño; una buena mujer cuyo supremo pecado eran los celos, una Luisa traicionada, era también un sueño... En la vida hay minutos que, de tan amargos, no caben en los relojes; pero hay también minutos de triunfo y de gloria que tampoco caben en los relojes y así eran nuestros minutos de ese día. De fijo, mientras que nos amábamos con Eucaris, una lluvia de agua lustral había purificado el mundo y la tierra ya habría cambiado de piel, y hasta el sol tendría otra camisa...

X

LOA DE SU AMOR Y SU BELLEZA

El gusto es fruto de cultura y, en cuanto a la belleza femenina, dentro de la mudanza de las formas que enloquece a los etnólogos, hay tipos acendrados por las generaciones con líneas directrices que aseguran la continuidad de un canon sin llegar a la máscara fija, sino conservando unidad dentro de sutiles variaciones. ¡Esa cabeza de Eucaris..., ese rostro en que anida el espíritu de la finura! Nada de zarandajas científicas ni medidas antropológicas. Nada de frialdad estatuaria, sino una belleza móvil, a la vez fascinante y persuasiva. Ni la gravedad elemental del tipo helénico, modelo de academia, ni tampoco ese tipo estandarizado por el fordismo artístico de la vida moderna. No una belleza estática, sino infundida de matices; llena de ternura y sensibilidad. Feliz acuerdo de impasibilidad nórdica y sensibilidad meridional en equilibrio de gracia móvil, lánguida y sinuosa, como si el espíritu, cada instante, ajustara la agilidad de la línea a su ley de armonía porque ya la forma trasciende al esquema espiritual y más allá,

trasciende a la esencia y porque jamás, como en Eucaris, una gota de materia hospedó más pura idealidad. Toda ella emana esta radiosa dulzura. Una diosa criolla con un toque en la sangre de aquella raza céltica de espíritu exquisito, ágil y delicado; quimérico y sutil y de gracia contemplativa henchida de misterio y de belleza. ¡Eucaris! Esa su carne lactescente como infundida de astros. Ese cuerpo acaso troquelado en climas de ultratierra... Así su voz de inflexiones tan remotas, tan inéditas, como eco de arpas celestes suboídas en sueños... Esa voz con frescura de trinos sobre huertos en mayo a la amanecida... Ese arrullo que sume en arrobo extático en los umbrales del infinito... ¡Gloria de sentir el amor, pero el Amor! El amor inmortal. Ese que redime o aniquila; que chamusca más que la fiebre y arrasa como un ciclón, pero que infunde esta divina ebriedad lírica, este estupor maravilloso, este delirio inenarrable con el alma encendida en polen de astros, imantada con todos los fluidos del universo; este delirio sagrado en que todas las perplejidades de la vida se resuelven instantáneamente en un relámpago de gloria. Aliento sinfónico. Mística vislumbre. Ese anhelo de comunión absoluta en un arco de armonía que va desde la yerba hasta los astros. Por ley de amor, el pájaro en su trino y la flor en su aroma se asoman a Dios. Por ley de amor vivimos otra infancia del mundo que, entonces, vuelve

a ser intacto y recién creado. La vida es pura como el alma de un niño. Sentimos que el cielo baja tanto que, con la frente, lo topamos y, como un éter, penetra nuestra esencia. Cada átomo, cada fibra se nos yergue en un anhelo creador. Somos el aliento de una sinfonía elemental, en cuyo polirritmo los seres y las cosas nos rinden sus enigmas, nos dan su lírico atributo, su gracia total. Y, además..., eso que sentí cuando en la playa vi que el viento marino, un viento salso y escultor, ciñó al cuerpo de Eucaris la vana vestidura y más: cuando la vi bañándose y la tela era sumisa a la pureza de la línea a la que convergía el ansia de las cosas en unánime beatitud, que era un impulso de la creación. Ella era eje y razón del mundo. Era la poesía.

XI NUBLAZÓN

Cómo comprendo a Luisa y la reivindico! A los 35, por primera vez en mi vida, sentí celos, unos celos sanguinarios, asesinos, que me han dejado en el alma un estrago de galerna. Eucaris fue al viceconsulado por algún requisito de su viaje o no sé qué, no quiero saberlo, y yo, por matar mi impaciencia, me había quedado en el muelle con un puño de pescadores afanados en enseñarme a trabar el cebo en el anzuelo, sin que yo viese lo que hacían ni oyese lo que me decían porque un diente de inquietud me mascaba el ánimo. De pronto vi venir a Eucaris acompañada de un salinero y luego los vi detenerse a distancia que me impedía oírlos. Pronto el hombre se descubrió e, inclinándose en afectada zalema, se despidió volviéndose por donde habían venido. Ella paseó entonces una mirada inquieta por el contorno, como buscándome; yo, en tanto, sentía que se iba el suelo bajo mis pies y que el mundo se quedaba sin aire... Era una amarga sensación de asfixia... Toneladas de plomo me arrancaban los brazos, las piernas; me aplastaban el pecho...

Eucaris llegó junto a mí con afectada impasibilidad; pero, ante la alteración de mi semblante, se tornó confusa y me dijo con acento opaco y vejado:

—Imagínate la impertinencia de ese hombre, invitándome a comer... —y, al verme no sé qué en los ojos, siguió—: Naturalmente, al rehusarle, le hice sentir su falta de tacto..., su...

Iba a gritarle: “¿Cómo; pero, sólo a ti?”. Sentí la sandez de la pregunta y sentí más la ofensa. Aquel mentecato solterón con tufos de tenorio invitándola sólo a ella, en mis propias barbas, a sabiendas de nuestra aventura que era ya el pasto de los cotarros del puerto. Es decir, que la suponía presa fácil..., la suponía una..., sin escrúpulos, que podría aceptarle y hasta dejarse hacer el amor soslayándome a mí, aunque fuera unas horas como se espanta la insidia de un moscón. El mequetrefe pretendía su turno...

Ella que, de fijo, estaba pensando lo mismo que yo, se había desplomado en una vagoneta, con el semblante crispado y un vaho como de llanto en los ojos, y yo, atosigándola absurdamente, le pregunté con torpeza:

—Pero ¿por qué te invita sola, si él sabe..., o tienes amistad con él?

—Bien sabes que no. Lo habré visto dos o tres veces en el hotel... Apenas si le he cruzado la palabra...

—¿Entonces?

Me vio con incrédulo asombro, como midiendo mi obcecación, e inclinando la frente grávida de tristeza, dijo:

—Entonces..., no sé. Quizá porque ha visto lo nuestro y él cree que yo acaso...

Y la sospecha de lo que acerca de ella pensara aquel imbécil y el dolor de pensar que ella sentía como yo el agravio me crispó en tal ímpetu de rabia, de exterminio, que Eucaris me cogió del brazo como previendo y evitando algún arranque de violencia mía...

Quise desasirme con brusquedad diciéndole:

—Hoy mismo voy a provocar a ese idiota.

Y ella, aterrada, aferrándome por ambas manos y bajando la voz para no atraer la curiosidad de unos obreros próximos:

—Por Dios... No un escándalo. ¡Loco! ¡Loquito! Pero ¿vas a dar importancia a ese fatuo que, a lo mejor, no comprende la inconveniencia que dijo?

Yo insistía con insidia:

—Pero, tú... en tu actitud con él cuando... ¿No lo has autorizado con alguna confianza para que él se atreva ahora?...

Me vio con fiera altivez de majestad vejada, luego con no sé qué piadosa dulzura y rompió a llorar con llanto desolado, sofocado por el miedo de atraer la atención de los circunstantes.

Yo me sentía duro, cruel, malo sin piedad. Sentía el acre placer de herirla sin razón, sin fundadas sospechas, soltándole a pretexto de pregunta, tan injusta acusación...

No sé qué balbuceó entre sollozos la dulce enamorada, pero yo ya no la oía. Le tenía rencor por haberse dejado invitar de aquel idiota a quien detestaba desde que lo vi ante ella doblado en torpe morisqueta; porque supuse lo que pensaría ante la negativa de Eucaris: “Vaya frescura. Quieres que también invite a tu amante, cuando yo sólo pretendo...”. Siempre con él habíamos sido vagamente adversos. A veces cambiábamos un saludo casi hostil si, de remoto, lo topaba y, ya que él es un comerciante y yo vengo al mar en ministerio de la belleza..., lo odiaba desde antes porque sí... Un odio sin motivo; pero ¿qué motivo más puro que la repulsión de la sustancia? Y, ahora, también odié a Eucaris que me miraba con los ojos anegados de melancolía y de reproche. Todo el limo de mis bajos fondos saliéndome a la superficie como en días de tormenta el mar escupe inmundos despojos y cadáveres... A mí, ¡qué tempestad de celos me descuajaba las entrañas! Temblaban mi corazón y mi consciencia con más rabia y confusión que el mar. Mis pensamientos fluían como borbotones de aguas turbias e innobles cuando vi o creí ver a Eucaris sonreír, y mi amor propio veja-

do dio a su sonrisa una intención irónica y hasta feliz. Sí, feliz de haber provocado y descubierto mis celos. Luché para no insultarla. ¡Cubrirla de improperios!... ¿Por qué? Por nada..., porque sí... Por celos. Celos atroces. Celos asesinos. Celos de macho... ¡Oh, Luisa, Luisa, cómo te comprendo y te perdono! Pero, hasta ahora. Después de tres años de calumniarte y ofender-te. Hasta ahora cuando sufro de tu misma miseria; sin embargo, no tienes otro pecado. Eres tan bella y tan honesta, y cualquier hombre menos ofuscado y necio que yo, se sintiera orgulloso de ser amado así por ti, de ser así celado por ti. Luisa, fantasma noble y triste... Si tú me vieras ahora; pero, con nombrarte ahora mismo, ¿no es profanarte? ¿No es cometer un nuevo sacrilegio? Y, de las mismas entrañas me subía una absurda rabia hacia Eucaris. Era algo como un fluido adverso, morbosos y fatal... ¿Y si había flirteado con el salinero? ¿A qué la inopinada invitación?... Sí. Abandonarla antes del primer desencanto. Arrancármela de pronto y huir hacia Luisa a pedirle perdón y, si ya me odiaba, a reconquistarla, a readquirir mi posición. A ser de nuevo un hombre sensato y boyuno; a encasillarme de nuevo en el tingladito social de mi ciudad. ¡Qué razón tenía Juan de Villa! Sus palabras: “...No sabes quién es ella...”. “Hay aventureras con porte de reinas...”. Quería asirme al instante a un imaginario desencanto como

el náufrago a una tabla podrida, aunque sepa de antemano la inutilidad del gesto porque el sostén, de fijo, se rompe. Si entonces Juan de Villa estuviera a mi lado, me arrastra... Eucaris y el salinero. ¡Ja, ja, ja!... Y bien, que flirtearan. Naturalmente, ella encantada de afirmar su imperio en uno más, aunque fuera un mentecato... y, de esto, yo el único culpable... ¡Mi entrega irrestricta con ella!... Esa mi demasía efusiva cuando una táctica mundana aconseja en amor —acaso en todo— una cauta reserva; esa elegante impasibilidad que garantiza el triunfo. Y aquí una voz, la voz de un yo fantasma que a veces clama en mí, diciéndome: “Pero ¿y ella, no se te entregó también tan por entero? ¿No se te ha rendido tan íntegramente, no se te ha dado sin la más mínima reserva? ¿Quién eras para ella hasta anteayer sino un nadie que hoy lo es todo?... Todo por el amor”. Y yo: “¿Todo?... ¿Quién las conoce nunca?”. Y el fantasma: “¿Por qué la infamas con supuestos impuros, si contigo es más limpia que el agua pura, y luego tú..., tú, el hombre amplio, moderno que vive hostigando con esas sandeces de libertad espiritual, autonomía de no sé qué zona inviolable de cada uno en la coyunda?... Tú, el mundano que vive rabiando por los celos de Luisa y escarneciendo la santidad de su amor, ahora cogidito en la trampa. Ahora, ridícula, absurdamente celoso. Tú, el que desdeñaras los celos como un oprobio ancestral,

como un lastre atávico y vergonzoso, ahora celoso hasta la estupidez; alterado hasta la grosería y lastimando a una bellísima mujer que unge tu vida de gozo en estos días y que, en cambio, no te pide sino un poquitín de sensatez y de hidalguía; tú, el que presume de civilizado...”. Y, en este punto del interloquio, el fantasma me limpiaba la consciencia y una súbita claridad me la inundaba. Mi turbación, hasta mi rencor, iban cediendo a cierta melancólica conformidad, pero ya había en mi alma no sé qué resignación de crepúsculo ante el primer ramalazo de los celos, ante el pudor de las primeras miserias. El fantasma seguía: “Si tú mismo te vieras tan ridículo con el semblante alterado y el alma revelándosete en toda su bajeza y sordidez, removiendo sus más turbias sentinas. Cuéntale a algún confidente tus miserias, a un camarada tuyo, por ejemplo, el capitán que tiene fibra de *gentleman*, a cualquier hombre sensato... Te diría: ‘Usted desbarra, señor mío. Celoso usted. ¿Y del salinero? ¿Sólo de él? No. De él y de cualquier otro. De él y de todos. De él ahora porque ocurrió el estímulo de la invitación; pero repórtese usted que se cree hombre culto y sabe por experiencia que los celos sacan la bestia a flor de piel, pero que cultura obliga, y no estropee su aventura con esta admirable mujer a la que topa por milagro del destino, porque usted redimiera su vidilla mediocre. Tenga coraje. Sea macho y

sufra, pero con discreción y, si es posible, con la sonrisa a flor de labio, y si no puede, tenga también coraje y sea macho para estrangular esta pasión a tiempo, y... si tampoco puede, ¡pues dese al Diablo!’”.

El fantasma se me apabulló con aviesa soflama, mas sus palabras dieron a mi espíritu una calma sedante. Pensaba: “Quiero ser bueno, ingenuo... y, por fuera, cortés..., indiferente. Es la mejor táctica con ellas...”.

Frente a mí, inmóvil, silente, palidísima, estaba Eucaris. Una gran tristeza se derramaba de sus ojazos inundando la tarde. La besé con hambre, con ternura y con rabia. Con dolor y con súplica y ella, dulce, brusca y genital, se me apabulló entre los brazos estrujándose contra mi pecho; luego, alzó la divina cabeza y, con sonrisa feliz entre lágrimas, me dijo besándome con ímpetu:

—Me encanta que seas así..., celoso..., terrible..., hasta brutal... ¡Me quieres!...

XII EN EL ESTERO

A gotado por la tormenta de mi ánimo, el resto de ese día fui dócil a Eucaris como un niño cobarde si se lastima y teme hasta moverse con el miedo de repetir su dolor. Fui dócil con ella como un ciego es dócil a su lazarillo.

De pronto, la vi radiante con un proyecto suyo: irnos de paseo a una pesquería próxima, recorriendo la peligrosa belleza del canal no en bote motor, sino en panga, y guiando nosotros mismos con las picas. Temí por el zancudo y se lo dije, y ella respondió entre irónica y ofendida:

—Hay cosas que hacen más daño que el mosquito —y partimos.

Resbalaba la panga sobre la líquida cautela del estero. Sentíamos el sigilo elemental y una unción estática y una aspiración de beatitud... Silencio del agua. Silencio del ámbito. Silencio de las distancias vírgenes. Un silencio en que el miedo tomaba relieve, palpitaba y se sentía como un contacto desnudo. Uno sentía que por debajo del agua y a ras del agua, por debajo de la

panga y en torno de la panga, había algo subrepticio y acechante, algo letal y pegajoso arrecido de fantasmas de fiebre... Y un sentimiento escatológico afloraba miedos viscosos y escalofriantes en los que culminaba la posibilidad de nuestra ruina fisiológica... Estero, estero. A los lados, riberas comidas de mangle. Manglares: andamiajes de arbotantes —raíces-tallos—. Columnas gigantes que irradian nervaduras en delirio geométrico y aberraciones góticas. Nervaduras en arcos por tranquil apoyados en los troncos como botareles para sostener alguna bóveda; pero, ya en el cielo, esas nervaduras, insufladas de espacio, estallan y se difunden con gracia mística en el cerúleo abovedado de las frondas. De trecho en trecho, coágulos de albura deslumbrante, de un blanco eucarístico. Es cuando la sal se espíritualiza, le brotan alas y revienta en puños de garzas. El zanjón del estero pulsa y abre el flanco del río. El agua dulce bebe sal. La emoción se hace lágrimas y el río, vena de amor hacia el corazón del mar, en íntegro y lírico gozo de entregarse, rueda al océano y, en la barra, el ardor del abrazo se empina al cielo sobre el trampolín de los tumbos y se difunde, con pasmo de belleza en polvaredas de iris...

A media tarde estábamos en Tululán fatigados, felices y con hambre. La hospitalidad del amo era espléndida, pero Eucaris sacó una cesta de un rincón de

la panga. Teníamos vino, sándwiches y fruta. Ella completó su proyecto. Nada de merendar en un rancho. Irnos a la playa y, antes, mandar una excusa al capitán. —Éramos sus invitados a cenar esa noche—. Mandar la excusa al momento para que fuera oportuna: “Ella se había lastimado al saltar de la lancha”...

Reí hallando no muy feliz la excusa, pero sí feliz de enviarla, y Eucaris:

—Si no se la traga, ¡qué remedio! Además, la dicha no debe nunca excusar...

La esencia de muchas mujeres es la abnegación, y esta esencia la sentí de tal modo en sus últimas frases que el remordimiento se me vidrió en los ojos, me quebró la voz... Eucaris, en dulce desahogo me dijo:

—Todo el día estuviste hostil conmigo. Siento que me odiaste desde la mañana. Me duele...

Y yo:

—Eucaris: al instante de conocerte, sentí que había nacido para amarte. Desde que te poseí mantengo un furor absurdo y vago, porque lo siento contra todos. Contra el que te sonrío, contra el que te corteja, contra el que se atreve a mirarte con fruición...; te quiero, pero en absoluto, por entero, sin contemporización. A través de siglos y de generaciones, en mis venas se actualiza la rabia del antepasado salvaje que disputaba su hembra a dentelladas. Mis celos no son un resquemor

de vanidad, sino algo fundamental y primitivo, son algo elemental. Son una tortura física inenarrable. Me preguntarás, ¿por qué esos celos? Por algo que no acierto a explicarte, pero que se me enraíza en las entrañas, porque ya me he incorporado la esencia de tu carne; porque tu fascinación inflama; porque hay leyes oscuras que rigen la materia sobre los hábitos y las contemporizaciones mundanas... Serán prejuicios hereditarios, orgullo cruel, pero los celos me abrasan, me roen las entrañas. Me cautiva y martiriza a la vez el acicate de tus encantos; tu sabiduría amorosa me subyuga, pero a la vez me tortura porque siento la huella de alguien que ya pasó antes que yo pasara, y vivo en el perenne temor de cien rivalidades posibles que se polarizaran en el imán de tu gracia. Soy tirano contigo porque te amo tanto que a veces tu candor se me antoja disimulo, y tu gentileza me desilusiona porque la educación, la urbanidad, te obliga a ser gentil con otros. Esto será pueril, será ridículo, pero es verdad porque lo siento. Mi morbosa sensibilidad quiere, exige una entrega total, una exclusividad imposible en la vida. Comprendo que, amándome, si me mientes sobre tu pasado será por evitarme un dolor. Te lo agradezco, pero me desgarró porque la vida debió haberte guardado en una crisálida hasta el día de nuestro encuentro. Es idiota lo que te digo, pero es cierto, tan santamente cierto que merece

piedad, perdón, mi insensatez. Miénteme por caridad, pero disculpa mis aberraciones, comprende mi locura.

Arrodillada ante mí, en la playa crepuscular y desierta, me cubría las sienes con las manos que eran dos gaviotas calentando el nido. Dos gaviotas empollando pensamientos de amor. Me decía subyugada:

—Así ama el hombre en estos climas...

Yo:

—Te equivocas. Así ama el hombre en todo clima cuando ama, porque para el amor sólo hay un clima y en cualquier parte se nace amante como se nace verdugo...

—Entonces, mi dulce verdugo, confía, porque te buscaba acaso sin saberlo. Tanteando, vacilando. De ciudad en ciudad, de puerto en puerto..., me acercaba, sin saberlo, a ti. Tómame y redímeme. Bébeme en tu abismo. Buscándote vine hacia ti en un barco hasta la punta de mi destino..., para... que me des un Delfincito.

”Desde niña sentí que algo inmortal alentaba en mí. Todos mis sueños truncos, todas mis ilusiones fallidas; todos mis vagos anhelos se sofocaban en la esperanza de un día jubiloso en que me sintiera renacer en un brote mío... Me casaron absurdamente...; anhelé..., esperé... ¡Nada! Tuve días de decepción y de locura más largos que la muerte y, en esa desolación, había algo intuido..., soñado..., buscado..., que me er-

guía y tonificaba, y... viajaba buscando ese algo mío. Viajaba como un céfiro errante que recorre las selvas abriéndose propicio a la dádiva eventual de las semillas... El misterio de la vida se me había revelado frustrando su eficacia en mi carne por... ¡Por mí, no! Y entonces sentí que, fracasado el primer intento, tenía derecho a seguir buscando mi destino...; sentí que aún no había alcanzado mi atmósfera..., que no había logrado el clima propicio..., que los años corrían y yo duraba..., duraba, pero me agostaba, y cada noche en el silencio profundo de mi carne se me habría una interrogación y una urgencia, y el sueño cada vez me arriaba sugerencias sembradas de oblicuos significados, y mi espera muchas veces llegaba al peligroso borde de una renuncia final o de una abdicación; pero, a la vez, el mismo sueño me poblaba el horizonte de castillos quiméricos..., de posibles lontananzas y, entonces, me despertaba sudorosa, atribulada y feliz de haber salvado ilusorios peligros que, sin embargo, podían haberme apresurado su realización en la vida y, en algunas mañanas, saltaba como una aurora entre la aurora, fértil de aromas y promesas. Dura, paciente y fuerte, a respirar ilusiones, a emplumar nuevas esperanzas, a enderezar propósitos y... a seguir buscándote...”.

Jamás voz de mujer tuvo a mi oído tan eficaz y paradisiaca resonancia. Su timbre me iba inundando de

claridad; su acento me purificaba; su eco me elevaba y, como un elixir, se me filtraba en las venas, se me difundía en el alma y me insuflaba todo pensando en un lapso de sosiego feliz y fecundo para engendrar el fruto apetecido...

XIII ANTE EL MAR

Tumulto de emociones. Flujo y reflujo de cosas gratas y tristes. Larvas de intuiciones... Desasosiego..., melancolía. Esperanza de posibles dulzuras premarchitas por un evento de fracaso. Claroscuro del alma que anda de punta de pie con su destino sorteando tantas ordalías de la vida para lograr siquiera un único instante de belleza, de dulzura plena y ya presentida, pero presentida fugaz y precisamente plena por fugaz y, en esos tanteos del ánimo, irme acogiendo, como a un remanso, al propósito de contentarme con pequeñas felicidades sin pensarlas..., sin analizarlas..., sin pretender alargarlas en el tiempo. ¿Acaso con estas pequeñas felicidades no se pueden colmar instantes eternos e irlos hilvanando para, a retazos, formar otra vida ideal sobre la absurda sordidez de la continuidad real?... Alargar estos instantes no en el tiempo, sino en los estratos del espíritu... ¿Cómo para mí?... Un hijo mío con Eucaris, ¿sería la felicidad? ¿Cómo eslabonar después nuestros destinos? Tras el espasmo creador, ¿qué rumbo iba a discernirles la suerte a nuestras vi-

das? ¿Y la responsabilidad del engendro?... Una duda amarga me estancó en el recuerdo mi esterilidad con Luisa, pero ¿esterilidad mía o de ella? Nunca quise saberlo. No me importaba, y ahora, de súbito, algo sagrado me gritó en la sustancia. Algo solemne, urgente, imperativo, inexorable me erizó la carne y me estiró el alma como una jarcia en el viento. El instinto viril. El grito de la especie. El genio de mi raza... Suboí mentalmente el clamor de Eucaris... “Dame un Delfincito”... Y el mimoso humorismo de esta frase se me hundió como una flecha a tocar el blanco virgen, inédito, sagrado. Lleno de graves, de oscuras, pero dulcísimas posibilidades. Lleno de recónditas promesas y de rutas abiertas hacia un cielo que yo aún no había desflorado por la burda pedancia de mi precoz hastío de la vida. ¡Y sin conocerla! No conocía la vida, si aún no había sido padre. Había hurtado mi presencia a esa trastierra de milagro a donde la vida arrastra por ley biológica a casi todos los hombres —menos a los estériles—, en cualquier oportunidad que se torna trascendente por la soberanía del instinto creador... Y en Eucaris y en mí había alentado unánime ahora no sé qué efluvio elemental, como una prealma que aspirara a ser..., a coger forma..., a palpitar en carne e integrarse en espíritu... Un hijo de los dos, pero... ¿Y después? ¡Qué importaba! Bastaba engendrar. Después..., acaso mi derrumbe,

pero, antes, trascender. Durar en alma y en forma. Ser. Durar. Trascender.

La cuita de almas era ante el mar. Abismo contra abismo: el amor. El mar. Frente a nosotros, mil leguas de Pacífico. A esos hombrecillos hinchados de vanidad, con afán de ruido y con delirio de grandezas, habría que traerlos ante el mar para que el mar les diera su lección de infinito y de humildad... Maravilloso Pacífico más hondo que todos los mares y más grande que todas las tierras. Cielo líquido invertido para condecorarse con su vía láctea de sólo islas: Oceanía. Mar hinchado siempre de magnetismos asiáticos con efluvios hacia América. Mar de los abortados destinos de mi tierra, de nuestro abortado destino marinero, desde hace cuatro siglos, cuando los bisabuelos nautas en estas playas mismas construían flotas para irse a guerrear al Perú y hasta a poblarlo. Los hombres, aquel tiempo, tenían pasta de héroes y armaban navíos y galeones para ir a topár bucaneros y corsarios, y ya seguían la épica derrota de sir Francis Drake por trescientas leguas de océano, o ya partían con su adelantado a la conquista de continentes ilusorios...

Mar de ella: cuando el plenilunio, en joya de conchas las grietas de los cantiles y las caderas de la playa y, esta mañana, sin que haya habido plenilunio, el mar le puso la playa nupcial de conchas. Al pasar ella, las

olas, sumisas se le quebraban por el lomo en éxtasis musical..., con júbilo inocente se venían enhebrándole millares y millares de agujas para tejerle una alfombra de nieve con la rueca de oro de la madrugada; después se iban de espaldas para no hurtarle ni un instante su líquida sonrisa y, luego, le dejaban a los pies una cenefa de primores. Conchas..., volutas..., olivas..., estrombos..., turmalinas. Salpicaduras de aurora entre la arena. Conchas blancas, rosadas, azules, violetas. Caracoles con espirales de nieve veteadas de sangre, de cielo, de noche... Un hipocampo minúsculo cabalgó en su zapatito de goma y una estrella de mar quiso ser el broche de su cinturón y hasta un navío, aquel que partiera hoy hacia el alba, levó anclas, dio sus pitazos de zarpe y..., no arrancaba o se detuvo en un alarde masculino. Se quedó meciendo algún sueño voluptuoso y..., al fin, se fue como sin ganas cuando la divina bañista se escondió en su caseta...

Mar mío: hay esos hombres insensibles al mar. Hombres que no aman el mar, sino el reposo, el quietismo, la muerte. ¡Ah!, sus almas paralíticas. Mas, para sentir el mar hay que tener en el alma un toque de galerna o tenerla tallada en una astilla de roca. Hay que tener el alma elástica como la carne fluida de las olas y blanca como el alón de las gaviotas o como un grano de sal. Para las almas enjutas, pegadas a la tierra, están las

lenguas enjutas de la tierra. A sus oídos la voz del mar es rumor sin sentido. Ruido vano. Es algo hermético como un libro escrito en cifra. Para sentir el mar hay que tener la fibra de aquel primer nauta que lo domó por los riñones con la primera quilla. En el avatar de todos los linajes una gota de sangre de ese nauta va rodando en los siglos por las venas de algunos hombres. Esos hombres tienen ya su destino contenido en el mar. Dios cogió la esencia del mundo, la hizo fluida y sonora y la articuló en el grito del mar. Las cosas se sumieron en un pasmo divino. El universo no era ya mudo. Llenaba los ámbitos una música bárbara y grandiosa. La naturaleza palpitó en un espasmo creador. Gloria y deliquio de la vida. ¡Estaba naciendo Afrodita! Después: diez..., veinte..., treinta siglos después en estas playas indias nace de nuevo Afrodita en Eucaris y nace para mí..., y sentí llegarme una emoción remota que me anegó de luz como si todas mis fibras se estuvieran bebiendo el jugo de los astros y en mi vida alentara una creadora eficacia y un ansia de gritar..., y grité con un grito que no cupo en las paredes de mi barro y se desparramó por la playa..., por todas las playas del mundo y por todas las playas del espíritu, esas playas siempre rajadas de sed, siempre saladas de océano y siempre absortas de eternidad..., la emoción era la del mar, el...

XIV
MAR TOTAL

Mar total
desde antes de la historia;
desde cuando
desposaste a la tierra con tu anillo gaseoso
y no sabías dónde
brotaría la ampolla del primer continente.

Mar total.
Fluida adherencia
del planeta a la entraña primordial.

Te llevo vivo en mí y en mí te empinas
como empinas tu brama hacia los astros.
Chorro de polen cósmico,
arráncate de cuajo.
Salta mar, salta mar. Mar, salta, salta,
¡salta a recrear dioses o monstruos a una estrella!...

Mar de llanto maduro y pena ignota.
Arpa del mundo.

Eslabón de lo opaco a lo radiante.
De la gota a la nube
y de la nube a Dios.

Lapidario que velas en tu gruta de sal
machacando los huesos de los náufragos
y la cáscara vieja de los buques
y la escama del mundo que te escupen los ríos
para tu sonrisa de conchas
y tus collares de madreporas;
para tus hemorragias de coral.

Crisol
donde funde sus éxtasis de pedrería el sol.
El sol te condecora con faunas de cristal
y guerreros que esculpen sus corazas de cal
y tú le mandas puños de pájaros de sal.

Ámbito sin clausura
donde el hirsuto desvarío
equivoca los radios de los sueños
y aves inverosímiles
picotean el humo de navíos fantasmas
y el espectro del último velero...,
y, entre madejas de algas, hay sirenas ya con piernas
de tanto ser violadas...

Mar de rabias sonámbulas,
—las tempestades tienen corazón de mujer—
y no todos los mástiles contienen
la ofensiva del cielo en su alfiler.
Mar vesánico de las trombas y de los tifones
con el buche arrecido de ángeles y de pilotos
[suicidas
que, en la ruleta del compás,
apostaron la vida de las tripulaciones
con la cápsula de sus frentes
estallando en un silbo de víboras dementes
y ya con un bocado de eternidad en los dientes.

Cómo salta hecho cuajos tu collar de horizontes
cuando la tromba —embudo
del infierno— te chupa los pulmones
y te enrosca hecho un espumarajo
trenzando mítines de olas y nubes en *maelstroms*
[de apocalipsis
mientras la muerte en celo atorbellina hélices rotas,
gajos de Atlántidas y carroñas de nautas y
[de gaviotas.

Titán niño de hastíos virginales
atado por gaviotas
a la cadena de los litorales.

Mar, mar; cisterna rigurosa
para el ramo de sangre de los ríos.
Mar, yo te digo hermano
porque estás manso y limpio
como la palma de mi mano.

Mar
que vas siempre conmigo y me acongojas.
Tu impresión se me aprieta en el corazón
[y en la garganta
en un nudo salobre que no sé si canta
o revienta en sollozos, pero tan infinito
que no cabe con su inmensidad en un grito.

Mar total.
Vigil. Elástico
en tu plástico
latir de carne. Mar homérico.
Soy en ti, aunque mi yo tenga un límite visible;
pero mi piel no es mi frontera
sino que un término precario
de mi cuerpo. Un efímero acomodo
de la sustancia en mi ser.
Soy un alga en tu orilla
pero invisibles tallos se me distienden hacia
[tus fluidas entrañas.

Soy una ameba en seco,
pero con seudópodos que palpan tus absconditos
[abismos.

Sobre mi límite, sobre tu límite está el puente
de nuestra cósmica identidad.

Tu aliento se te alarga a lamerme la sustancia.

Tu azul tremendamente azul me palpa.

Cerca o lejos me funde tu absorción

porque mi pulso está en tu palpito;

tu sal está en mis lágrimas;

tu cal está en mis huesos

y tus corales, en el borbollón de mi sangre
y, hasta me diste un día tu nodriza.

La inquietud.

Océano: aula de orgullo y de pureza.

Maestro de soledad y de melancolía.

Mar: poeta absoluto.

Oh, mar: caos vital.

Logos de amor. Congoja cósmica.

Oh, mar que cabes íntegro entre las valvas

[de mi corazón.

XV
BAJA MAR

Espinas de la gloria. Amaneceres de oro en que escribí ayer no más: “A mi arbitrio puedo mover una montaña..., arrasar un abismo o descolgar el sol”..., y ahora, ¡esta caída! Como si me hubieran vaciado las entrañas. ¿Por qué? No sé, pero mis sentimientos..., mis ideas son el eco fantasmagorizado de los estímulos ambientes y, ¿quién se conoce su meteorología espiritual? El viento y la nube que pasan..., el pulso de cada instante, repercútenme tan sutilmente en el ánimo que aborrascan mis laberintos espirituales. Soy algo quebradizo, fragilísimo, que alienta en una vida mórbida y que va a tientas con su hálito de fiebre y su borrasca de inquietudes como a merced de un fluido mesmérico..., como aspirado por un imán que me hace vibrar..., me sacude, me descoyunta y me desgarrar o ya me sume en un éxtasis sagrado. Mis nervios y mi espíritu tienen millones de raicillas invisibles, sutilísimas, que se alargan en el ambiente captando efluvios magnánimos o aciagos... ¡Duda! Esta maldita obsesión de la duda... Más allá del gesto franco y la palabra limpia,

busco siempre a todo algún sentido equívoco..., algo furtivo..., subrepticio. Temo... ¿Qué temo? Algo vago, confuso, pero inminente; sin embargo, mis dudas, mis fobias, tienen no sé qué husmillo de certidumbre..., no sé qué punto de afiance... Un hilillo probable, hasta lógico... Hay en esta aventura mía un punto negro. Algo que, hasta ahora, esquivé como se oculta una vergüenza y he estado justificando mi reserva con puros subterfugios... Que en estos días de fiebre no hubo tiempo de contarle mi vida..., de confesarle mi pasado..., de decir a Eucaris que yo no soy un hombre libre, sino un pobre maridito hastiado y rebelde... Un hombre casado, no con un pájaro viajero, como ella, sino con una urraquita doméstica, aunque feroz —Luisa—... De haber sido franco a los comienzos, ya habría cesado esta mi duda abyecta, este mi perenne temor de una infidencia, quizá involuntaria, pero infidencia de alguno de mis amigos, por ejemplo, el capitán... ¡No! Él está siempre al aviso. Tengo su tácita complicidad... Su hidalga discreción que me ratifica a cada instante en su actitud, en sus palabras; pero, el otro... Ese acedo y fatídico Juan de Villa, en su estúpido, oficioso papel de confidente de melodrama siempre metido en enfadosas tercerías... Éste sí puede..., con bonísima intención hacia Luisa o presunta bondad para mí... Éste sí puede decirselo todo a Eucaris o, al menos, deslizarle una alusión y...,

yo siempre sin valor para tomar la iniciativa y encarar el conflicto, por el miedo de enfriar con subitánea ráfaga la atmósfera divinamente caldeada de estas mis horas de locura... Siempre el engaño me inspiró desprecio. Siempre esquivé la humillación del disimulo y no quiero, ahora, que la gloria de este amor tenga el estigma de lo furtivo y clandestino, pero me mata esta angustia perenne..., ese estar siempre suspendido entre la duda, el temor, la espera..., ¿por qué?, si para mí no hay más leyes ni dogmas sociales sino la única, la suprema ley de la pasión. Tú, mar, me diste la norma. Tú, que eres la pasión, el odio, el dolor, la alegría, el éxtasis, ¡la vida! Pero la vida en su sentido homérico y, lo homérico, en su puro sentido, este sentido homérico que el mar me ha revelado como afirmación vital sobre todas las supersticiones y los dogmas, sobre todas las cobardías gregarias; este sentido homérico que es instinto de lucha, de potencia hegemónica, de dominio y que se cuaja en energía creadora, en alegría vital y en explosión de las fuerzas naturales... ¡No, no puedo callar más! Abordaré el conflicto. Se lo diré todo a Eucaris. Hay que jugar limpio... Por un sentido de lealtad..., por hidalguía elemental..., por mí mismo... Cuando relaciono mi reserva con su altiva actitud, me pican como víboras una madeja de sospechas hasta viles... Acaso lo sabe, y, naturalmente, sabiéndome casado, ¡esa su indiferencia!..., y, tal indi-

ferencia, ¿no es una afirmación de su frivolidad? ¿O su resignada actitud, su abnegación, confirman su pasta de heroína que, al ofrendarse, comulga con idealismos de romance en estos tiempos de rudo positivismo bastardeado en subterfugios pragmáticos?; pero, si lo sabe, es ya villano de mi parte no decírselo también. Creo que la estoy engañando... y, cualquiera que sea la solución de esta aventura, es preferible jugar limpio..., aunque, si lo sabe, ella hasta ahora..., ni la más leve alusión. Siempre ese su porte de reina que no abdica ni en el ápice de un gesto... ¿Frialdad..., orgullo o diplomacia? ¡Ay!, tiene mucho mundo esta mujer y acaso..., y hay otra cosa que me obsede, no me habla nunca del mañana, del porvenir de nuestro amor. Siempre está en el presente, sólo en el presente. ¿Por qué?... Quizá porque, sabiendo mi vida, ella sólo quiere vivir una aventura, un amor sin pasado y sin mañana, sin proyecciones al futuro..., algo como cortado por un tajo... La despedida y, claro, no le importa mi vida entonces... Sabe que esto será tan efímero y que ha de concluir con su partida dejándome roto, destrozado; pero se irá...; hay ratos en que tengo neta, lúcida la intuición de su partida. ¡Qué espanto para entonces! Pero ¿por qué, entonces también, en su éxtasis de ayer me pidió un hijo? ¿O fue en esas fugaces transacciones entre la carne y la mente y en las que siempre el *raptus* del instinto derrota a la mente...?

¡Se lo he dicho todo..., todo, atribuladamente, febrilmente...! Debo haber parecido un chiquillo confesando la primera falta... Sonrió indulgente..., con cierta mueca de inteligencia que decía: “Bobo, lo sé todo, pero ¿qué me importa?”. Y yo pienso: “¿Qué clase de mujer es ésta, Dios mío..., puede haber tanta altivez en el amor...?”. Ella, con la misma sonrisa, discreta y mundana, una sonrisa llena de infinitos significados, de crueles sobrentendidos, sacó del bolso un papelito, un papelito azul y rugoso como estrujado en una rabia. Me lo extendió en silencio, me dio tiempo a que lo leyese..., no lo leí. Lo adiviné... Mis ojos estaban más allá del papel y mi sangre ardía; mi sangre, mi alma, ardían de asco..., de odio... El papelucho decía..., ¡qué sé yo!, hacía la delación... De fijo el salinero o Juan de Villa...

Luego ella, dulcemente me dijo:

—Antes que esa inmundicia del anónimo..., yo sabía..., pero ni una palabra de eso...

Quise interrumpirla con no sé qué estúpida protesta y ella, siempre serena, altísima, me atajó:

—Oye. Hablarme de eso es... invitarme a partir... ¿Comprendes?... ¿O quieres que me vaya?...

En mi confusión de aquel momento, con el alma en tumulto, recordé un episodio de mi vida. Cuando estuve a punto de ahogarme en un río... El vértigo de la corriente me aplastó contra la riba y, por instinto,

me afiancé a una ramilla de caulote... Pasaron instantes mortales y pasó el ápice del instante en que, jugándome todo, en ese ápice solté el tallo para aferrarme unas pulgadas más arriba, más cerca del tronco... No sé cómo logré aferrar el propio tronco... No sé cómo transcurrieron ahora estos instantes decisivos..., pero sé que estamos juntos y que seguimos amándonos.

Por instantes siento en el ánimo un como reflujó que me deprime, hasta me agota y es como el reflujó del mar, cuando las olas dejan en la arena un hilo sinuoso de baba sucia y, atrás, un como escenario de catástrofe, hacinamiento de despojos; aristas de conchas, corazas de moluscos; maderos podridos; madejas de algas... En esos momentos disminuye mi tensión vital y me siento propicio a todas las cobardías y derrotas. Dudo. Dudo de mí, dudo de ella; dudo de la vida... Quisiera dormirme entonces; dormirme mucho tiempo..., despertar en otra parte y que alguien me dijese: "Ya está a salvo. Ella se fue o... no ha existido nunca. Era un sueño no más..., una ilusión; en cambio, usted es don X. Levántese. Acícalese. Vaya a la oficina. Trabaje. Gane dinero; ahorre y engendre una prosapia que lo herede, o bien, diviértase con vino y buenas mozas, emborráchese...". "O púdrase de tedio", agregaba el yo fantasma que sostiene con mi yo perenne un absurdo palique. En estos casos

yo hago un movimiento inopinado como para apabullar con un papirotazo imaginario a este yo fantasma; pero... a veces es este yo fantasma quien me impulsa a hacer el movimiento inopinado para apabullar del papirotazo a mi yo perenne y, entonces, no hallo qué hacer... Por eso a veces sin ganas nos emborrachamos o golpeamos a alguien sin motivo o, en fin, hacemos algún acto tan contradictorio a nuestros hábitos que, asombramos a quienes nos conocen y rodean... ¿Nos conocen?... ¿Nos conocemos acaso nosotros mismos a lo largo de un solo día? ¿A lo largo de un solo instante?... Y ahora una idea, una idea amarga me roe como carcoma las entrañas. ¿Qué va a ser de este amor?... Nació de la súbita aventura. Fue la instantánea conquista de esos amores de novela; pero ¿y después? ¿No me vendrá de improviso hacia ella una aversión física, cuando, tras los éxtasis de estos primeros días, ya con la carne ahíta, comience a desidealizarla, a despojarla de toda espiritualidad y, de ella, no quede para mí más que un ser abstracto, imagen del sexo, sin ninguna ligazón afectiva y hasta odiado por una reacción de la sustancia, del propio espíritu que quisiera reivindicarse? Este instante, este instante mismo de duda, ¿no es ya una reacción anticipada, una áspera reacción de los anhelos en derrota? ¿No es ya la intuida desazón de los ideales fallidos? Mi sensibilidad enfermiza tiene obse-

siones absurdas y aberrantes, pero que, a veces, bastan para hacerme muchos momentos, muchos días infeliz. Recuerdo: ¿por qué dudé tanto en darle aquel primer beso al despertarnos? ¿Temí que la carne, esta carne lúbrica y tenebrosa, divinizada en los deliquios de la sensualidad, tomara entonces su desquite, y acaso un leve olorcillo a fermento orgánico hubiera destrozado la excelsa idealidad de mis éxtasis con ella? Esto es absurdo, monstruosamente absurdo, es también triste y morboso, pero lo siento. ¡Cuánta ilusión rota al nacer por un descuido de ellas, por uno de esos inevitables, pero crudos detalles fisiológicos!... Aquí, el yo fantasma me dice: “Pero, idiota, ¿no eres tú de la misma pasta? ¿Tu cuerpo no tiene acaso las mismas abyecciones?”... Sin embargo...

De pronto me recobro y siento a Eucaris dormir al lado mío. Carne con carne. Piel contra piel. Ella es llena de gracia natural y de abandono, como la flor es bella ignorándolo. Como la fruta ignora su dulzura y un instante, este instante propicio y feliz me reconforta. Pienso: “Ya comenzó la mutua comprensión, ya se estableció entre nosotros una dependencia corpórea, una relación orgánica, vena fértil para una comunión espiritual. La voy abarcando gesto a gesto. Cada instante capto la gracia fugaz de todas sus expresiones y aptitudes y cada instante me parece distinta e igualmente

adorable y cada instante me integra un goce cabal, cada instante me colma, en ella, una gloriosa sensación de plenitud y todos los instantes se enhebran en un hilo de gracia perdurable y, acaso inmarcesible... Soy feliz... Seré siempre feliz... con ella; aunque... hay algo..., no sé qué cosa que me espanta pensarla..., sentirla... La sentí desde el primer instante..., desde que la descubrí a bordo: imagino siempre... ¡No!, desde entonces... imagino un río azul que, súbito, se derrumba en un abismo..., me imagino un tajo fatídico, imprevisto que corta un claro camino... Presiento la intrusión de algo brusco que me trunca y sofoca un éxtasis; me cercena... una gloria... Con Eucaris no me siento nunca en el futuro, sino que..., algo que va a venir... a cortar..., como cuando en la escena cae súbito el telón... ¡Espanto!”...

Esta mañana, por fin, se consumó el milagro tras una velada de las más atroces de mi vida. Toda una noche de combate con mi consciencia... No. Con mi adversario, con otro Delfino que hasta hoy tuve adherido a mí mismo. Un Delfino incoloro y tímido, hasta cobarde y que se me yuxtaponía, se me superponía, se incrustaba en mi vida y me tapaba, me anulaba hasta que, al fin, anoche... Una noche de dudas, de recriminaciones y de rebelión. De fierezas y constricciones. Una noche de fiebre. Yo decía: “Me quedo. ¿Qué me importan todas las

leyes de la ética, si ya comencé a violarlas? Me quedo. Vivo mi vida. Me voy con ella. En ocho días lo liquido todo. Ocho días... ¡Mucha espera! Ocho siglos; pero ¿y no tengo un mandatario que atiende mis asuntos?... Naufragaban mis últimos escrúpulos. Mis compromisos sociales; pero ¿son míos o son del otro Delfino?... Luisa: pero ¿existe en el mundo alguien que se llame Luisa o la soñé?... y, en fin, ¿qué me importa el pasado? Aquí, en los trópicos hasta las culebras se cambian de camisa y yo... ya tengo otra cáscara. No sólo tengo otra cáscara: tengo también otra alma. Soy nuevo del pelo a las entrañas...”.

El otro Delfino imploraba: “Reflexiona. Aún es tiempo... Reprímete y huye. Tienes obligaciones que respetar: una posición social que te obliga... El deber moral...”. Y la lucha terminó con mi triunfo. Fue hacia la madrugada. Sentí que el otro Delfino salía de mí o que yo me zafaba de él...; era como si yo saliera de una rugosa crisálida..., tuve la idea de esos juguetes ensamblados por uñetas de hojalata, hechos de dos tapitas. Nos despegábamos como dos tapitas de ésas. El otro, la otra tapita, el Delfino de siempre, el marido de Luisa, se levantó presuroso, se afeitó y, ¡cosa increíble!, lo vi salir al fin y tomar el camino de la estación; acercarse a la taquilla, comprar un billete y... ¡Oh, dicha!, lo vi meterse en un vagón... ¡Se iba..., se iba!... ¡Ah!, qué

minuto de agonía pensando que podría arrepentirse, volverse y quedarse... Verlo bajar del tren y volver a buscarme para ensamblarse conmigo, para fundirse conmigo nuevamente... Pero no. Yo tenía, además, el demonio en los puños... Lo hubiera matado, si se baja... No se bajó. Silbó el tren. Partió. Qué alivio. Soy libre. Respiro. ¡Vivo!

¿Cómo ha germinado esta idea en mi pensamiento y cómo se va afirmando en mi voluntad?...

Cae al azar una semilla. Tal vez en la hendidura de una roca, en la juntura de dos piedras, donde menos propicio es el azar para su vida; luego, el azar mismo le depara una gota de agua y medra la semilla, en el sopor del embrión hay ya una vida latente. El rejo abre la cáscara y hácese raíz y ¡ya está el milagro... donde menos se supone! Esto fue así. Yo lo empecé a rumiar en mi cerebro, a mimar en mi espíritu en plena felicidad... Eucaris, al entregármese había abolido su pasado y, aunque al comienzo tuve la amarga intuición de su partida, la anticipación de aquel momento en que, sin quererlo, me haría daño con ello, me destrozaría, yo estaba ya resignado de antemano. Había ideado vivir uno de esos amores perfectos. Esos amores sin pasado y sin agonía, sin hastío. ¿Sin hastío?... No. No. Hastío no. Todo era y todo debía ser presente. Presente

pleno. Con esa hartura de los instantes con que viven algunos al borde de los peligros sintiendo que son, esos instantes, los últimos de su vida. El vértigo del amor me daba una ebriedad cuyo primer efecto había sido la confusión del tiempo y, así, íbamos con Eucaris de encanto en encanto, de ascensión en ascensión hacia la conquista más dulce, más humilde y más grande que es la conquista del amor...

Y, en la ranura que hizo la muerte en alguno de esos instantes, se me encajó la idea. Fue primero una larva que alentaba su irónica intención en el clima menos propicio, en el clima hasta hostil por la plenitud y felicidad de los instantes; sin embargo, pensaba...

Pensaba y pienso: vivir días de gloria. Plenos, inmensos, y luego volver a mi vidita mediocre, opaca y mediocre. Haber rebasado los límites de un sueño ambicionado y magnífico para encogerse de nuevo vulgarmente en una sórdida encrucijada de la vida. Haber estrechado el universo para acabar en un rincón anónimo, hasta sórdido, rumiando con amargo despecho la ventura pretérita... Haber roto la jaula para volver a ella con saudades del cielo y con las alas rotas y sin plumas. Falena que no se quemó en el vórtice y queda despaturrada con los élitros mordidos por el fuego hasta que la piedad de una bota, la bota de cualquiera, la aplasta. Haber sido el héroe de bella aventura para

tornar a ser un hombre cualquiera, cualquier hombre de la calle, el señor X... ¡Qué miseria!

Y, así, la idea se alimenta, medra, se enraíza en mi voluntad, y ya robusto un propósito, ya maduro, queda vivo, latente, hasta urgente, con la angustia de hallar forma en el infinito de las posibilidades..., de concretarse en hecho a la menor contingencia propicia y... con la dudosa angustia de que esa forma sea posible en la vida; pero, el propósito, sin vacilación, sin cobardía, con la fatalidad de un oráculo, porque eso es el único modo de sellar la gloria de un amor antes que lo mancille una abyección..., una miseria..., una duda o una cobardía de esas que acometen a las almas en plena ilusión como un irónico anticipo del dolor eterno... Sí..., éste es el único desenlace de mi maravillosa aventura. ¿Maravillosa? Sí, porque es mi purificación por el amor, la única senda limpia, inmaculada para soslayar ese panorama sin vida ni color, ese panorama, el más amargo y desolado de los días que siguen a los fracasos de los grandes amores...

XVI
LA TRANSGURACIÓN

Capitán. Sólo a usted me confieso: sé que mañana..., pasado mañana..., cuando sea, pero, después del desenlace, el colmillazo de la insidia, el aguijón de la calumnia, se clavarán en la memoria de ella y en la mía. Por mí..., no importa. Hasta presiento en ello cierta fruición malsana. Amo y desprecio la cruda farsa del mundo. Me imagino un cadáver que sintiera la mordedura de los gusanos. Siento un desdén olímpico por esa genticilla que nos diga un responso con su baba. Ese mundillo lleno de ansias vulgares y grotescas, de sórdidos apetitos y de uniformes y chatos conceptos de la vida; pero, usted, usted, capitán, es otra cosa. Usted, capitán, no de una milicia cualquiera, sino que un capitán de la vida. Algo gallardo y romancesco, y, sobre todo, un *gentleman*. Usted que de fijo encarna un héroe antiguo. De cuando los soldados eran también gentiles hombres y, al par que conquistaban tierras con el coraje y con la espada, conquistaban mujeres con un madrigal o un desafío en que, de una estocada, de fijo se liquidaba a un rival. Audaz y fieramente, así como se

conquista la vida.... Usted, capitán, me comprende. Ya estoy resuelto. Ya precisé el epílogo de mi drama... En estos días en que mi vida es una trepidación de locura hasta la..., hasta un ápice que sentí esta tarde cuando los huesos se me derretían en ríos de miel que tenía el dulzor de todos los dulzores y el alma se me cegaba entre relámpagos de gloria y mi consciencia naufragaba en un éxtasis celeste... Estoy decidido. Por milagro del amor, ya trascendió mi esencia a la suprema gracia. Estoy decidido... Sólo espero el instante propicio, pero, todo está listo. Soy como el explosivo esperando el contacto de la espoleta...

Hoy tarde nos perdimos para usted. Nos vinimos al casco del buque naufrago. Aquí la playa es más bella. El mar se pulveriza en la escollera y mantiene sobre la playa un nimbo como bruma de nácar, como de polvo de astros, como hecho de cosas puras y maceradas sólo para aureolarnos de poesía y escamotearnos a los ojos vulgares. Nos hemos amado toda la tarde en nuestra gruta que tiene una gracia bizarra y primitiva. Un herrumbroso casco de navío —acaso el de un pirata— recostado sobre las rocas; roído de tormentas; decorado de moluscos; nido de pájaros salvajes y camarín de mi diosa; tabernáculo del amor...

Ya con el sol occiduo, nos metimos al mar. El mar cantaba versos de Hesíodo. Y las olas... ¿Vio usted las

olas esta tarde?... En el cielo había una conflagración de jardines con todos los tallos reventando en las llamas del iris y ¡abajo!... El agua se tragaba todo ese derrame de color a lengüetazos... Las olas nacían con la raíz verde botella y la cintura estriada de turquesa, de ámbar dorado con filamentos de violeta y, en la frente, una espléndida diadema de espuma. ¡La cresta!... La cresta era un milagro: astillas de nácar..., chispas de hoguera hirviente..., orgías de topacios..., de zafiros..., de amatistas... y, encima, la melena cana de las más próceres blancuras: sal..., nieve..., lino..., armiño..., leche..., algodón..., almas de niños y de santos..., plumas de serafines... Y cuando Eucaris con dulce fatiga se dejaba empujar por el tumbo nadando débilmente para mantenerse a flote, su carne se fundía en línea y en color con la del agua. La curva de sus ancas y sus senos era la misma curva de las olas componiendo y recomponiendo segmentos de arco perfecto. ¡La gracia eterna de la curva! Eucaris era la clave lírica del mundo. Visiones..., leyendas... ¿Quién fue aquel pintor de paganías que se pasó la vida actualizando los mitos del océano?... ¿En qué museo del mundo vi aquel cuadro que evoqué esta tarde para reconstruirlo?... Escogí algas próximas. Hice una corona y se la puse a Eucaris; luego, la tendí en la arena con el busto hacia el sol que vino a morir partido en dos lánguidas chispas a sus ojos... Ella

distendió sus miembros en postura llena de gracia mitológica. Se cubría los ojos con el dorso de la mano. ¡Coral rosa más puro de su orejita destilando diamantes!... Tenía las piernas semiabiertas... Sí, las piernas. Entonces... ¿No sirena? No. Esos seres equívocos, mitad mujeres, mitad peces... No sirena. Era nereida. La nereida. La mujer completa. Cuando, llena de molicie, se dejaba arrastrar un trecho por el tumbo y flotaba, el agua se hacía fluida, como infundida de espíritu y yo iba entrando más y más en un estado de gracia en que mis ojos perforaban la costra opaca de las cosas y sentía el pensamiento como entre espumas o algodón, pero, al mismo tiempo lo sentía neto, firme, diáfano como un bloque de diamante... Y veía instantáneas mutaciones...; el cuerpo de ella por instantes se diluía en el agua y cada ola, en cambio, se contraía e íbase moldeando, adoptando, copiando la escultura de la nereida y entonces no era una sola, sino diez..., cien..., miles de nereidas en un entrecruzamiento de brazos y piernas, en una yuxtaposición y superposición de venustas curvas elásticas..., fluidas..., transparentes, como esas criaturas hialinas alimentadas sólo de aire y de sol que pueblan el océano. Orgía de formas y matices... Éxtasis de ensueño... Ancas y bustos rodando desmayados de amor... Un disolverse de carnes en agua y un apretarse de aguas en carne y, todo, una misma sustancia articu-

lada en un mismo ritmo que yo sentía arrancar desde mis pulsos y distenderse por el mundo rigiendo hasta los astros...

Estábamos cerca de un banco que rompe la monotonía de la arena. El reflujo desnudó una franja inédita de tierra con aristas de roca decoradas de algas y de musgos; erizadas de almejas, de bellotas de mar, de crustáceos, de poríferos, de zoófitos microscópicos, entre franjas de arena esmaltadas de conchas y, en este ámbito, millones, billones de chispas y reflejos danzando, triscando, temblando, rabiando de luz. Cada rincón centelleaba. Cada escondrijo se iluminaba. Cada guija irradiaba. Cada palmo de arena, cada pulgada fosforecía. Milagro de luz... Luz. Luz. Luz. Efluvio de poesía. Zumo de amor. Esencia mística... Todo lo que en el día es pardo, opaco, difuso, reserva su desquite para la gran consternación del crepúsculo. Todo el mar está ardiendo a despecho del sol porque todo él arde de amor y hay un encadenamiento luminoso del ser con el espíritu del mundo, un encadenamiento que ojos mortales no ven sino en esos relámpagos de gracia que son sólo cuando el don del amor los ilumina...

No sé cuándo se fue la tarde. No sé cuándo llegó la noche porque el embrujo del lunar untaba de fósforo y de leche el panorama o eran nuestras almas de diamante las que hacían radioso el ambiente y... Ya estamos de

nuevo en el casco; pero yo sigo viéndola en el agua, es decir, en su nido, en su cuna... La seda de su camisa es espuma..., la curva del casco es una ola inmóvil y el ángulo de la escotilla por donde bajamos a nuestro nido es el marco para la luna... Siento dormir a Eucaris a mi lado con la dulce fatiga que sigue al amor, pero con ritmo tan sereno que el mismo mar ajusta su compás al ritmo del corazón de mi amada... Escribo. El rumor de la pluma me sugiere la imagen de un ala de gaviota que va ya desflorando el último horizonte... Capitán: le debo su gentil complicidad en esta suprema aventura en que mi vida por fin halló su compás. Gracias, mi capitán. Soy feliz. Desde que me casé, mi vida era algo abyecto y miserable. Le debo, capitán, algo de mi gloria de estos días... Mi vida, antes un coágulo de tinieblas, estalla por fin en una llama de apoteosis... Qué escándalo mañana en el puerto cuando se sepa que pasamos una noche con ella en este ruinoso casco de un barco que, de fijo, fuera antaño un heroico nido de aventuras. Qué escarnio para ella mañana aquí en el puerto y cuando llegue a bordo el espaviento..., pero, usted, que comprende..., estoy seguro. Además, ha vuelto Juan de Villa, el inevitable Juan de Villa. Ha vuelto a precipitarlo todo... Adivino que viene con alguna embajada de Luisa o en misión espontánea y oficiosa, pero inútil. El pobre tiene el don de la inoportunidad. Si hubiera

adivinado mis dos o tres instantes de flaqueza..., ayer no más..., anteayer... Pero, ahora que estoy adherido a mi propósito como una lapa a las rocas...

Y así terminan las páginas de Delfino Valdelomar.

XVII
LA TORMENTA

Juan de Villa de improviso volvió al puerto solapando un estado de alarma. Habló con nerviosa premura a los que rodeaban a Delfino sin abordar a éste sino después de largos parlamentos con el capitán del puerto, con el médico y con algunos otros amigos. Aseñaba al médico discutiendo, insistiendo en que Delfino parecía en un estado de anormalidad psíquica e insinuaba la urgencia de adoptar por los amigos alguna actitud salvadora... El médico se alzaba de hombros y Juan, entonces, apelaba al capitán, que le decía con flemma:

—Déjelo que goce mientras le pasa este flux...

Juan, entonces, se abocó a Delfino. Éste, ya enterado de las subrepticias idas y vueltas de su amigo, se tornaba con él ya suspicaz, esquivo y luego hostil... Habían disputado una vez en el hotel y, por insistencia de Juan de Villa, acordaron, al fin, una entrevista en un lejano sitio de la playa, cerca de una caleta a la que el mangle daba sombra y misterio...

Los dos amigos se enfrentaron en el sitio acordado de antemano. Delfino se había anticipado. De Villa adivinó al instante la impaciencia de su amigo viendo la arena de la playa, en esa franja que moja la resaca, donde la arena se alisa como una pasta apretada y negruzca. Esa franja estaba acribillada de huecos en forma de tacón, tacón de zapato, el zapato de Delfino. Era un laberinto de hoyitos que iban y venían, se cruzaban transversal y oblicuamente... en todos los rumbos..., borrándose, aplanándose unos a otros... Los más recientes eran más hondos, más nerviosos..., desmoronaban los bordes de los antiguos y el sitio, así, sugería la idea de que se había dado allí un pataleo..., que muchedumbre de pies se habían sacudido con ímpetu rabioso algún ataque de hormigas...

Los amigos se contemplaron hurañamente, como en mutuo tanteo. Delfino vibraba todo en un levísimo temblor, levísimo, pero irreprimible. Tenía el rostro demacrado, la mueca apretada con una rabia contenida. En el vidriado de los ojos lucía a veces un lampo de insania. Aplacaba su inquietud batiéndose el muslo con un recio bejuco que aferraba con violencia. Juan tenía en el semblante una dureza obsesiva..., un aire cauteloso y desolado. Se estrecharon la mano, fríos ambos y oblicuos. Luego Delfino irrumpió con voz desentonada y trémula:

—Juan, no comprendo tanto misterio; pero, desde luego, te advierto que, si se trata de..., de Luisa, todo es en vano y pierdes tu tiempo...

El otro, entonces, prescindió de ambages y fue recto a su propósito; pero quiso desarmar a su adversario anticipándole, a guisa de reproche, un argumento sentimental:

—Veo que ya perdí tu estimación... Me tratas con brusquedad y, francamente, no merezco esa actitud así..., tan fría, más bien, hostil...

Delfino suavizó el gesto, pero se mantenía en su terreno, a pesar de que dijo:

—Perdóname, Juan. Es posible; pero... temo que abordes siempre aquello tan enojoso y que eso nos distancie aún más... Te ruego...

JUAN. —Vamos, hombre. Ya basta de disparates... Es tiempo ya de que te pongas en hombre sensato...

DELFINO. —¿Lo viste? Tú misma canción..., pero, de una vez por todas, ¿me dejarán en paz?...

En la mueca de Juan había una vejada sorpresa. Quedó instantes suspenso, y luego insistió con nuevo brío:

—Óyeme, Delfino. La verdad, no esperaba que fueras tan sordo a un llamado de la hidalguía...

En los ojos del otro ardían dos brasas de ira. Con el semblante lívido se encaró a Juan, casi rugiéndole:

—Métete sólo en lo que te importe, en tus asuntos, y te advierto que a ti no te toca invocarme la hidalguía ni otras zarandajas... ¿Eres mi padre o mi mentor?...

Y Juan, inmutable:

—Pero soy tu amigo y, por ello, te soporto, aunque me injurias. Ya lo esperaba; sin embargo...

—¿Sin embargo?...

—Quiero salvarte...

—Salvarme..., ¿de qué..., por qué?...

—Porque hay una cosa suprema que tú ignoras...

Se detuvo un instante calculando el efecto de su insinuación y como el otro parecía no reparar, Juan atacó con un recurso efectista y oblicuo:

—Delfino, dos palabras para terminar. Dime: ¿quiere a tu padre?

Delfino alzó la frente con mueca de piadosa sorpresa y agregó soflamando al otro:

—Y, ¿a qué viene eso?...

—A que, así, puedes calcular lo sagrado del sentimiento filial...

—Pero ¿a dónde vas a parar?

—Y, tu padre..., ¿te quería?...

—Parece que fui su debilidad; pero...

Mientras que Delfino miraba a Juan con estupor, éste enhebraba y retorció difícilmente el argumento oportuno a su intento. Vio a Delfino con el gesto con-

fuso, perdido, como queriendo asirse a un cabo lógico de sus últimas frases para colegirles algún sentido... Juan lo atosigó, repentino:

—Delfino, no divaguemos más. Supongo que en ti no se desmiente la santidad del sentimiento filial y, ahora, sábelo de una vez: si insisto contigo, si te invoco el deber, la hidalguía, lo que tú llamas zarandajas, es porque... tú ya eres padre...

Delfino se crispó todo y, hundiendo la barbilla en el pecho, con los ojos como puñales, se encaró a Juan, diciéndole:

—¿Cómo, Luisa?

—Sí, Luisa...

—Pero ¿cómo lo sabes?... ¿Ella?...

—Ella... Luisa misma que me lo ha dicho, parece que la cosa data de dos meses... Está deshecha..., casi muerta porque también ya sabe todo esto...

—Bien; pero ¿y lo otro?...

Fue el instante en que Juan esperó la reacción salvadora; el grito del instinto; la explosión afectiva; el gesto supremo, decisivo, que reajustara al remiso a su cauce moral. Tenía Juan entonces tal júbilo en los ojos y tan cándida espera en todo el gesto, como si ya degustara su triunfo, pero fue todo instantáneo. El mismo gesto volvió a relajarse; hubo en su semblante una desvaída desolación cuando Delfino, tras un rato en que

parecía remontarse en el tiempo, volvió como de un sueño y, recobrándose, dijo con acento duro y frío que tenía un filo asesino:

—No puede ser...

Y evitaba los ojos del otro como azorado, como tratando de disimular el trastorno de su ánimo. Juan sintió una rabia súbita, implacable, contra el cínico que soslayaba la crisis con tres palabras infames. Sentía ganas de arrancarle el bejuco de la mano y fustigarlo, abofetearlo, hasta patearlo. Delfino, intuyendo el ánimo de Juan, reculó unos pasos, mientras que, mentalmente, se recobraba... Y en este instante una ráfaga de pudor, de algo puro, ese algo puro que alienta alguna vez hasta en las más sórdidas consciencias, lo abrumó. Oía el eco ronco del mar, el eco noble, limpio, viril y franco como un irónico reproche a la cobardía de su gesto, a la evasiva inanidad de su consciencia, al subterfugio de su sentimiento... Sin embargo, seguía oponiendo su consciencia, sorda y ciega a evidentes posibilidades..., a probables contingencias que le ratificaban su responsabilidad y, para aplacarse un clamor, un santo clamor de la sustancia, repetía mecánicamente, como en una mórbida verbigeración:

—No puede ser... No... Nunca...

Entonces, ante la impermeabilidad afectiva del otro, más allá del recato, más allá de la piedad, Juan estalló rugiendo:

—Lo esperaba todo de ti, menos que fueras un...

Iba a concluir la palabra tremenda y Delfino, con suprema avidez, se colgó de sus labios. No era sólo avidez, sino espanto de que llegara a sonar algo irreparable y, casi con angustia, gimió:

—Quieren aniquilarme..., me engañan...

Juan se recobró, diciendo:

—No. Sólo quiero recordarte la obligación de ser hombre, un hombre digno...

En vez de obrar como estímulo coadyuvante, esta frase hirió en Delfino alguna zona de estímulos tan recónditos y oscuros que, en súbita rebelión, se recobró también, solemne y triste, diciendo, casi llorando:

—Oye, Juan... Esta cosa es tan sagrada..., tan íntima..., pero tú, que fuiste mi mejor amigo..., puedes saber..., debes saberlo... Mi desafecto por Luisa hace tiempo... Yo, hace tiempo que no...

Ambos se desnudaban. Se penetraban y ambos se crecían, trascendían a una zona tremenda en que todas las falacias son vanas porque impera la santa verdad de la vida. En este momento eran dos hombres elementales que olvidaban las contingencias, los motivos que los habían juntado allí y, arrancándose la máscara habitual, se enfrentaban sencillamente a esta profunda verdad de la vida.

Fue Juan quien habló primero:

—Delfino. No por Luisa, no por nada, sino por ti, por tu dignidad. Dímelo todo... Dime esto: a pesar de tu desafecto por ella..., dadas las circunstancias..., vivir juntos..., el tiempo... ¿No pudo ser?... ¿No es posible que tú..., tú... alguna vez..., en algún rato de inesperada efusión..., o bien, urgido..., el deseo...

Una ansiedad suprema crispaba a Juan, como si en este instante se decidiera la existencia, la razón de algo sagrado de que él era el árbitro; mientras Delfino, con la mirada hacia adentro, como fija en imágenes posópticas, silabeaba con el rostro apretado:

—Dos meses..., dos meses...

Y Juan:

—Pero, acuérdate bien..., acuérdate bien... Di...

Y, tras de un buceo en que su consciencia retrocedía de punta de pies sobre masas de olvido cruzadas por vislumbres de recuerdo, hubo en el rostro de Delfino una como consoladora distensión, un como aleteo de vida..., un como éxtasis de evidencia que le desató en el alma el nudo que lo asfixiaba y, doblando la frente, lívida pero ya serena, dijo quedo, y satisfecho:

—Sí..., sí es posible..., honradamente..., hace dos meses..., una vez..., la última que...

Y Juan, con fiebre de verdad, ahora objetaba:

—Pero, de hombre a hombre..., como hermanos... Realmente supones... ¿Tienes algún fundamen-

to para suponer tu paternidad?... ¿Estás cierto? ¿No es por salvar a Luisa ante mí?...

DELFINO. —No. Ahora ya estoy más allá de esas cosas pueriles... ¿Salvarla de qué?... Si, aunque hubiera sido..., aunque ella..., con otro..., tendría razón por mi frialdad..., mi abandono... Pero, sí es posible que yo..., la carne misma me dice que sí...

Juan aspiró largamente como se hace tras una inmersión en el agua, como cuando se retorna a la vigilia de una pesadilla, y casi gritó con júbilo infantil y puro:

—No sé qué cosa tan grande salvas a mis ojos, a mi consciencia... No es por ella..., no es por ti... Es por algo más alto..., más limpio..., es por un algo digno de la vida; pero... ¿Y, ahora?...

Delfino, que con Juan habían ascendido de un plano abstracto en un tránsito en que las almas dan su única verdad, su esencia de eternidad, se replegó de nuevo bruscamente como esas llamas que alargan una lengua serpentina y más presto la encogen y la aplastan en el núcleo... De nuevo volvían a ser dos adversarios cuando, a los oídos de Delfino, sonó aquella frase..., “¿Y, ahora?”..., llena de hostigadoras insistencias, llena de alusiones fatídicas... De las raíces del ser subíale y colmábalo un sentimiento, el mismo sentimiento de rebelión. Aspiró larga, profundamente, como sacudiéndose la insidia de una mala idea, como acopiando sus fuerzas

supremas y como si estuviera en los dinteles de la vida, gritó al otro:

—Óyeme, Juan: y ahora... ya no tenemos nada de qué hablar. Ya lo sé todo y ahora mismo lo decidí todo. Ya no me importan Luisa, ni el hijo, que siento mío, ni me importas tú, ni el mundo entero. Me importa una mujer... Ella es el aire que respiro. La razón de mi ser..., es el amor. Déjame hundirme, pero déjame vivir. Estoy más allá de tu mundo, del mundo de ustedes... Estoy en otro mundo. No nos comprenderíamos nunca... Será infame lo que hago; será vil; será monstruoso; pero es mi destino...

Y con súbito gesto que asumía todas las decisiones, que cancelaba todas las dudas y fundía el desacuerdo de todas las fuerzas pugnantas en su vida, sin despedirse siquiera, sin un gesto, sin una palabra más, se volvió de espaldas al amigo y raudo, quedo, sobrenatural, se fue hacia el puerto como el fantasma mismo de la fatalidad...

La tormenta se estaba incubando. El aire húmedo amantaba la electricidad. La sucia felpa de las nubes abullonaba sus hilachas sobre la costa, sobre el puerto y se cargaba de fluido. Oíanse ya ruidos llenos, rotundos como disparos, pero lejanos como viniendo de las entrañas del mar, eran mugidos pautados por lívidas vislumbres. El ámbito era apto ya para encender la pri-

mera chispa y precipitar la catástrofe. El hombre sintió la inminencia del instante y le salió al encuentro... Hacía horas que, para disimular y hasta para contener su angustia, se exaltaba puerilmente..., se movía sin objeto..., queriendo refrenar su ansiedad..., intentando analizar estos supremos instantes; pero sentía un tumulto de la consciencia..., una fermentación interior que le disgregaba esta consciencia y, en su eclipse mental, entre vislumbres cenestésicas y amagos de percepciones que le subían aisladamente a la superficie de la mente, sólo había una cosa lúcida, recta, que le tetanizaba la voluntad: su propósito final...

Delfino insistió con Eucaris en meterse ambos una vez más al agua. Desoyó súplicas..., derrotó tímidas rebeldías con besos y palabras y empinó su voluntad, como infundido él mismo del espíritu de la tormenta y, entre el pasmo medroso de ella, se lanzó al mar... Ella lo seguía intimándolo a volverse a salir..., mascando un amago de miedo..., bajo una onda cenestésica que le clavaba los pies a la orilla del agua y luego, temblando, cedía al fin, doblando su carne, doblando todas sus fuerzas al destino, mientras que el alma, lúcida, vidente, en súbita rebelión, sintió..., vio... Era ya tarde. Él ya la había cogido de las manos y la metía en el agua entre frases congeladas de falaz alegría.

—La última zambullida —decíale él—, es bello bañarse así... ¿No sientes que estamos en la boca misma de la...?

Cortó la frase con cautelosa insidia, temeroso de malograr el fin. Calló mientras su humanidad, inflamada en un aliento lírico que le acoplaba y disgregaba mundos imaginíficos, su humanidad, con todas las ansias, se transustanciaba en las cosas elementales; todas ellas propicias, convergían a la culminación del drama en aquel grandioso escenario. Mar, cielo, huracán..., torbellino de fatalidades coincidentes con su destino. Sintió llegar rodando el minuto apetecido..., madurado en un acuerdo de mantenidas decisiones, de instantáneas contingencias..., más allá de todas las cobardías y, entre su niebla mental, vio una línea posóptica, vio una línea de oro extenderse por ambos extremos..., luego curvarse y buscarse ambas puntas —sus destinos—. El destino de él, el destino de ella... Ya iban a juntarse..., ya casi se tocaban los cabos del circuito haciendo un arco perfecto..., y hundirse..., disolverse... Punto final...

Una fuerza ignota, inexorable, insufló las fibras del hombre y lo arrastró rodando como una viruta hacia un abismo que sentía más allá del mar. Una fuerza que se identificaba con sus ansias de desintegración cósmi-

ca. Acaso entonces, por reacción de contraste, relampagueó en su mente un panorama de infinitas posibilidades y en un segundo vivió mentalmente siglos de amor y de gloria con ella, y acaso entonces haya querido subvertir su propósito fatal... Sus ojos se volvieron a la tierra en un ojeo fugacísimo y supremo y aquella posibilidad instantánea, instantáneamente se le desvaneció, se le perdió entre una madeja de intuiciones, de percepciones confusas y... Se reafirmó. Se dejó poseer. Se dejó llevar... Pero con ella... Sintió clavarse en su carne diez navajas donde las manos de ella se aferraban con ansia mortal a sus brazos. Él vio el rostro crispado de Eucaris transfigurándose en una súbita vibración en que pasaban ondas de misterio haciéndolo adquirir sucesiva y velocísimamente los rasgos de otras mujeres..., las que él había amado...

En un flujo y reflujo de sorpresas y espanto, cada músculo de aquella cara adquiriría vida aparte y un trágico relieve, cuajándose por fin en una rigidez como de hipnosis cuando ella, de fijo, se sintió ya en los umbrales de la muerte y, en un espeto convulso, retrajo la divina cabeza desmelenada, coronada de algas por él —nereida—... Él le vio todavía los ojos desorbitados en un estrabismo de locura. Se buscó en ellos y vio por ellos resbalar su vida al infinito antes de irse en el mar. Dos abismos chupándolo, tragándose lo... Sintió

que la arena del fondo se le iba bajo los pies...; sintiose flotando con su carga entre un vórtice de espumas y..., el ámbito ya no fue ominoso, ya no fue gris, ya no fue plúmbeo, sino blanco, blanco puro, blanco rabioso, blanco hirviente y estruendoso... Todavía sintió la exequia bárbara sobre sus cabezas... Sobre sus cabezas se curvó un inmenso ataúd de cristal... Los envolvió..., los arrolló... Un martillazo sobre su cráneo le dispersó un escándalo de cigarras... Nada...

El médico estaba perplejo ante el caso. El estado mental del enfermo era alarmante. Diagnóstico gravísimo. Pronóstico reservado. Y el enfermo en una inmovilidad de horas. La mueca en distensión de suprema apatía..., de abandono...

El juez de paz, al saber que ha pronunciado algunas palabras, quiere colarse para indagarlo. El médico se lo impide.

—Si ya volvió en sí —dice el capitán—, debe sufrir horriblemente...

—No —replica el médico—. En estos casos se embota la consciencia. La vida psíquica casi se suspende... Al menos, no hay percepciones ni recuerdos... La mente está obnubilada... Es un dormido sin sueño...

Y, al filo de estas palabras, por un irónico acuerdo de la vida, el enfermo abre los ojos. Baña la estancia

en un ojeo trémulo y vago como un reflejo perdido... Luego, los ojos, pájaros encandilados, se encogen en su nido..., ven hacia dentro por donde algunas chispas de memoria les disciernen algún rumbo fantástico y con el alma en Dios sabe qué mundos, comienza a decir...

—Una nereida... estaba herida... Yo la tenía por los cabellos..., no eran cabellos ya..., manojos de algas ligosas..., se ponían tiernos..., se me zafaban..., entonces la abracé..., así, por la cintura..., con este brazo que me duele..., me clavó las uñas..., me mordía..., debajo, bancos de madréporas..., coágulos de sangre..., de corales o de..., remolinos de peces... nos seguían..., millones de peces azules..., de oro..., de azufre..., largos como culebras..., hinchados como frutas... Unos, sólo vejiguitas de aire violeta..., otros, negros, negrísimos, de alquitrán..., yo cogí uno por la cola y le di vuelta como a un conmutador... ¡Se iluminó todo!..., veíamos lejos..., muy lejos...; había algo que nos empujaba hacia arriba y ella..., ya dócil..., me dolía el pecho..., cuando quería ver el fondo me estallaban los riñones..., y vislumbres eléctricas entre lo negro y lo negro se hacía verde..., después luz..., roces fríos...; sentí que me cogían por el pelo..., me alzaban en vilo... unas manos frías..., frías, frías..., y unos hombres..., las caras espectrales..., extraordinariamente flacos... Nos metieron en un bote y remaron..., después, un navío

cerca..., lejos..., nunca llegábamos... Ninguno de los hombres hablaba, sólo remaban..., remaban siempre en silencio..., como si tuvieran una consigna... Sólo el compás de los remos en el silencio..., un mar sin olas..., sin espumas..., ni los remos daban ruido..., no se oía nada..., sólo se veía..., y una claridad que subía del agua..., venía de todas partes..., salía de entre las cosas..., una luz mate, pareja... Ni los cuerpos ni las cosas daban sombra..., como si estuviéramos entre un gran alabastro...; ya estábamos junto al barco..., un barco de los de antes..., de esos de las estampas..., nos alzaron a bordo y otros hombres..., otros hombres flacos y andrajosos, con los harapos siempre mojados..., siempre mudos como los remeros, nos metieron en una cámara..., en las paredes, panoplias..., armas..., espadones..., hachas..., pistolas..., tapices desteñidos y en hilachas y todo olía a vejez, a madera podrida..., a especias..., a brea..., a sándalo..., a vainilla..., pero todo, roído por el salitre..., cubierto de moho..., manchado de humedad... Los marineros nos espiaban con los ojos desorbitados..., de asombro..., de hambre... los ojos, de tan grandes, les comían los rostros..., y vino un viento de no sé dónde..., una ráfaga yerta deshizo los frunces de los harapos y se los arrancó a pedacitos... y, debajo, ¡sólo los huesos!... Ella, espantada, se me zafó de las manos..., ella..., Ele..., Elena..., ¡jele..., ala..., ola!...

Se me zafó..., corría hacia la borda..., yo detrás..., pero ella se me volvió de sal..., se me hizo nube... No, pájaro..., una gaviota..., la atrapé..., sentí un aletazo en los sesos..., ¡tengo una gaviota entre los sesos...!

—Síndrome confabulatorio —apostilló el médico—. Delirio onírico...

A estas palabras, Genoveva puso cara de miedo, pero, reponiéndose al momento, sonrió con soflama diciendo:

—Qué lindo cuento. No se parece a los de mi padre...

Amaneció una mañana neblinosa, como envuelta en humo sin fuego. El día se mantuvo agachado bajo una lluvia gris, como de ceniza que las olas escarbaban y metían hasta el alma. El mar se iba encogiendo cauteloso, fatigado, se iba encogiendo como pantera que calcula el próximo salto, porque era un mar atigrado, ocelado de placas ocres entre fajas de hollín y es que, desde la amanecida, fue un crepúsculo amarillo con cáscaras de naranja hacia oriente, y abajo, en el agua, un amarillo lívido, como si el mar estuviera fermentando una rabia hepática. Las olas, dentadas, como escofinas, tenían una medrosa vibración de espera. Hacia la tarde el mar ensayó un galope de asalto con pelotones de nubes ya encinta de la tormenta. El mar rugía con rabia triste y un aliento de lontananzas desoladas..., de espa-

cios sin límites..., un aliento empapado en salmueras remotas...

Y estalla la tormenta. Toda la costa trepida a las dentelladas del océano. En los acantilados, la lucha de los milenios arranca de cuajo murallas de roca tajantes como crestones de almenas... De pronto se incorporan los fantasmas de todas las tragedias oceánicas. Óyense sirenas remotas desgañitadas en ululatos de socorro..., aullidos de naufragos..., crujir de barcos que se descoyuntan hundiéndose..., fragor de mundos que se desmoronan... El cosmos se deflagra entre una aberración de parpadeos lívidos y una bárbara sinfonía de bramidos y truenos, en un estertor de vida que no quiere arrancarse..., en un paroxismo de entrañas desgarradas y un trenzado de vívidas vislumbres..., minios rabiosos, ocres sucios y yertos..., azules sulfúreos..., verdes cadavéricos..., lóbregos añiles..., negros sepulcrales. La locura anda a rastras por el puerto dando zancadillas de espanto. Lo más conspicuo de la población ha abandonado el puerto. El barrio de pescadores es arrasado por la tormenta. Sólo quedan los miserables, escamoteándose a la muerte. Apabullados como ratas los rincones del puerto. Quedan también otros hombres reviviendo una gesta bárbara, una agonía patética y heroica. El capitán del puerto, algunos aduaneros, agentes de sanidad, marineros y soldados, pero todos, ahora, son

anónimos soldados curtidos de estoicismo y disciplina que, entre las zarpas del monstruo, colman una jornada de epopeya, cara a cara a la muerte.

Genoveva —la Gubia— está cuidando a Delfino. Todo el día montó al mirador. Iba a contemplar el crecientemente fragor de la marejada y se consolaba pensando: “Esto resiste. Lo de abajo es de calicanto y resiste...”. Ya entrada la noche, la vence un sueño más denso que la muerte. Hace ya muchas noches que no duerme, velando al enfermo...

La despiertan el furioso cañoneo del mar y los bramidos del viento. Debe ser ya muy tarde. La casa tiembla a los embates de las olas. Arriba..., arriba, en el altillo, de madera, todo cruje. Furiosas ráfagas ululan..., silban y blasfeman entre las columnas del mirador. Genoveva tiene una obsesora, una aglutinante visión de catástrofes. Mares aborascados..., naufragios..., gritos entre las olas..., entre la noche... Cabos de recuerdos..., reminiscencias de casos oídos a su padre... y, entonces, la posee un sentimiento de fatalidad y de abandono. Salta veloz de la cama buscando a tientas una puerta con la carne apretada de miedo, yerta y con el ánimo en tumulto. Da con la puerta. Está en la alcoba de Delfino. Ya no hay luz eléctrica, pero el instinto la guía antes que los relámpagos. Tantea..., da con la cama del enfermo. ¡Está

vacía! Algo terrible le oprime la consciencia..., el corazón también... Así, encamisonada parece un fantasma buscando su leyenda. Va hacia la puerta que da con el corredor de la capitanía. La ciegan los relámpagos y, en un instante, logra ver... El recinto está desierto hasta donde el instante lúcido le da ocasión de alargar los ojos. ¡Todo desierto y ya invadido por las olas culminantes!... Es cosa de minutos. Siente que media hora más tarde el mar habrá pasado encima de la torrecilla. Los han abandonado. ¡Los han olvidado!... Y él... Pero él, ¿dónde está? Un relámpago en su mente la ilumina... Él debe estar en el mirador. Se vuelve tanteando..., adivina los obstáculos..., ve con otros ojos que no son los de la carne y llega por fin al pie de la escalera, trepa como una cabra asustada y, súbito, su cabeza topa con algo duro. Topa con la compuerta horizontal que aísla el mirador del piso bajo tapando la entrada de la escalera. Empuja con ambas manos. Llama. Grita. Hace presión con el cráneo hasta dolerle en las entrañas. ¡Nada! El horror le resbala en gotas de hielo por el cuerpo. Nada. Encima, el silencio. Entonces, medusada, salta de nuevo hacia la puerta de salida y, al acercarse..., oye abrirse esta puerta..., la oye lentamente..., cree oír también algunas pisadas..., sigue un espantoso, un inenarrable silencio..., ya no puede soportarlo. Grita:

—¿Quién anda por allí?... ¿Es usted don Delfino?...

Sigue el silencio, espeso, lóbrego, infinito... En la garganta se le estrangula un grito de socorro... Todo le da vueltas en una mancha lóbrega acuchillada por relámpagos. La atrapa un flujo de tinieblas, una onda de terrores... Quiere consolarse pensando: “Debe ser el huracán...”. Pero siente allí mismo el roce del misterio..., siente la presencia allí mismo de un algo inexplicable. No puede más. Se decide a enfrentarse a la muerte, a lo que sea. Salta fuera. Se aparta algunos pasos del muro. El viento la relame, la sacude, la dobla. La lluvia la empapa en un instante, pero ella impávida se vuelve mirando hacia lo alto de la torrecilla y, a la luz de un relámpago, como en una pesadilla ve... Ve, entre el mirador ya tronchado, casi derribado por la borrasca, una silueta alborotada..., confusa... Queda perpleja. Fue la vacilación de un segundo mientras discernía un propósito y en el ápice del mismo segundo arranca frenética, enloquecida a buscar socorro...

Acaba de oírse un fragor estruendoso que supera el diapasón de la tormenta. El monstruo está arrancando uno de los galpones del muelle. Salta un caos de cosas negras entre lo negro; cosas rígidas, rotas, retorcidas entre sudarios de espuma sucia como salivazos de hiel. El mar está ya cañoneando las casas de la playa. Todas están vacías, destrozadas, algunas

arrancadas de cimientito... Quedan indemnes las únicas casas firmes: la capitanía, la estación de la ferrovía y la aduana. Cajones de concreto como panales ya sin abejas. Allí, al pie de un soportal, están acantonados el capitán y sus hombres, ordenando los últimos salvamentos cuando un fantasma raudo y esbelto se les acerca. La lluvia y el viento la relamen ciñéndole el trapo a las formas. La greña pegada al rostro por el chubasco la disfrazaba, pero, ya ante el capitán, se dobla ululante, implorante..., se mesa la melena hacia atrás y, con desgarrada voz, grita para dominar el estruendo de la catástrofe:

—Capitán, sálvenlo ustedes... No quiere salir..., se montó al mirador. Dejó caer la tapa de la escalera... ¡Sálvenlo!

Es Genoveva. Todos adivinan. Nadie hasta ahora había previsto la contingencia. Hay instantes de supremo silencio, mientras el puño de hombres se enhebra en el mismo circuito mental y luego todos, unánimes, saltan tras de la muchacha embocando un callejón trasero, entre palmeras tronchadas que demoran la marcha, pero auguran el éxito del socorro porque dejan sortear el peligro tras la trinchera eventual de los edificios fronteros al mar.

Está amaneciendo. Las cosas empiezan a esbozarse entre un ámbito gris, yerto y lóbrego, como de ceniza.

El viento se lleva en balandros la voz enronquecida del capitán:

—Ese hombre está loco, pero hay que salvarlo... Hay que llevar hachas —grita el viejo marinero—, hachas para romper la tapa de la escalera...

El grupo va precedido por Genoveva. Al desembocar en un claro entre ruinas, tras de la torrecilla, el grupo se compacta con los ojos mortalmente ansiosos y coincidentes en un único punto: el mirador...

Y en el mirador —caos de líneas y masas dislocadas— hay una silueta vaga, flotante, irreal..., como un sueño... Se alza un coro transido de piedad, un coro desgarrante llamando al hombre. Desde donde él está no los ve. No se vuelve a los gritos del coro: no los oye.

Encima de ellos revienta una ola derribándolos. Revolcándolos, y el golpe rompe el último resorte de altruismo de muchos que se escapan. El grupo se reduce a los que junta un deber de disciplina o una ley de amor. El grupo delibera montando al balcón de la capitanía que dista pocos metros de la torrecilla.

Y desde allí ven al hombre. Está de cara al mar. Inmóvil, como una cosa ya no viva... Como un palo. Como una piedra. Está semidesnudo. Mitológico. Con los brazos abiertos como un Cristo ya clavado o como una hélice. Como un Cristo o una hélice ya aprestándose a la ascensión.

—Los tumbos no dan tiempo —clama una voz—. No dan tiempo para romper la compuerta.

—Una cuerda..., una cuerda tirada desde aquí —clama otra voz—. Un lazo, ¡que se trabe en el mirador!

—Imposible —grita el capitán—. Por la cuerda se llega, pero no se le salva... Intentemos entre dos tumbos. ¿Quién va conmigo?...

Avanza Genoveva con instantaneidad de dinamita, pero la agarra una tenaza de hierro. El puño del marino. La mujer implora:

—¡Déjenme..., déjenme!

—Imposible —gruñe el viejo marino—. No quiere salvarse... Tiene el maleficio del mar...

Y, ya no hubo tiempo para nada. Una ola entre todas las olas... La más alta, la más ancha, la más recia y feroz..., como la bestia que presidiera una mesnada, fue acercándose..., culminando..., forzando su brecha entre la crestería convulsa de las otras y ella sola, coronada de picachos de espuma que tenía toda la rabia y la sal de todas las tormentas, vino por fin empinándose hasta las nubes, arqueándose sobre el mirador, sobre el hombre... Súbito un monte de agua reventó en un infierno lívido e hirviente, mientras que un bronco, un tremendo estampido sacudió la playa y retumbó por todo el ámbito. Todas las almas se desco-

yuntaron de espanto al golpe de aquel diluvio crepitante y todos los ojos —tras el golpe— se clavaron en un mismo sitio: ya no estaba el mirador. Ya no estaba el hombre.

Bramó una voz de mujer rajando la aurora de amargura:

—¡Se fue!...

Se oyó la voz del marino, seca, dura, como una astilla de roca:

—¡Ella se lo llevó!

Y, tras un silencio mesiánico, Genoveva, intuyendo el pensamiento del viejo, dijo con voz de sibila iluminada en el delirio profético:

—No. Siento que no está muerta... Esa maldita, ¡no está muerta!

Sus manos abarcaron el aire en la parábola de un vuelo y, en medrosa repentinidad, se las llevó a la cabeza como dos pájaros huyendo hacia el nido. La figura tenía un desaliño dramático. El dolor y la luz cruda de la amanecida tallábanle la máscara con biseles de cera. Los ojos, hipnotizados, miraban el espasmo del mar. Dijo su boca amarga:

—¡Estoy soñando! —con voz legendaria que hizo a todos recobrar y mirarla. De pronto dio un grito de entraña dilacerada y cayó abatiéndose en el furor de un paroxismo sagrado.

Cuando la sujetaron, recogía el cielo en los ojos,
pero las pupilas se le adentraban..., se le iban como dos
luceros ya congelados de locura.

Iztapa. Mar Pacífico. Abril y mayo, 1937

NOTICIA DEL TEXTO

Poniente de sirenas. Novela de amores y de mar (Guatemala, Muñoz Plaza, 1937) es la quinta novela publicada por el también poeta y pintor Flavio Herrera.

A diferencia de *El tigre* (1932), la primera y más conocida novela del autor, *Poniente de sirenas* ha sido menos estudiada. En 1995 volvió a llamar la atención de la crítica y se incluyó en la antología *La novela de la expresividad* (Guatemala, Universidad de San Carlos), título del cuarto volumen de la colección Centenario de Flavio Herrera.

FLAVIO HERRERA
TRAZO BIOGRÁFICO

Flavio Herrera nació el 18 de febrero de 1895 en la ciudad de Guatemala, Guatemala. Debido a que en esa época no existía la carrera de Letras en la universidad, se profesionalizó en Derecho. Así, cursó estudios de Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad Manuel Estrada Cabrera —actual Universidad de San Carlos—, donde se licenció en 1918. Con el fin de perfeccionar las disciplinas jurídicas en su país, viajó a Alemania, a la Universidad de Leipzig, aunque no abandonó su interés por las letras. En 1923 realizó estudios jurídicos en la Universidad de Roma, además de derecho constitucional y literatura en la Universidad Central de Madrid. Viajó a la Ciudad de México en 1944, donde permaneció por dos semanas en apoyo a las actividades de los exiliados guatemaltecos durante el derrocamiento del presidente Jorge Ubico Castañeda. Fue embajador de su país en Brasil y Argentina en 1947. Asimismo, asumió la dirección de la Escuela Centroamericana de Periodismo de 1952 a 1966. Dos años después, el 31 de enero de 1968, falleció en su ciudad natal.

Con su tesis profesional “José Enrique Rodó y el americanismo” obtuvo el premio Mariano Gálvez. En 1960 le fue impuesta por el presidente Miguel Ydígoras Fuentes la Orden del Quetzal —máxima distinción honorífica que otorga el gobierno de Guatemala—. En 1961 la Universidad de San Carlos lo distinguió como Profesor Emeritissimum por su cátedra de literatura en la Facultad de Derecho y Humanidades. El 25 de abril de ese mismo año, recibió también la Medalla Universitaria por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de dicha universidad.

Se inició en el mundo literario desde los dieciocho años con colaboraciones para las revistas *Juan Chapín*, dirigida por Rafael Arévalo Martínez, y *La Esfera*. También participó en concursos de pintura en los medios artísticos de Guatemala, en donde sus habilidades pictóricas eran más reconocidas que las literarias. En 1921, motivado por las tradiciones líricas españolas y francesas, publicó su primer libro de poesía: *El ala de la montaña*. Ya en Leipzig, Alemania, se editó su primera colección de cuentos: *Cenizas* (1923). Éstos, y posteriormente sus novelas, reflejarían la tendencia criollista que imperaba en los países hispanoamericanos en aquella época.

Los géneros de su obra literaria incluyen la novela, el ensayo, el cuento y la poesía; en ésta cultivó una de las tradiciones poéticas japonesas: el haikú, género

que introdujo en la lírica guatemalteca al adaptarlo a los temas nativos. En un principio, sus haikús fueron publicados en una serie de folletos; para 1932 reunió algunos de ellos en *Sinfonías del trópico*. En 1938, otra antología del mismo corte vio la luz: *Cosmos indio*.

En la narrativa, sus obras más reconocidas figuran en la Trilogía del trópico: *El tigre* (1932), *La Tempestad* (1935) y *Caos* (1949). En ellas, Herrera acentúa la presencia de las fuerzas naturales, y la marginalidad rural en sus personajes, cuyo desarrollo psicológico tiene gran relevancia. Particularmente, *El tigre* tuvo un buen recibimiento por la crítica y fue aclamada al grado de calificarse como novela americana, junto a obras como *La vorágine* o *Doña Bárbara*. En 1937 publicó *Poniente de sirenas*, novela corta en la que destaca la belleza del lenguaje, sin embargo, no ha tenido la atención merecida por parte de la crítica.

En 1933 impartió una conferencia en la clausura del año lectivo de la Universidad Nacional: *Hacia el milagro hispanoamericano; apuntes de sociología guatemalteca*, publicada en 1934 por la Tipografía Nacional. Para 1942, Ediciones El Liberal Progresista dio a conocer, en dos tomos, su curso de Derecho Romano, y en 1949 la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, de la Universidad de San Carlos de Guatemala, publicó la segunda edición.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Águila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez

Hernández • Luis Gómez Mata • Verónica Hernández Landa Valencia

• Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Diana Ramos



Poniente de sirenas se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 26 de agosto de 2020. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR.